

SUÁREZ DE FIGUEROA, CRISTÓBAL (1571 – 1639)

*LA CONSTANTE AMARILIS*

INDICE:

DISCVRSO I  
DISCVRSO II  
DISCVRSO III  
DISCVRSO IV  
DISCVRSO V

APROBACIÓN

Por orden y comisión del Illustríssimo y Excellentíssimo señor don Iuan de Ribera, Patriarcha de Antiochía, Arçobispo de Valencia, he visto y examinado un libro de prosas y versos, intitulado *La constante Amarilis*, de Christóval Suárez de Figueroa, y en él no he hallado cosa repugnante a la fe y buenas costumbres, antes bien, debaxo de disfraz pastoril, muchos discursos provechosos y sentencias graves, acompañadas de agudeza de ingenio, elocuencia en el dezir y suavidad en el estilo, de donde pueden los moços aprender a reglar sus antojos, los graves, a sentir altamente en sus opiniones, y los aficionados a la poesía, a professarla con la pureza que ella merece. Fecha en Valencia, a primero de agosto de 1609.

El Licenciado Gaspar Escolano, Retor de San Estevan y Coronista del Rey nuestro Señor en el Reino de Valencia.

A don Vincencio Gverrero, Marqvés de Montebelo, &c Con dedicar a V.S. esta muestra del desseo que tengo de servirle, pretendo acudir a parte del mucho agradecimiento que deven descubrir infinitos españoles amparados y favorecidos de V.S. en ocasiones diferentes, no sólo en Mantua de paso, sino de assiento en Flandes, donde V.S. sirvió con gran valor a su Magestad no pocos años. Estos discursos ciñen una reziente istoria de tan dignos amores que pueden los más encendidos amantes aprender de su tela el modo de conseguir lo que dessearen con largo padecer y sufrir. V.S. admita el don tan rico de voluntad quanto V.S. de las partes que hazen ínclito y heroico a un cavallero, que, con tal protector, él quedará seguro de maldizientes, y su dueño alentado para ocuparse en más cosas del servicio de V.S.

Christóval Suárez de Figueroa

## AL LETOR

Si esperas deste libro alguna grande suspensión de ánimo fundada en intrincados sucesos, ciérrale sin pasar adelante, que no todos pueden ser Teógenes o Ariostos. Mi intento ha sido celebrar la constancia y sufrimiento de dos amantes perseguidos desde el principio de sus amores hasta su venturoso casamiento, entreteniéndolo al uno en su prisión con verisímiles juntas y conversaciones, a cuyo efecto e querido valerme de lo que me pareció más a propósito, sin poderlo estorvar el imaginado temor de tu censura. Ni te parezca busco en los siguientes episodios nuevas ocasiones de dilación, que, si lo miras con cuidado, hallarás ser su travazón no violenta, antes llamarse uno a otro con propiedad, o por razón de materia, o por novedad de sujeto; y para ornamento y belleza de obra digna de alabanza no sólo es lícita, mas forzosa, la variedad de digresiones y extensión de coloquios.

Por no cansarte en las bodas con invenciones y torneos usados de otros en semejantes ocasiones, las quise ceñir con pocas palabras, apuntando como de paso -también por evitar molestia-, los juegos que pudo aver en ellas.

Podrá ser que quando alabo la poesía para confusión de qualquiera irracional que la vituperare, repares en que nombro algunos antiguos no conocidos de ti por poetas. Mas advierte que hasta el tiempo de Aristóteles todos los filósofos escribieron sus obras en verso, estilo que casi tenía fuerza de ley. Bien sé te parecerá extraño el pronóstico de la batalla y vitoria de Arauco por Menandro; mas ten noticia que quanto se escribe allí se funda en lo que juzga de su nacimiento cierto astrólogo eminente en su facultad. Y pues la falta de tiempo sobrelleva muchas de entendimiento, hallen contigo alguna excusa las desta obra por la brevedad con que fue compuesta, pues apenas se tardó en ella espacio de dos meses, como saben muchos y, en particular, los sujetos celebrados en su discurso.

## DISCURSO PRIMERO

Tres leguas de la famosa villa que, siendo reina y centro de la provincia española, es émula del Imperio y antigua grandeza romana, yaze vn llano bien espacioso, a quien graciosamente coronan algunos cerros de mediana altura. Dellos brotan no pocas fuentes que, juntas en arroyuelos, con retorcidas bueltas hermosean y fertilizan la llanura, confundiendo después sus corrientes con las veloces de Iarama, sobervio y ufano por la compañía del cortesano Manzanares. Muéstrase en esta parte más que en otras templado el aire, y assí abunda casi siempre de menuda yerva que, aunque por instantes ofendida de ovejas, a su pesar cobra nuevo vigor, de nuevo florida nace y como en perpetua primavera conserva su verde adorno. Hállase tal distrito desocupado de plantas, como si le uviera destinado naturaleza sólo para saludable pasto de ganados. Mas las montañuelas que a los llanos sirven de muros sí que se miran vestidas de diferentes árboles que, como en segundo paraíso, juntos nacen, producen y se mantienen. En lo más alto, firmes se muestran la enzina, roble, castaño y ciprés, el nogal, pino y fresno. Descúbrese por otras partes frutales diversos que sin umana industria ofrecen sabrosos despojos. Mirando más

abaxo, los confines de aquellos manantiales ocupados se ven de álamos, sauzes, hayas, olmos y alisos, por cuyos troncos a porfía suben vides, mosquetas, yedras y jazmines, no siendo tanta la espesura que estorve al sol por todos lados la entrada, antes, por entre las ojas, esparciendo sus rayos, dexa matizadas las yervas curiosamente. Y aunque el tiempo de continuo consume reinos y ciudades, jamás a podido quitar a esta comarca la antigua costumbre de seguir los campos que sus moradores aún oy conservan, floreciendo en ellos la vida y traje pastoril. Lúntanse a menudo los pastores de no pocas caserías y aldeas, y, ocupándose en loables ejercicios, pasan felizmente la vida: quién se aventaja en tirar la barra y quién no reconoce igual en la lucha; éste en larga carrera se muestra ligerísimo y aquél inclinado a caça persigue iualí o gamo; siguen casi los más el poético entretenimiento para explicar pensamientos ocultos con la travazón y armonía de enternecidas palabras. Mas, sobre todo, admira nazcan todos tan diestros en amar, que parece lo supieron desde la cuna. Cría este suelo bellas zagalas, que, correspondiendo con honestos fines a las voluntades de sus amantes, no desdeñan sus conversaciones; antes, assistiendo en ellas, oyen sus alabanzas al son de varios instrumentos.

La felicidad, pues, desta gente resonó en los oydos de Damón, pastor libre que en las riberas de Pisuerga apacentava ganado, y, queriendo participar del contento que prometía aquel contorno, partió diligente en su busca, donde al fin, llegado un día al amanecer, contemplava despacio la frescura y disposición de la tierra, que con regalada violencia le sacó de la suya. Mas divirtiole una voz que no lexos de allí formó lo siguiente:

No suspenden, ¡ay triste!, mis lamentos  
estas fuentes y arroyos bullidores,  
ni destos prados las pintadas flores  
divierten un instante mis tormentos.

Destos sauzes los frescos movimientos  
no alivian de mi pecho los ardores  
ni me alegran sonoros ruseñores,  
sirenas apazibles de los vientos.

Templad, pues, ¡o matices del verano!,  
templad un sol de yelo, y quien no siente  
amor, d'amor professe la milicia.

Por él en mayo estoy qual monte cano,  
qu'agravios del sol llora quando ardiente  
sus nevados tesoros desperdicia.

Con desseo quedó el forastero de conocer al que cantó assí y, echando por donde le pareció venía la voz, a pocos passos descubrió vn mancebo de apazible rostro y de briosa disposición, a quien habló desta manera:

-Gallardo morador deste valle, assí en ningún tiempo persiga roña a tu ganado, assí lozano se multiplique y crezca, y assí jamás le falte el pasto destes prados ni el licor destes arroyuelos, me digas tu nombre y permítas te acompañe vn rato.

-Iusta demanda es la tuya -respondió el pastor- y descortés se mostrara quien no te la concediera. Yo me llamo Felicio, dueño del ganado que guarda aquel garçón, de quien y de mí podrás disponer a tu voluntad. Mas assí mires cumplidos tus desseos me digas tu patria y la causa que te a mouido a visitar la nuestra, porque, si no me engaño, eres muy nuevo en ella ni visto de mí sino aora.

-Yo, que me llamo Damón -replicó el forastero-, nací en el antiguo lugar que baña Pisuerga. La fama deste clima, de quien por oídas me aficioné, me forçó a buscarle y a dexar el natural mío. Hase mostrado tan agradable a mis ojos que determino passar el resto de la vida en él, como no me vea entre los tuyos desualido del todo. Mas si en los otros pechos alberga la nobleza y cortesía que en el tuyo, seguro estoy no me podrá faltar el amparo que pretendo. Dichoso yo si le hallo, dichosa determinación la mía, pues me avrá produzido el desseado fruto.

-No dificultes cosa tan fácil- prosiguió Felicio-, cumplida la verás y bien presto como te inclines a seguir los campos. Menandro, mayoral en Iúcar, en Iarama y Mançanares, a quien el cielo dotó de partes singularíssimas, te recibirá en su gracia y te conservará en ella. En conociéndote, no consentirá estés ocioso, antes te encargará la cantidad de ganado que pudieres gobernar, dexando en tu poder los provechos que dél resultaren, supuesto entre otras señaladas virtudes que alcança, una es ser liberal con todos.

-Páguete el cielo el cuidado que tienes de mi bien -dixo Damón-. De tu mano, después de la de Menandro, reconoceré tal ventura si no la vengo a tener tan corta que esse mayoral desdeñe tomar posesión de mi aluedrío. Quanto a lo demás, venturoso exercicio es el que apuntaste, en esse nací, en esse me crié, esse e seguido siempre y seguiré el mismo con summo contento.

-Gusto saber tu intención -respondió Felicio- y, dexado esto, si te agrada, hasta que se ofrezca la ocasión que pretendemos, quisiera me declararas, si acaso penetras los altos misterios de amor, cómo, siendo él de un ser y calidad, obra en los sujetos diversamente.

-Amor solo -dixo Damón- es el digno maestro de su ciencia, él solo se interpreta y explica. Assí, sobre tal supuesto, hablará qualquiera corto, frío y con lengua perezosa. Mas, quanto al punto que tocaste, enseñados de una larga experiencia, podremos dezir ser las fuerças de amor tan poderosas, y tan flacas contra ellas las mayores que tiene la industria y resistencia umana, que ningún reparo nos promete cumplida seguridad. Porque la fábrica amorosa, quando se funda en razón, solamente se deshaze por ventura, sin que otro medio tenga poder para derriballa, que al amor no basta entenderle para huirle, ni huirle para que dexede alcançar, ni serle sujeto para tenerle obligado, pues igualmente en qualquiera edad y tiempo es poderoso. ¿Qué bríos de juventud o escarmientos de vejez resistirán su poder o escusarán sus peligros? ¿Qué tiempo será seguro para defendernos de sus engaños? ¿Qué estado próspero o abatido vive fuera de su

rigurosa jurisdicción? ¿O quién no conoce lo que haze y deshaze en los pechos humanos y el acibar que se encierra en sus inciertas esperanzas, cuyos efectos son tan varios y las más veces tan diferentes de lo que prometen sus causas? Que no será cordura reducir a limitado término su variedad innumerable, sino entender que, pues tiene sobre todo tan universal señorío, siendo todos los entendimientos y voluntades, quando más conformes, diferentes en alguna cosa, también es fuerza lo sean en los sentimientos y efectos de amor, que ha de obrar conforme hallare la disposición, como el fuego calienta más o menos, según halla la materia dispuesta.

-¡Ay, cuán verdad es eso -respondió Felicio- y cuán cierta en mí su rigurosa experiencia! Sabrás que anduve gran tiempo aventurero en las lides amorosas, no embidiando a los alegres, sino escarmentando en los tristes; mas, sin pensar, me acometió aquel ciego, aquel flaco que rinde a los fuertes y, tras corta resistencia, me dexó entregado a unos bellos ojos. Amelos algún tiempo callando. Y como tal accidente sea más gallardo preso que libre, crecía al passo que se ocultava, cobrando siempre vigor del estorvo con que la lengua amante se hallava detenida. Conociendo, al fin, cuánto me offendía igual secreto, ofreciéndome ocasión la frescura de una fuente donde Tarsia, que éste es el nombre de mi cuidado, sola passava la siesta un día de grande ardor, determiné descubrirle el de mi pecho. Y como muchas vezes la presencia de lo amado turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida, titubeó la mía en aquel trance, acovardándose el alma y faltando los sentidos al tímido cuerpo. Mas Amor, que desata las lenguas a sus siervos, haciendo a vezes se manifieste más bien vn tierno corazón con palabras imperfectas y confusas que con acentos distintos y elegantes, mandó hablase mi silencio con elocuencia y rogasse con umildad mi turbación. Rióse quien la causava y, aunque cubriendo de púrpura el rostro, recibió al parecer suavemente estos miedos y recelos míos, sin reprehender por entonces mi atrevimiento ni admitir al descubierto mi fe. Mas, de allí a poco, se fue mostrando sorda a mis quejas, ingrata a mi afición y exquiva a mis ruegos. En tal estado vivo, sólo con la esperanza nacida de ciertas razones que Amaranta, amiga suya, me dixo avrá vn mes, asegurándose estimava mi pastora la sincera voluntad con que adorava sus partes, agradecía mi perseverancia y, en lo oculto, con grandes veras, correspondía a mi amor, artificios y engaños formados, sin duda, para mi consuelo. De aquí nació desear saber lo que te pregunté, admirado, a ser verdad que yo fuesse correspondido, de tanto dissimular y sufrir, de tanta tibieza y exquivez recogida en vaso tan limitado y débil.

-Son las mugeres -replicó Damón- más frágiles que los varones en desear y más que ellos astutas en ocultar sus desseos. Eres amado, no lo dudo, mas o modestia o respeto se opone a tu felicidad, usurpando los favores que en público pudieras recibir de tu querida. Dura y vencerás, que la deidad que tuvo cuidado de sujetar tu libertad le tendrá de limitar el honesto resistir y de imprimir patente amor en el semblante de la que inquieta tu sossiego.

-¡O piadoso forastero dixo Felicio, cuán diestramente procuras infundir esperanzas en quien vive en extremo desconfiado! Permitan los cielos que en menester para mí de tanta consideración salgas verdadero adivino. Mis cortos merecimientos aniquilan mi ánimo y

llenán de temores mis pensamientos; soy en todo desdichado y tengo por cierto aver nacido sólo para padecer, no para gozar amando.

Assí se lamentaua Felicio, y después de aver Damón, en vano, aplicado alivios al ético de amorosa enfermedad, le rogó, si tenía hechos algunos versos a semejantes queexas, le quisiesse hazer participante dellos. A que Felicio, desseando agradar al nuevo amigo, dixo las liras siguientes:

La más terrible fiera  
sintiera ya mi enternecido llanto  
y piadoso bolviera  
al tenebroso reino del espanto,  
pues, qual los ojos míos,  
no pagan a su rey censo los ríos.

Mis desventuras cuento  
al agua sorda y al arena muda,  
y en mi mayor tormento  
a muerte pido contra muerte ayuda,  
y offrece su fiereza  
al alma luto, al corazón tristeza.

Descubre a los mortales  
la noche oscura el esquadron de estrellas;  
duermen los animales,  
y el sueño, tregua dulce de querellas,  
guerra en mi alma arguye,  
en quien orror y turbación influye.

A los árboles miro  
con altas ramas de estendidas copas,  
y que vivan admiro  
vestidos d'alegría y verdes ropas,  
por ser ardiente fuego  
mi triste llanto de sus troncos riego.

Ya deziembre eriçado  
con abarcas de nieve el campo pisa;  
ya sopla Cierço airado,  
y a las aguas que van vertiendo risa  
por escarchado suelo  
mordazas pone de cristal el cielo.

Ya se muestra la tierra  
revestida de yervas y de flores,  
donde en suave guerra

compiten campeando sus colores;  
ya el yelo se desata  
y corre entre guijuelas hecho plata.

Dexa invierno y verano  
la tierra ya vestida, ya desnuda.  
Da buelta el ser umano,  
sólo conmigo Tarsia no se muda,  
que con rigor consiente  
de mis tormentos la veloz corriente.

Mi tierno amor la offende,  
merezco menos quanto más la obligo,  
a mi dolor no atiende,  
alas pone a sus plantas si la sigo,  
y por sello d'agravios  
yéreme el alma y ciérame los labios.

Dulce imposible adoro.  
¡Ay del que sin remedio pena tanto!  
Pierdo el llanto si lloro,  
pierdo la voz si por alivio canto.  
Piérdanse, que confío  
publicará mi muerte el dolor mío.

Sintió Damón piedad acabados los versos, cosa bien agena de su condición, por ser quien más se reía de los que vivían más consumidos en incendios amorosos, y ya començaua, en razón de amistad, a sentir parte de la pena que Felicio publicava, no obstante hiziesse todo su esfuerço para librarle de aquel incurable accidente, desseando verle mudado de parecer y desocupado de aquella ansia interior. Mas, viendo gastava sin prouecho tiempo y palabras, remitió al tiempo el desengañar la engañada y ciega afición de Felicio, cuyo zagal, en tanto que duraron estos y otros coloquios, anduvo apacentando la manada por el más tierno pasto, guiándola con silvos y tirando el cayado a los trauesos corderillos que se apartauan demasiado de los otros.

A esta sazón, ya los demás garçones ivan recogiendo a la sombra los encargados rebaños, viendo que el sol a toda priesa aumentaua el ardor de sus rayos, a quien por evitar, ya también los pastores más ricos se ivan poco a poco retirando al amparo de vn aliso, que con espesas y estendidas ramas detenía la calurosa violencia. A este puesto acudían los más entendidos comarcanos, éste era el paradero de casi todos y el lugar destinado a las discretas juntas, depósito y archivo de ternezas, requiebros, quejas y suspiros. Allí no pocas vezes se cantavan canciones alegres y no pocas tristes endechas, allí con lenguas y ojos se descubrían los íntimos pensamientos, allí los más comunicavan sus bienes o sus males, y allí a menudo los varios sucessos y accidentes de sus amores se referían unos a otros. A este sitio, pues, llegaron los dos nuevos amigos, a tiempo que le hallaron bien ocupado. Estaua Menandro en él, que, como en todo se aventajaua a los demás, tenía en

las conversaciones el asiento más señalado. A su mano derecha se vía el prudente Clarisio, pastor anciano, de auiso singular y dado grandemente a todo género de letras; fue vn tiempo soldado y luego cortesano pretensor, mas ya, con más claro conocimiento, acogido al sagrado de la quieta vida pastoril. Seguían el fuerte Arsindo y Aurelio, Meliseo, Cintio, Olimpio y Danteo. A la otra mano estaua el venerable Rosanio, grande obseruador de la antigua senzillez y pureza. Tras él, Partenio, Coriolano, Sileno y Manilio. En llegando, Felicio dio a conocer a Damón, introduziéndole con el generoso mayoral, de quien fue recibido con muestras de amor y cortesía.

-Y aviendo hablado gran rato de diferentes cosas -dixo Menandro-, será bien se gaste parte de la siesta en tañer y cantar. A vos, Damón, tocará ser primero, porque desseamos oír vuestra voz, que no faltará después quien os suceda.

Començava el pastor a escusarse, mas no pudiendo resistir al mandato de Menandro y ruegos de los demás, baxando vn poco los ojos y después poniéndolos blandamente en el mismo Menandro, al son de una lira, con piadosos acentos y tono grave, cantó los versos que siguen:

Damón a Menandro

Pves haze la trompeta de la fama  
qu'en las nubes lugar tu nombre halle,  
pues quien te ve te reverencia y ama  
y tu valor divisa por el talle,  
pues cada qual te reconoce y llama  
gran mayoral deste florido valle,  
si dan lugar ardientes pensamientos  
tus oídos aplica a mis acentos.

Fatal rigor de incontrastable hado,  
que vence toda fuerça y osadía,  
a un estraño pastor dexó postrado,  
rendido a su combate, a su porfía;  
pues, viendo firme estar su adverso estado  
y desliçarse el uno y otro día,  
para que su fortuna estilo mude  
a tu valor y a tu piedad acude.

Por decender de nobles ganaderos  
en tal extremo a lástima te mueva.  
Bien puedes encargarle tus corderos,  
seguro de que lobo se le atreva;  
no le dan, no, temor sus dientes fieros  
quando ganado apacentando lleva,  
que con valor las vezes que le enoja  
tiñe su parda piel en sangre roja.

Sabe buscar la yerva más crecida  
y evitar del adelfa la ponçoña;  
de la sal a su tiempo no se oluida  
y, siendo menester, cura la roña;  
y quando la manada está dormida  
con alma libre toca su çampoña;  
y por urtarse al importuno sueño  
canta las alabanças de su dueño.

Quando dexa las nubes más luzidas  
el tramontar del sol bordadas d'oro,  
junta las ovejuelas esparzidas,  
cuidado dulce y singular tesoro;  
y en el sabido aprisco recogidas,  
deuoto invoca al soberano coro,  
y sin atormentar la fantasía  
durmiendo en pieles le despierta el día.

Quando de nuevo el rey de luzes naze  
y de nuevo el verdor de roxo esmalta,  
al preso que balando se deshaze  
da libertad, con que retoça y salta;  
y en tanto que la verde yerva paze,  
sin que plática agena le haga falta,  
oye del rui señor el armonía  
y del prado contempla el alegría.

Y si pide sustento su flaqueza  
abre el çurrón que siempre trae a mano,  
pan blanco saca y coje con presteza  
el despojo que cuelga del mançano;  
cómele sin quitalle la corteza  
y beve de la fuente el licor sano,  
qu'a su molesta sed néctar parece,  
sin embidiar el qu'al señor se offrece.

En exercicio igual, en tal llaneza,  
tu voz le ocupe, allí tu voz le mande,  
sin permitir tu heroica fortaleza  
que con él la fortuna se desmande.  
Grande es tu nombre, grande tu riqueza,  
grande tu estado, tu nobleza grande.  
Mayor te harás si a la fortuna ultraxas,  
si umildes subes y sobervios baxas.

Haz tú, por cuyo brazo España espera  
trunfos de la nación más atrevida,  
qu'estío, otoño, invierno y primavera  
en sagrada quietud passe la vida;  
qu'assí podrá librarse de la fiera  
qu'es de serpientes órridas herida.  
Mas, ¡ay!, ¿a quién la embidia no atropella?,  
o ¿quién tiene valor que escape della?

Aun hasta el buelo de tu nombre mira  
y se arroja tras él, mas no le alcanza;  
arma de su ponçoña el arco y tira,  
mas pierde de offendelle la esperança;  
y triste al hondo abismo se retira  
por no escuchar el son de tu alabança,  
y allí se muerde con rabiosos dientes  
por verte celebrado de las gentes.

Assí cantó Damón, dexando suspensos los oyentes y a Menandro por tan suyo que bien podía prometerse, desde luego, qualquier favor de su parte, supuesto apenas acabó, quado le dixo:

-Si, como es verdad, la lengua es mensajera del alma, bien puedes, Damón, creer de la mía te ama y estima con veras. Escusado era el discreto artificio con que en tu canto procuraste facilitarme, pues desde que te vi quedaste tan dueño de mi voluntad que en ella hallarás fácil lo más difficultoso. Y aunque a esto me obligan las partes exteriores que hasta aora se han descubierto en ti, otra causa oculta, efeto, sin duda, de predominante estrella, me inclina a tratar contigo cosas del alma y a fiarte sus más escondidos secretos.

Apercebíase a la respuesta el favorecido Damón, mas la estorvó la improvisa llegada de Armila, Tarsia, Silvia, Dinarda, Elpina, Laura, Matilda, Elisa, Flori, Amaranta y la casi anciana Clórida, que juntas venían de visitar a Rosela, indispuesta de grave accidente. Éstas, pues, con sus presencias, recrearon los entretenidos pastores y, en fin, rogadas a detenerse, se sentaron sobre la yerva que les sirvió de vistosa alfombra.

Amava Menandro con firme intención y palabra de efetuar casamiento a la sin par Amarilis, sol ausente y, por su causa, encerrado entre embidiosas nuves. Amava también Cintio a Elisa, Sileno a Flori, Olimpio a Amaranta, a Silvia Arsindo, Coriolano a Matilda, Aurelio a Laura, Meliseo a Elpina y, con extremo, Felicio a Tarsia. Vivía hasta entonces Dinarda essenta de amorosas leyes, siendo la prudente Clórida, como norte y governalle de tan hermosas zagalas, su fiel consejera en los menesteres y la ley obedecida de sus dudosos pensamientos.

Danteo ardió un tiempo por Rosela, mas dexó pequeña ocasión de celos a él, al parecer, elado, y a ella, que sumamente le quería, enferma de amorosa llama. Y mientras se

hallaban ocupados unos y otros en varios discursos y recreos de vistas, Partenio, amartelado de Antandra y, en su opinión, no bien correspondido, en favor de Rosela dixo con baxa voz a Danteo, que estaua cerca dél, lo siguiente:

-El querido de sujeto amable y firme con justo título se puede llamar dichoso; mas indigno de serlo el que desprecia a quien le estima y huye de quien le sigue, llevado acaso de otra no agradecida afición puesta en diferente hermosura, sin penetrar que, como el verdadero amor albergue en lo más íntimo del objeto, suelen las bellezas aparentes, aunque primeros lazos de voluntades, ser la menor ocasión de amorosos incendios, que sólo para las almas tiene libradas Amor sus mayores fuerças. Según esto, Danteo, es justo ames tiernamente a la gallarda Rosela, pagando bien su afición, por tantas causas digna de igual correspondencia. Mira su estado con piadosos ojos, mitiga con blandura su pena, porque miserablemente parece quien falto de consuelo se precipita amando. Emienda la passada obstinación, cesen enojos, que la ira de los amantes suele parar en reintegrarse en su mismo amor. Y, pues los más indignados se aplacan con palabras blandas, déxate vencer sin esperar a que peligre la que por ti padece. Mas, ¡ay!, quán diferente estado es el presente mío del tuyo, pues amo casi aborrecido, que viene a ser extrema calamidad, y más que, si mil veces reparo en la causa de mi inquietud, della nacen otras mil para amarla siempre. Las gracias que a porfía le dieron los mejores planetas me atraen a sí dulcemente, por instantes me prenden los lazos de sus cabellos y abrasan los rayos que arrojan sus luces. Hállase con esto tan armada de honestidad que no puede caber sino todo respeto en el pensamiento de quien la contempla, que amor allí igualmente yere y defiende. Tal es el rigor de mi estrella. Goza el favor de la tuya, poniendo límite a tus desseos sin procurar offender los cielos con injusta ingratitud.

Por ventura Partenio, tras persuadir a Danteo, distinguiera en lamento más largo el ansia que ocultava su pecho, mas estorvolo Ismenio, zagal de Menandro y diestro en música, a quien, considerando su mayoral la tristeza que en tal conversación y en todas cosas se hallava con la falta de su querida Amarilis, avía mandado cantasse ciertas liras que a semejante propósito se avían compuesto. Assí, acompañando la voz con el templado instrumento, començó en esta forma:

Ismenio

Tv ganado visita,  
¡o gloria desta selva y sus pastores  
el ceño al cielo quita,  
y sus plantas, sus yervas y sus flores  
reconozca este llano  
más a tu noble pie que no al verano.

Tu vista, ¡o noble dueño!,  
vaya los campos verdes esmaltando,  
y aquel cristal risueño  
rebervere en su centro contemplando

alegres arreboles,  
luzeros blancos y encendidos soles.

Que tú las cosas bellas  
de nuevo lustre y nuevo gozo cubres,  
escondes las estrellas,  
y escureces a Fevo si descubres  
tus luces peregrinas  
quando derrama el alva perlas finas.

Ven, pondrán tus esferas  
en los riscos ornatos de guirnaldas  
y siempre estas laderas  
vencerán en verdor las esmeraldas,  
haziendo de improviso  
el prado que pisamos paraíso.

Ven, que si alegre sales  
verás, en variedad de cosas tantas,  
buelto rojos corales  
los estendidos ramos destas plantas  
y perlas transparentes  
las cándidas guijuelas destas fuentes.

¡Ay!, ven, y a tus oídos,  
de mis blandos acentos mensageros,  
con cantos no aprendidos  
deleiten ruiseñores y silgueros,  
aunque sin ti sus cantos  
músicas no parecen, sino llantos.

Amarilis, tu ausencia  
cubre quanto se ve de infausto luto,  
porque sin tu presencia  
no da la rosa olor, sabor el fruto.  
Sal, pues, divino Fevo,  
contigo el campo cobrará ser nuevo.

Hallábase Menandro al fin destes versos contemplando en la hermosa causa dellos, cuya dulce memoria dexó sus potencias ligadas, turbados sus sentidos y sin movimiento sus ojos, y, no le pareciendo lícito participar de aquella conversación alegre, triste para él por carecer de su amada, llamando a Damón, se apartó con él a un pequeño bosque, compuesto de diferentes árboles tan juntos y acopados que jamás tocó en su suelo rayo de sol ni fue pisado de planta de animal. Aquí, pues, sentados los dos, Menandro rompiendo en parte el hilo de su profunda melancolía y previniendo la voz con un tierno suspiro, con Damón comenzó a discurrir en esta forma:

-Dime, pastor forastero, si la violencia de amor obra en tu tierra como en la nuestra, y si allá, como aquí, rinde y sujeta los rebeldes a sus leyes, si abrasa miserables pechos, si llega a tener mando y señorío sobre las almas, si tiraniza aquellos vasallos como éstos y si le acuden con el mismo tributo de lágrimas y suspiros. Dame a entender si entre vosotros usa de iguales medios, trato, condición y correspondencia.

Damón, que, como rezién venido, ignorava la felicidad amorosa con que Menandro adorava la incomparable belleza de Amarilis, conociendo amor en él y no el objeto en quien le tenía puesto, le pareció acertava en persuadirle cobrase la libertad también perdida, representándole la amargura de amor y casi la general inconstancia de las mugeres, instrumentos y armas de su imperio dilatado, y, assí, respondió a lo propuesto:

-Amor reina en mi patria con más auentajado dominio que en otra alguna, porque como sus enamorados pastores igualan a los más entendidos en reconocer la perfeta hermosura, hasta adquirirla sienten, sufren y padecen accidentes grauíssimos. Anda solícito en medio dellos, huyendo quizá de cetros y de cortes, aquel rapaz desnudo, aquél que muchas vezes fingieron derribava a Marte de la valiente mano la espada sangrienta, a Neptuno el gran tridente con que sacudía la tierra y a Iúpter los ardientes rayos, y, disfraçado entre la muchedumbre de zagales, assiste donde se juntan para passar en fiestas los días más solenes y, fingiendo ser uno de su esquadra, haze peligrosos golpes. Óyese en aquellas selvas hablar de amor con novedad, su fuerça inspira sentido noble y puro en los pechos pastoriles y pone en sus lenguas sonido dulce y delicado, igualando la desigualdad de los sujetos y haziendo, con gloria y milagro suyo, semejantes a las liras más doctas las çampoñas rústicas. No oluida las antiguas costumbres de sembrar llamas invisibles y de abrir profundas heridas con el dardo de temple divino. Ya con esperanças anima, ya con desconfianças aquexa, siendo turbador de agena quietud, aparente fantasma, lisongero cruel, astuto tirano, oráculo de mentira, ancho camino de error, templo donde sólo se llora y se suspira, puerto inquieto, vaxel peligroso, engañosa guía, escudo fingido, nido de traiciones, encerrado labirinto, fuente de ira, mortal enemigo de quien le sigue y sirve, calamidad y perdición de las almas. ¡O, cuántos entendimientos ciega, cuántos abusos introduze, cuánto acíbar produze su néctar, cuántos inconvenientes resultan de su incauto gobierno! Es inventor de tiernos desdenes, de fáciles desvíos, de molestas discordias, de tristes imaginaciones, de amargos lamentos, de lastimosas quexas, de falsas risas, de fingidas alegrías y de verdaderas tristezas; de cuyo carro son los trofeos desenfrenado ardor, ilícitos plazer, vergüença y menoscabo; en cuya escuela se aprende cómo se siga lo falso y se desampare lo verdadero, cómo se pierda todo juyzio y cómo sea cierto dolor el galardón del más alto merecimiento. Éste enseña cómo los engaños parezcan fieles, cómo el sujeto se robe a sí por entregarse a otro, cómo entre los sentidos quede sumergida la razón, cómo donde falta camino se buele con el pensamiento, cómo se arda de lexis y se yele de cerca, cómo se muera en sí mismo por vivir en otra parte y cómo a menudo se dessee cambiar en muerte una ansiosa vida. Jamás en su palacio se sintió hora de tranquilidad ni un instante alivio de pena; antes, en él se halla siempre un eterno olvido de todo bien, predominando allí errores, sueños, visiones, engañosas imaginaciones, perezosas venturas de esperado bien, imágenes y temores de muerte. Amor a rebuelto por momentos el mundo, ni sólo a los que tienen freno de razón mantiene debaxo de mortal odio, mas con más desesperado veneno siembra guerra entre

los mismos irracionales. Los tigres combaten entre sí más ferozmente por amor que por aver perdido sus hijos; por amor se persiguen los osos y por él mismo se acometen los leones; por amor pelea el nouillo con su competidor; por amor nace discordia entre los carneros y, frequentando los golpes, oluidan el pasto, y si sucede que la amada ovejuela acoja al vencedor, el vencido, topando reziamente en el tronco de algún árbol, haze a sí mismo dura y desdeñosa offensa.

»Siervo de amor fui un tiempo, no lo niego, mas al cabo abrí los ojos, conocí sus engaños, descubrí sus peligros y, huyendo dellos, alexé mi voluntad de la suya, de suerte que, atropellando respetos, olvidando sospechas y perdiendo temores, pude sacudir de los ombros el amoroso yugo que los oprimía y romper las cadenas de quien era enlazado, offreciendo al desengaño, guía fiel, la tabla de la nave en que escapé de igual borrasca. Huye, Menandro, huye si acaso estás lastimado, huye del poderoso fuego y arco de oro, no te fíes de aparente belleza, no te ofusque la vista el resplandor de hermosos ojos, no te enlazen doradas hebras, no te encante la dulçura de lengua discreta, no te rinda proporción de graciosos miembros ni te vença o prenda el movimiento y brío de airoso cuerpo: yervas y flores son que encubren ponçoñosos áspides; piélagos, al parecer, quietos, mas, navegados, por extremo procelosos. ¡O amor!, llama terrible, yelo abrasador de tiernas plantas y universal talador de lo que encuentra. Mas, ¡o mugeres!, ruina del varonil valor, polilla de su virtud y fama, varias, mudables y embaraçosas, fingidos son vuestros semblantes, vanos vuestros intentos y vuestra honestidad casi no verdadera. Menandro, si de contagio amoroso tienes tocado el corazón, acude presto al remedio, sírvate yo de aviso, imita mi exemplo, sigue mis pisadas, no derrames lágrimas, no formes suspiros, desecha ruegos, no publiques quejas, usa de acciones ásperas, que la muger con el umilde es altiva y con el sobervio umilde. Con rigores adquirirás sus dulçuras, con desvíos ablandarás sus durezas y con desdeños facilitarás los suyos, supuesto casi siempre se acerca a quien della se alexa y huye de quien la sigue. Destierra pensamientos tristes, ocúpate en alegres entretenimientos, no robes el reposo y sueño a tus miembros y ojos, que, gozando assí lo que desseares, vivirás contento.

-Nunca preguntara -dixo Menandro- para aver oído tanto. Damón, ¿qué furiosa ventisca, qué terremoto horrendo a sido éste? ¿Por qué tan de veras procuras aniquilar la grandeza de amor? Agravio hazes a tu aviso y offensa a tu entendimiento en aplicarle tan mal. Cesse tal exceso, reporta, refrena la velocidad de tu lengua remontada hasta donde apenas sube la más alta imaginación. ¡O Amor!, blandos son tus preceptos, fáciles de obedecer tus leyes, dilatada tu jurisdicción, gloriosos tus trofeos, solenes tus triunfos, magestuosas tus pompas, dulce el fruto que de servirte resulta, pues para en casto lecho, en quieta habitación y en conservar la generación tan desseada. No arrojas rigurosas armas y tus heridas no sacan sangre a ninguno. Con tu presencia se sustenta la paz, siendo niño tierno y suave, gracia y concordia de los hombres. Tú rindes ánimos, juntas coraçones, conformas almas divididas, vences a los mancebos y a los ancianos. No son tus obras de rapaz, tu condición no es variable, no te agrada favor inconstante, sino cierta fe senzilla y firme. No es ciego tu proceder, no se deven llamar ciegos los golpes que das ni es ciego nada de lo que pretendes; ves todas cosas con cierta lumbré, conociéndolas con divinos ojos. No tienes que ver con la oscuridad, ni para ti ay lugares que no sean conocidos; tú corres por las tinieblas y buelas con la luz, tú sólo sabes andar las jornadas que nunca

viste y en diversidad de caminos no ay senda que no conozcas. Donde reposas hincas raíces, creciendo luego altíssimo y aumentando con diligencia tus riquezas. No tiendes livianas plumas ni mueves alas vandoleras, mas siempre van permaneciendo con firmeza, por cuyos efetos no te devrían llamar niño desnudo y adornado de alas, flechas y arco, sino deidad que ablanda y mueve los fuertes coraçones y con modos diferentes regala y enternece pechos endurecidos. Tú riges voluntades, gobiernas alvedríos y estableces amistades santas en perpetuos tálamos. Y si en ti se halla daño alguno, trae origen de los vicios umanos, por quien caen las gentes en excessos con tal violencia que tú solo, sin la virtud, no puedes resistillos. Mas sin ti estuvieran tristes las almas, vagabundos los desseos, ociosas las imaginaciones, toscas las costumbres, incultos los ingenios. Tú los avivas, tú los ilustras y de ti reciben perfección. Dime, ¡o tú!, que tan en vano pretendes desminuir el poder deste señor, ¿ay en el mundo criatura que no sea amante? Amantes son las estrellas, las fieras, aues y pesces, todos aman en cielo, tierra, aire y mar. Amor, espíritu del mundo y recreo de las almas, yo soy uno de tus siervos, el más lastimado y el más contento. Dichoso fuego, amable flecha, dulce lazo el que abrasó, hirió y ligó mi coraçón, venturosa la esperança, inextimable el temor con que me alegro y me entristezco, precioso el lugar, el tiempo y modo, dónde, cuándo y con qué adquirí título de amante, felicíssima la ocasión que me llevó al lugar donde mi bien tuvo su primera raíz. ¡O bella Amarilis!, honesto y lícito objeto de mi alma, digna de todo honor y respeto, a quien con más razón toca el blasón de hermosíssima que a la turbadora de Grecia, principio y fin del último infortunio de Troya. Quando amor y el femenil vando no tuvieran otra defensa que el escudo de tu divina hermosura, bastava a romper y dexar vencidas las fuertes armas y esquadrones de sus contrarios. Damón, dame crédito y cree que no me engaña pensamiento enamorado. No pocas vezes nacieron improuisas flores en las partes más estériles que pisaron las plantas de mi querida; y en la mayor serenidad de la noche e visto desamparar el cielo esquadras de temerosas estrellas, corridas de verse deslustradas del resplandor de las suyas; cubrirse el cielo de nuves que amenazavan borrascas y con su vista quedar desechos los nublados y el cielo más sereno que nunca estuvo. Qué te diré del sol y luna, si ambos a mis ojos han ofrecido tributo y rendido vassallaje a la pura luz de su rostro. ¿Qué mucho, pues, que yo la adore, si éstos la reverencian? ¿Qué mucho que yo me consuma, si éstos se aniquilan? Ten por cierto no lleva abril tantas ojas, flores mayo, espigas iunio y frutos agosto, quantos afectos encierra mi pecho por su causa. Tantas llamas no tuvo Troya o tiene Etna quantas en mis entrañas se engendran de continuo. No miran en sí tantas aguas Hebro y Tajo quantas brotan de mis ojos por su respeto, excediendo mi fe en ser firme a la más fuerte destas peñas y pareciéndome a qualquiera dellas en no mudar propósito. Determino, para confusión de tu discurso y mengua de tus palabras, llegue a tu noticia el improviso accidente y venturoso modo con que entregué la possessión de mi aluedrío a quien tiene por centro mi alma.

»Burlose un tiempo el Amor conmigo y, porque evitasse ociosidad, mandome empleasse algunos ratos en entretener con músicas y celebrar con versos a las gallardas pastoras de Mançanares, luzes del vno y otro cielo austral. Hízelo assí, resonando por ventura los ecos de enternecidas canciones en las faldas del anciano Guadarrama, por ser vezino suyo el teatro, tenido por octaua marauilla, donde oyeron sus alabanças las bellas Castalia, Marcia, Iulia, Belisa, Lucinda, Leonela, Camila, Aldora, Masilena, Francelisa y otras. Al

fin, tras competencias, celos y ausencias, cosas que, a dezir verdad, no me inquietaban por no aver mostrado aún mi casi libre voluntad las fenezas de su afición, passando de una aldea a otra, llegó a mis oydos la hermosura y perfección de que se hallava dotada la nobilíssima Amarilis, mi prima. Con estrecha clausura, nacida del gusto de los suyos, honrava un corto lugar, donde, sin ocupar el merecido puesto entre señaladas ninfas y mayores, casi olvidada y sin conocer regalos de esposo, passava sus floridos años. La relación de su belleza y la seguridad del parentesco alentaron mi desseo y vencieron dificultades para que determinasse verla. Assí, haziéndola primero participante de mi intención por un zagal mío, partí acompañado de otro y, en llegando al sitio, traté de visitar la nueva aurora encerrada entre indignas paredes. Guardose en todo el debido recato y decoro al sujeto y lugar, y aviéndome hallado indispuerto la noche antes, por tener como ahogado el corazón en el profundo piélagos del plazer que esperaba, dilaté para el siguiente día el éxtasis amoroso en que me avía de ver. Vino, en fin, y poniendo freno a los cuerpos una rexa, corrieron la cortina que servía de celaje al soberano luzero. Sentí, Damón, al descubrirle que por inmenso gozo me faltauan las fuerças del espíritu, mis ojos se escurecían y un suave dolor ocupava todas las partes de mis miembros, quedando atónito, deslumbrado y fuera de mí por grande rato. Mas, bolviendo a mi acuerdo, conocí manifestar las almas en sus actos y usos ser divinas y tener de arriba alguna consanguinidad y parentesco entre sí, pues sucede a vezes que a la primera vista conocen su semejante y se encuentran y reciben, alegrándose de hallar su igual en valor y dignidad. Allí los ojos casi usurparon su jurisdicción a las lenguas, con ellos hablamos altísimos secretos, que el mirarse de los amantes despierta en ellos el vigor descaecido y enciende los corazones elados por la turbación. Sin duda, estava reservado mi amor para tan soberano objeto, pues se apoderó en un instante de mis sentidos y me dexó hecho esclavo de un casto desseo consagrado a la deidad de sus partes y dotes, siendo qualquier passada afición como rudo bosquexo comparada con la perfeta pintura de la presente. Acudí a visitarla a menudo, causando algún alboroto en las vezinas caserías la novedad y hablar del huésped. Por tanto, la última vez, acelerando las circunstancias de nuestros intentos, nos prometimos el uno al otro solenemente la fe de esposos, con que se escondió el sol que alimentava mi vida. Salimos dichosamente de aquella alteración popular que trató de prenderme, sin que se siguiesse infortunio a tal suceso, que el cielo favorece a los que acomodan sus cosas conforme a su voluntad, aunque no se lo pidan, previniendo muchas vezes a nuestro ruego con gran benignidad. Finalmente, publicándose el caso, sus parientes, por ciertas pretensiones, començaron a estorvar el conforme lazo de Imeneo, pidiendo a nuestros supremos mayores procediessen contra mí, por lo intentado, con todo rigor. Mas yo, con las alas de los favores recibidos, despreciava quanto por su ocasión pudiera padecer. Assí, añadiendo continuas quejas a estrechas instancias, fue señalado a mi dueño nuevo albergue de encerramiento y a mí por lugar de prisión, en el que suelo estar sin salir dél, si no es algún día, como oy a este puesto, por hallarme con falta de salud y sobra de tristeza, fundada en los agravios recibidos desde la primera hora hasta el presente punto, en cuyo espacio la luna a mostrado deziséys vezes lleno su rostro. No conocen mis enemigos que las cosas que ordena el cielo, aunque algún tiempo se procuren resistir, al último no se pueden evitar y que, en llegando a provar qué cosa sea amor, es acertado reduzir la voluntad a una casta y moderada templança, como es la que resulta de alegres bodas. Tal es nuestra persecución, cuya aspereza esperamos cessar presto, sufriendo en tanto con dispuesto ánimo su rigor. De un principio avieso suele salir

un suceso felice. Es divino don la umana libertad y podrá ser que el cielo abra los ojos de quien los tiene ciegos con interés y pasión, pues no es justo quiera apartar violento poder a los que junta recíproco amor. Ha sido mi querida firme roca a los combates de opuestas persuasiones, permaneciendo siempre en un parecer, que no conoce mudable calidad quien en belleza es norte de la tierra. Por esso, si bien la ausencia engendra miedo y cuydado en las almas enamoradas, yo me gozo ausente, seguro de lo que temen otros. No niegues, pues, Damón, quedar vitorioso amor con sola esta historia y también con sola ella realçado y defendido el ser femenil. Por tanto, muda propósito, ama a digno sujeto y pierde la libertad como sea bien perdida.

Estuvo Damón atentíssimo y casi sin pestañear al discurso de Menandro, causándole admiración la afición correspondiente de los dos amantes y la calificada fineza de su amor. Assí, ya mudado y arrepentido del error que al principio cometió con su adverso dezir, respondió:

-Valeroso mayoral, digno por únicos merecimientos de ser amado con igual determinación, yo me confieso rendido y desde oy procuraré consagrar al amor los despojos de mi libertad. Vuestro suceso solo sublima su cetro y entroniza sus trofeos. Jamás se vio ni oyó fidelidad de amor que iguale a la de ambos. Vivid, almas gloriosas, en conforme lazo largos siglos y vuestros nombres esculpa en firme diamante la que roba al tiempo las obras de los humanos. Conviértase en voces todo el aire para alabaros, toda el agua en tinta para escriviros, todas las ojas de los árboles en papel para celebraros y para pintaros se corten todas las plumas de las aves. Resistid en vuestro naufragio, que presto se descubrirá el puerto de vuestra felicidad. Pierda la pena conocida sus bríos con vos, porque la adversidad que viene sin pensar es intolerable, mas la que se descubre primero se lleva mucho mejor, supuesto en aquélla, turbado el entendimiento y ciego con el temor, no se osa determinar, y en ésta, la costumbre y conocimiento della haze se resuelva en razón. La dilación truxo muchas vezes consigo grandes medios de esperanza y salud, produziendo muchos prósperos sucesos que los hombres no alcanzarán con todo su saber y consejo. Los grandes negocios requieren grande sufrimiento y las cosas cuyos principios enredó la fortuna se han de acabar y lleuar a fin con más largos rodeos. Tu razón vozea, poderosos la oprimen, éstos se aplacarán con ruegos. De la manera que el oro en el fuego, assí la fe se afina con el dolor, que sin rigor no puede mostrar su fortaleza la constancia amorosa, y al precio que te costare tan rico tesoro estimarás después su posesión.

Mientras Damón dezía esto, avía Menandro sacado del pecho un papel que tenía escrito para embiar a su Amarilis y, quiriéndole comunicar con él, se le començó a leer, siendo esto lo que contenía:

Menandro a Amarilis

A ti, que dexas el día  
con mirarle más luziente,  
tu amante, tu firme ausente,  
estos renglones embía.

Deleita tu vista y tanto  
tu voz regala el oído  
que turba cualquier sentido  
como poderoso encanto.

Y así tu merecimiento  
a las palabras excede,  
que procura, mas no puede,  
ponderarle el pensamiento.

A plantas, yervas y flores  
y a lo perfeto que veo  
te comparo, y el empleo  
contemplo de mis amores.

Sin ti cualquier recreación  
no me alegra, y para mí  
lo que no es pensar en ti  
es triste imaginación.

Mas, aunque de ti me aparte  
la distancia del lugar,  
nadie me puede quitar  
la gloria de contemplarte.

Donde quiera que me veo,  
por lexos que de ti sea,  
ordena amor que te vea  
con los ojos del desseo.

Y sírveme de consuelo  
en esta esquiva prisión  
ir con la imaginación  
a recrearme en tu cielo.

En el alma que te di  
tanto puede mi desseo  
que, no te viendo, me veo  
más contigo y más sin mí.

Tengo por dichosa suerte,  
siguiendo tan alto intento,  
prisión, soledad, tormento,  
suspiros, ansias y muerte.

De los ojos corporales  
salen juizios inciertos  
de bienes en mí encubiertos  
con aparencias de males.

Es pena y es maravilla  
la pena de mi tormento,  
que me produze contento  
quando a otros da manzilla.

De pesares se sustenta  
triste el cuerpo, y los sentidos  
están al dolor rendidos;  
sola el alma está contenta.

Verme morir te lastime,  
y si te precias de mía,  
tu alma, señora, embía  
para que mi cuerpo anime.

Tengan mis ruegos efeto,  
contigo tal bien acaben,  
pues se sabe que no caben  
dos almas en vn sujeto.

Mal dixes, pido perdón,  
una es la mía y tuya,  
de cuya verdad se arguya  
que dos almas una son.

Ya, con vínculo divino,  
una y otra amor enciende.  
¿Quién apartarlas pretende,  
si las enlaza el destino?

Presto d'Astrea el rigor,  
¡o mi querida!, hará pausa,  
que se juzga nuestra causa  
sólo con leyes d'amor.

En tanto, Amarilis noble,  
raro exemplo de hermosura,  
ya qu'eres mirto en blandura,  
imita en firmeza al roble.

Pareciéndoles hora de bolver a la conversación, hallaron avía nacido en aquel punto una diferencia entre los pastores sobre la poesía, despreciada y abatida de algunos, llamando a sus profesores ociosos y perdidos, y de otros alabada y encarecida, dando a sus deuotos títulos de discretos y virtuosos. Y visto por Menandro del modo que altercavan divididos en pareceres, pidió a Clarisio publicasse el suyo, sabiendo quedaría con él diffinida aquella controversia en razón del crédito de sabio que tenía acerca de todos. El qual, por obedecer a Menandro, començó assí:

-De la poesía, don celestial y divino furor, son inventores naturaleza y arte. Nace el poeta, y quien no nació para serlo, con arte sola lo pretenderá ser ásperamente, porque sin la naturaleza el arte vale poco, como también poco naturaleza sin arte. Mas, concurriendo ambos, proponiendo naturaleza y disponiendo el arte, salen acertadas sus obras. Bien sabido es cuál aya de ser el proprio instituto de la poesía y, assí, sólo diré que hallándose presa el alma en la cárcel del cuerpo y no pudiendo por otro instrumento que la lengua descubrir su saber, perfección y hermosura, parece halló esta graciosa invención de hablar, esta traça de discurrir y este dulce modo de formar concetos. La prosa quando quiere acaba, mas la poesía tiene su límite, a de llegar a él y no pasar dél. Abraça las artes liberales y las otras ciencias de que a menudo se vale, pues para ser perfeta a de ser el poeta general en ellas o, a lo menos, poseer los principios de todas. Parécese en mucho a la deleitosa pintura y en mucho es más excelente, porque aquélla carece de lengua y ésta la tiene dulcíssima con que deleita, atrae, enternece y suspende, explicando con palabras sucintas altísimos pensamientos. Súbese a vezes a la mayor altura, internándose en las maravillas y grandezas del Criador; toca otras vezes el cóncavo de la tierra, revelando sus ocultos secretos y prodigios; imita y refiere el asomar y trasponer del sol y de la luna, las tinieblas y orror de la noche, la hermosura del cielo, vista, resplandor, dones y calidades de sus estrellas; figura montes, selvas y prados, sus árboles, yervas y flores, fuentes, arroyos y ríos; describe largos viages de mar y tierra, desta los peligros y de aquél las borrascas; da a conocer prouincias y naciones remotas, sus trajes y costumbres.

»Sócrates llamó a la belleza tiranía de breve tiempo; Platón, privilegio de naturaleza; Teofrasto, engaño callado; Teócrito, daño deleitoso; Carnéades, reino solitario; Domicio, cosa agradable; el filósofo, irreparable violencia, y Homero, divino don. Pues todos estos epítetos y atributos no llegan a los infinitos, elegantes y nuevos que cada día inventa y halla la discreta poesía. Ella cubre defetos y descubre gracias, vence rebeldías de severos, rinde altivos, pronuncia requiebros, forma queexas, revela afectos, celebra efetos, aviva remisos, compone descompuestos, avisa descuidos, acuerda servicios, pide premios, lamenta agravios, estima faouores, haze llorar y reír, temer y esperar, altera, aplaca y, en fin, por secreto camino infunde en las almas ya tristeza, ya alegría. En discursos graves, en assumptos célebres, ¿quién mejor propone, discurre, platica y aconseja? ¿Quién mejor mueve ordenanças de caualllos al son de trompetas o esquadras de soldados al ruido de atambores? ¿Quién mejor esparce al aire vanderas, forma esquadrones, sitia y combate? ¿Quién mejor dispone y soleniza assaltos, batallas, vitorias, trofeos y triunfos? Es gran celebradora de hazañas, incita a que se imiten heroicos hechos, conserva memorias de magnánimos príncipes y capitanes, acuerda pérdidas o conquistas de reinos, glorias y felicidades de monarquías, destroços y fuegos de antiguas o modernas ciudades, es prudente en la paz, sabia y prevenida en la guerra. ¡Cuán bien entre el ruido de las armas

mezcla amorosos sucesos, cuyos alegóricos fines quán bien auisan! Deleitando, aprovecha y, a su gusto, lleva por donde quiere agenas voluntades y pensamientos. Con ella se alivia la molestia de otras ocupaciones, artes y ejercicios. Las sienes de sus profesores fueron y son coronadas de laurel, ornato y premio de césares. Toda es buena y en nada mala, aunque a vezes los moradores de ciudades hazen se ocupe indignamente en lascivos concetos y torpes lisonjas. Ha de ser libre y severa reprehensora de faltas y vicios, ofreciéndose a sujetos inclinados a ella, porque sea conocida y estimada. Deve el que la profesare, con paciente continuación, aplicar todas las fuerças de su entendimiento y dexarse provocar generosamente de aquel sagrado furor. Su cuidado a de ser, lleno de ardiente espíritu, añadir nervios a la pluma y hermohear con prolixidad las plantas de su ingenio para que vayan creciendo como árboles, cultivándolas con el plomo de la concordia, con la tierra de la frequentación, con el hierro de la fatiga, con el rozío del sudor, con la lluvia de la tinta, con el sol de la vigilia y con el aire de la templança, porque los frutos que se cogieren aventajen en altura los pinos, en belleza los mançanos, en olor los bálsamos, en dulçura las palmas, en delicadeza los cipreses, en verdura los laureles, en utilidad las vides, en religión los inciensos, en incorruptibilidad los cedros y en excelencia las mirras.

»¡O dulces, o durables, o copiosos frutos los de la divina poesía prosiguía Clarisio, puestos los ojos en el cielo como transportado, cuyas obras, con artificio compuestas, con ventura dedicadas y con gracia recibidas, son las proprias y verdaderas riquezas del mundo! Riquezas proprias y verdaderas no son las piedras de valor, las mercaderías costosas, las naves voladoras, los metales ricos, los vestidos preciosos, las villas grandes, los palacios sumptuosos, los criados nobles y el innumerable ganado, sino las obras de los doctos, como la miel de las avejas y la seda de los gusanos. Las piedras preciosas son presa de ladrones; las mercaderías, despojos de cosarios; las naves, juego de los vientos; los metales, lugar del moho; los vestidos, manjar de polilla; las villas, blancos de tempestades; los palacios, burla de terremotos; los criados, sospecha de huida; y los ganados, cebo de peste. Mas las obras compuestas con las preminencias requisitas, la tierra se abra, el mar se alborote, túrbese el aire, rebuélvase el cielo, intactas y seguras quedarán entre tantas ruinas, y el agudo diente del tiempo, que calladamente lima fortísimos hierros y roe durísimos mármoles, con maravilla de sí mismo, no podrá limar ni roer sus delicadas ojas, antes las plumas con que se escribieren no parecerán quitadas a cisnes, sino arrancadas de las alas del mismo tiempo, para que en cosas semejantes cese su buelo, acostumbrado a borrar la memoria de toda cosa umana. De piedras abundó Polícrates; de mercaderías, Paris; de naves, Minos; de metales, Creso; de vestidos, Atalo; de villas, Lúculo; de palacios, Nerón; de criados, Xerxes; y de ganados, Aristeo. Mas todas estas cosas se han enagenado mil vezes con ventas, contratos, permutas y donaciones, dexadas por testamento y passadas por mil herederos, de tal manera que, si acaso se hallan en ser aora, no se llaman ni son de sus primeros poseedores ni de sus hijos o nietos; mas la Ilíada de Homero, la Eneida de Virgilio, la Tebaida de Estacio y la Farsalia de Lucano, después de tantos años, se llaman aora y se llamarán siempre destos primeros autores y primeros inventores. Éste es aquel patrimonio solo que no puede ser robado, no puede ser destruido, no puede ser enagenado y no puede ser heredado; esta cosa sola con razón se llama nuestra. Éstos son los bienes que consigo llevava Solón y saliendo de la patria dezía lleuar todo lo que era suyo. Las piedras se encaxan en los

anillos, las mercaderías se cargan en las naves, las naves se fían del mar, los metales se esconden en los cofres, los vestidos se alçan en las arcas, las villas se dexan al descubierto, los palacios se dan en guarda a los criados, los criados se van por el mundo, los ganados se dexan pacer por los montes; mas las obras doctas se ponen y se guardan, no sólo en el cofre de los unguentos de Darío, donde Alexandro tenía las obras de Homero, sino en la más noble parte, más secreta y más delicada del hombre, que es la memoria. Destas obras se coge vna nueva y perpetua vida, de manera que, quando se llegue la muerte, se conseguirá la immortalidad; quando los tales pierdan la vista y el oído, entonces serán vistos y oídos en todas las partes de la tierra; quando estén sin gusto y no puedan pasar bocado, entonces serán sustento de ingenios sutiles; quando cierren la boca, entonces hablarán siendo leídos y hablarán también las naciones dellos; quando les falte el vigor de las manos, ya flacas y caídas, las manos de los pueblos los andarán reboluiendo; quando sean metidos debaxo de la tierra, entonces se leuantarán sobre los aires; quando parezca que están encerrados en el corto espacio de la sepultura, andarán por la redondez de la tierra; quando en ella estén roídos de gusanos, serán libres de los de la embidia; quando sea consumida su carne, entonces serán alabados de las lenguas de los hombres; y quando estén sus huesos convertidos en polvo y ceniza, della se levantará la llama de su gloria. Levantáronse del fuego Aviola, Celio, Tuberón, Corfidio y Gabieno, mas boluieron después a la muerte. Sólo los partos del ingenio sacan a su dueño del sepulcro eternamente. De su fuego y poco después de su muerte renace la abrasada Fénix para vivir más siglos, y los nuestros, dictando y componiendo, renacen y dan a sus nombres perpetua vida. Si es cosa fabulosa la transformación de Perseo, Cefeo, Casiopea y Calixto en estrellas, no es fabuloso dezir se mudarán los tales en estrellas después de su muerte y con sus dulçuras y elegancias influirán nuevas virtudes en los que las leyeren y, assí, jamás morirán.

»Ármese, pues, Turno de duro hierro, que de qualquier manera será muerto de Eneas; cúbrase Héctor de fuerte escudo, que de qualquier manera será alanceado de Aquiles; rodéese Aquiles de pellejo impenetrable, que, al fin, será saeteado de Paris; mas ellos, armados de papel delgado, estarán seguros, no sólo de las armas de sus enemigos, mas de la guadaña de la muerte. Esté la yedra siempre verde, el mirto, el ciprés, el cedro, la oliva, palma y laurel, que con más viva y larga frescura reverdecen ellos en sus escritos. Según la diversidad de los climas, una gente tiene el día de tres horas, otra de seys, otra de doze, otra de deziocho y otra de seys meses continos, mas ellos sin noche tendrán su día de largos siglos. Las noches que velaren se bolverán días de gloria; las luzes a que escrivieren se bolverán rayos de honra; su cera, miel de gracia; la tinta que gastaren se transformará en lluvia sobre las alas del tiempo y de la fama. Ésta busca Eróstrato quemando el templo de Diana en Éfeso, (y ellos la alcançarán con fabricar templos de poemas a magnánimos sujetos. Otro la piensa conseguir enseñando los páxaros que por las selvas vayan llamando su nombre, y ellos la conseguirán con publicar obras intituladas de los suyos. Por una corona de oliva que se le caen las ojas, los más valerosos de Grecia se exercitavan en los Juegos Olímpicos, instituidos en honor de Pélope; por una corona de laurel que se marchita, trabajavan en los Juegos Pitios, ordenados en honra de Apolo; por una corona de apio que se seca, sudavan en los Juegos Nemeos, hechos en memoria de Arquémoro; por una corona de pino que se deshaze, se fatigavan en los Juegos Ystmos, hechos en gloria de Neptuno, y ellos se exercitarán, trabajarán, sudarán y

se fatigarán en la loable ocupación y ejercicio de las Musas por una diadema de fama eterna que los hará bolar del oriente al ocaso mejor que Dédalo con sus alas, Perseo con su Pegaso y Medea con su carro. Esta fama les hará conocer de los remotos, desear de los cercanos, mirar de los ciegos, alabar de los sabios y honrar de los que no los avrán visto ni conocido jamás. Esta fama hará que los amigos procuren hazérseles más amigos presentándoles dones, como Alcibíades presentó a Sócrates; que en sus necesidades les ayuden con dineros, como Pomponio Ático ayudó a Cicerón; que sus enemigos los alaben, como Esquines alabó a Demóstenes; que guarden y reverencien sus casas, como Alexandro en el cerco de Tebas guardó las de Píndaro; que las damas se enamoren dellos, como la hija de Augusto se enamoró de Ovidio, celebrada con nombre de Corina; que los hombres, por qualquier dinero, los compren para sus maestros, como Demócrito compró a Diágoras siervo; que les levanten estatuas, como Aristóteles levantó a Platón; que las ciudades peleen por llevar la gloria de aver nacido en ellas, como las siete ciudades más nobles de Grecia, por querer cada una ser la patria de Homero; que guarden por memoria las casas donde uvieren vivido, como Arezo las que vivió el Petrarca niño y Mantua las que vivió Virgilio en Piétole, aldea suya; que les den públicos dones, como Vicencia a Sabélico y Atenas a Demetrio Falereo; que les den salarios y rentas, como Roma a Quintiliano; que los levanten a mayor dignidad, como Roma a Cornelio Galo; que les dexen las llaves de las ciudades, como Atenas a Zenón; que combatan por tener sus huesos después de muertos, como Florencia por tener los del Dante; que las más principales repúblicas les den suma honra, como Venecia al Petrarca; que los pueblos les favorezcan, como los de Çaragoça a Eurípides; que hablando con ellos no se atrevan a hablar, como recitando Roscio no se atrevían a mover la lengua los romanos; que celebren su nacimiento, como los romanos celebravan el de Virgilio; que les hagan obsequias y sepulcros, como los citas a Ovidio; que los señores les den libertad, como Pompeo la dio a Leneo que los rescaten con la propria hazienda, como Aniceto rescató a Platón; que no osen llamar a sus puertas por no estorvarles, como Pompeyo no osó llamar a las puertas de Posidonio; que les den tantos escudos como versos uvieren compuesto, como el hijo de Antonio Severo dio a Opiano; que se les hagan tributarios, como Marco Antonio a Anasenor; que metan en los sepulcros sus imágenes, como Cipión Africano la de Enio; que con ruegos y dones los lleven a sus casas, como el rey de Egyto a Nicandro; que se les hagan familiares, como Arquelao a Eurípides; que se alegren de tener hijos en su vida, como por Aristóteles se alegró Filipo de tener a Alexandro; que les den dones extraordinarios, como dio el rey Tolomeo a Cleombroto; que perdonen por su causa las ciudades, como Alexandro perdonó a Lampasco por Anximenes; que los emperadores rompan las leyes por su causa, como por la Eneida, de Virgilio, contra su testamento las rompió Augusto; que los lleven por compañeros en sus carros triunfantes, como Trajano llevó a Dión; que los coronen, como Domiciano coronó a Estacio; que los reciban por consejeros, como Marco Antonio recibió a Iunio Rústico; que los dexen tutores de sus hijos y gobernadores del Imperio, como Constantino dexó a Libanio; que los más sobervios tiranos embíen y salgan con umildad a recibirlos, como Dionysio embió y salió a recibir a Platón; que les consagren templos, como Falaris a Eliesícoro; y que espanten sus enemigos, como Apolo espantó los enemigos de Arquíloco y Baco los de Sóphocles. Ninguno, pues, se atreva a la deidad desta soberana reina, todos la veneren, todos la sigan, exercitándola a menudo para poseer, con su ocasión, varias ciencias, virtud perfeta, riqueza verdadera, vida perpetua y fama immortal.

Assí concluyó el respetado Clarisio, a quien Menandro, con umano semblante, dixo:

-Bien defendida, ¡o prudente pastor!, dexaste la divina poesía. Bastava ser tú de su parte para quedar vitoriosa. Dichosos nosotros mil veces, pues sin salir destos estrechos límites ni buscar con sumo trabajo, como los filósofos antiguos de Italia y Grecia, quién a los druidas de Francia, quién a los rabinos de Iudea, quién a los sacerdotes de Egipto, quién a los magos de Persia, quién a los bracamanes de la India y quién a los ginosophistas del Oriente, para aprender nuevas ciencias, escuchamos de tu lengua Priscianos, Livios, Virgилios, Parménides, Demóstenes, Pitágoras, Euclides, Boecios, Tolomeos y Aristóteles. Verdaderísimo es lo referido por ti en alabança del poético tesoro. Con la fuerza de tus razones se hallan sin vigor las contrarias. Bien grosero será qualquiera del vando opuesto que no se confesare vencido. Ya todos, según de su aplauso comprehendo, le quedan aficionados con todo extremo.

-Tratad más bien, ¡o ínclito mayoral! -respondió Clarisio-, a quien se conoce falto de toda ciencia y prudencia; a quien fuera justo uviera callado por no imitar, como a hecho, a aquellas importunas cigarras, cuyo áspero canto en el presente ardor enfada a quien le oye, callando los páxaros de sonora voz y música regalada. Hame sucedido lo que acontece en los vasos, que los vazíos, quando los tocan, resuenan, y los llenos no tienen sonido; o lo que en los bosques, por donde los mercaderes ricos caminan callando por miedo de ladrones y los pobres van a voces cantando. La magestad del sujeto me incitó a romper la determinación de mi silencio. He sido caracol que pasa su vida mudo hasta que puesto al fuego chilla. También pasara yo callando, mas prouocóme el ardor del nuevo desseo de que todos conserven el decoro devido al assumpto que se ha tratado.

En esta forma se entretuvieron hasta que el sol dio muestra de esconder sus rayos, por lo que, teniendo fin la conversación, partieron los pastores a buscar sus albergues, y Menandro con Damón y sus zagales al sitio de su prisión, gustando el gallardo mayoral de favorecer y amparar al agradecido forastero que, por serlo, carecía de habitación. Acompañaron Meliseo, Cintio, Sileno y Olimpιο a Elpina, Elisa, Flori y Amaranta, no consintiendo esto Tarsia a Felicio, sino admitiendo en su lugar a Danteo, de quien, por ser grandes amigos, no avía qué recelar. Partenio se fue con Dinarda y Clórida, siguiendo los demás las venerables canas de Clarisio y Rosanio.

Por el camino pidió Clórida a Partenio recitasse a Dinarda los versos que compuso quando se fue a Arcadia, despidiéndose de quien amava. Y él, que tenía por buena suerte traer a la memoria qualquier particular que le uviesse sucedido con Antandra, dio principio en esta forma:

Partenio

Si el dolor de morir, qu'es tan temido,  
tal es que iguale mi dolor terrible,  
sienta todo mortal aver nacido.

Mas la pena de muerte es apazible  
con mi pena, y la suya, aunque crecida,  
es de menos rigor, es más sufrible.

La Parca al cuerpo el hilo de la vida  
corta, mas si su bien dexa el amante  
es forçoso qu'el alma se divida.

La parte más secreta en el semblante  
de lo amado se queda. Con su mano,  
lo incorpóreo el amor rompe al instante

¿Que la luz de tu rostro soberano  
pueda un punto perder, ¡o prenda hermosa!,  
perder el bien que con mirarle gano?

¡Ay, día infausto! ¡Ay, hora temerosa,  
que tal será llegada la partida,  
si esperada no más es tan penosa!

Muerte, no llegue a ver tal despedida,  
y si está mi partir ya destinado,  
antes que parta el pie parta la vida.

Quede el mísero cuerpo sepultado,  
porque, sin dividirse, el alma entera  
habite el pecho de su dueño amado.

¡O fortuna mudable! ¡O suerte fiera!  
El sol apenas vi quando, inclemente,  
al día sucedió noche ligera.

Lexos de vos, si puedo estar ausente,  
copioso llanto y triste pensamiento  
han de ser mi sustento eternamente.

Y si al llanto robare algún momento,  
el sueño, por piedad, con la hermosura  
que pierdo, ¡ay, triste!, alivie mi tormento.

Mas tal consuelo en vano se procura.  
¿Cómo el sueño, amator de sombra fría,  
podrá fingir belleza ardiente y pura?

Pintar umano ingenio no podría  
belleza soberana. Afrenta el arte  
esta diosa, que adora el alma mía.

El capitán de estrellas, quando parte,  
rayo no muestra en sí tan luminoso  
que pueda, ¡o luz puríssima!, igualarte.

Más bella aurora y rayo más vistoso  
aclara mi turbado pensamiento,  
sin quien lo más luziente no es hermoso.

Estrellas donde amor tiene su asiento  
feliz, si un bien de vos mi alma adquiere  
antes de ver tan duro apartamiento,

quando alguno mi muerte os refiriere,  
una perla no más dexad vertida  
en la parte infeliz donde estuviere  
el triste tronco de quien fuistes vida.

Con acentos tan lastimosos repitió Partenio su elegía que a los ojos de Clórida acudieron lágrimas repentinas y, por ventura, alguna centella de piedad al corazón de Dinarda, que casi con risa dixo:

-Singular artificio descubren los hombres en sus palabras para atraer con ellas a su voluntad las simplecillas zagalas. Siempre lloran, siempre se quexan y siempre están muertos. Dichosa quien cerrare los oídos al encanto de su fingida dulçura, no dando crédito a la malicia varonil que se encierra en ella.

-Participan -respondió Partenio- tus razones de la aspereza de tu pecho, bien publican ser hijas tuyas. Tu esquiva condición no admite verdades amorosas. Allá en las ciudades solamente se professan engaños en el dezir; en sus tribunales, escuelas, plaças y academias, se habla con la sutileza de la Lógica y artificio de la Retórica, y las palabras se alexan de la intención, teniendo differente sonido; mas en los campos, las lenguas pronuncian lo que sienten los coraçones, sus galas son natural bondad y llaneza, vistiéndose de sola el alma. Pudiera a este [propósito] mover con presteza las tardas ruedas de mi entendimiento y lengua, alentado de la copia que se me avía de ofrecer; mas por parecerme escusado y aver llegado ambas a vuestras casas, me daréys licencia para que vaya a la mía.

Con esto se fue Partenio, y sentada Clórida al umbral de su vezina Dinarda, casi sentida de la incredulidad que avía mostrado a las ternezas del pastor, començó a mover con ella igual plática:

-En fin, Dinarda, ¿querrás pasar lo más precioso de tu edad sin lícitos placeres? ¿No oirás el dulce nombre de madre ni te verás rodeada de tiernos hijuelos? ¡Cuán desabridos entretenimientos son los tuyos! ¡Cuán desabrida tu vida en todo, que si aora te agrada es por no aver provado otra! Assí, la gente que habitó primero el mundo casi como simple criatura tuvo por dulce y buen mantenimiento agua y bellotas; mas ya uno y otro es bebida y manjar de animales, por ser puestas en uso ya uvas y trigo. Si por ventura una vez siquiera gustasses qualquier mínima parte del contento que goza un amante corazón quando es amado recíprocamente, sé que arrepentida, con más de un suspiro, dixeras: «Piérdese todo el tiempo que no se gasta en honesto amar. ¡O mis passados años! ¡Quántos silvestres y solitarios días, cuántas prolixas noches hallo aver consumido en vano, que pudiera ocuparlas en ratos y passatiempos amorosos!..» Muda, simplecilla de ti, muda de intento, mira que no te entiendes, mira que importa poco arrepentirse tarde.

-Siga otra -respondió Dinarda- los contentos de amor, si puede ser que en el amor aya algún contento. Yo gusto desta vida, mi deleite es la libertad. Veo se consumen miserablemente esos ciegos, esos vanos, que con zelo impuro consagran altares a la ciega y vana deidad de quien los atormenta. Quando yo, entre suspiros, arrepentida, diga las palabras que por tu gusto finges, el hambriento lobo huirá del cordero y el lebre de la liebre, el oso amará el albergue del profundo mar y los delfines el de las secas montañas.

-Conozco -replicó Clórida- la esquividad de la juventud. También e sido del metal que eres aora; también gozé de gentileza, de rostro hermoso, de rubios cabellos; también tuve, como tú, de púrpura los labios y en las llenas y delicadas mejillas, en la forma que tú, mezclada la rosa con el jazmín. Acuérdomme que solamente era mi gusto, y qué gusto tan simple, componer las redes, armar con liga las matas, dar nuevos filos al dardo y acechar en el bosque las cuevas y plantas de las fieras. Si alguna vez era mirada de amante enternecido, bolví la vista llena de rustiquez al suelo con desdeñosa vergüenza, desagradándome entonces tanto la hermosura quanto agradava a otros, como si fuera culpa y deshonor mía el ser vista, querida y deseada. Mas ¿qué no pueden las alas del tiempo? Y ¿qué no puede alcanzar un importuno y fiel amante con largo servir, merecer y suplicar? Confieso que fui vencida, y fueron las armas del vencedor umildad y contino sufrir, acompañado de llanto, suspiros y ruegos. En suma, mostrome entonces la sombra de una noche corta lo que en largo tiempo no me avía mostrado la luz de mil enteros días, y dixé alegre: «Cintia, desde aquí renuncio vozina, arco, aljava, flechas, exercicio y vida, que con casarme me dedico a otra mejor.» Assí espero también llegará amor algún día a domesticar essa tu condición áspera, ablandando el intratable corazón de azero que encierra esse pecho.

-Clórida -dixo Dinarda-, o calla o hablemos de otra cosa, si pretendes que te responda. Yo nací para no amar. Amor es mi enemigo y en no provarle alcanço vitoria dél. Copiosas son las esquadras de sus vassallos, resultarale poca gloria de que yo siga sus vanderas y más aviéndole tenido por contrario desde que me conozco.

-¡O, qué sobervia y desa pazible rapaza! -añadió Clórida-. Dime, ¿acaso juzgas por enemigo al carnero de la oveja o al toro de la vaca? ¿Juzgas por contrario de la tortolilla a su caro esposo? ¿Juzgas por tiempo de enojo y enemistad la primavera presente, que

alegre enseña a amar? ¿No adviertes cómo en este tiempo están enamoradas todas las cosas de un amor agradable, lícito y provechoso? Mira aquel palomo con qué dulces caricias y arrullos besa a su compañera; oye aquel ruiseñor, cómo cantando salta de un ramo en otro, efecto de amoroso ardor; la culebra, si es que no lo sabes, dexa el veneno y corre fervorosa al amante; siente amor el tigre, ama el león. Tú sola, más fiera que las fieras todas, no le admites en tu pecho. Mas ¿para qué truxe exemplos de tigre, serpiente y león, que tienen sentimiento? También aman los árboles y plantas. Mira con cuánto affecto y con cuán repetidos abraços se enlaza la vid al olmo, su marido. Ama un mirto a otro, un sauze a otro sauze, arde una haya por otra; aquella grande enzina, que a la vista parece tan silvestre y áspera, suspira y siente también amoroso fuego. Y si por ventura tuvieras sentido de amor, entenderias sus quejas mudas. ¿Has de ser tú para menos? ¿A cuándo aguardas? Nuestra vida es cortíssima y tanto somos amables quanto parecemos hermosas. No desprecies mi consejo y, antes que llegues a la miseria común, procura no se pase en vano y se malgaste el abril de tu edad, que tras la vejez, estorvo inevitable de la umana pintura, se seguirá aún en vida un olvido de tu memoria que te sepulte en las de todos. Renaciendo, los años restauran lo que en su ancianidad padecen; mas si se pierde una vez la juventud umana, jamás buelve a reverdecer. Sigue, pues, mi parecer, endereçando tu inclinación a la quietud que nace de alegres bodas, salvo, con todo, qualquier desseo o promesa que uvieres hecho de seguir el exercicio de Diana.

-A lo que imagino -dixo Dinarda-, más presto por tentarme que por publicar de veras lo que sientes, has discurrido de essa manera. Firme defensa tiene el amor en ti, mas no le aprovecha conmigo. Son tus acentos eficaces, mas débiles combatientes con quien profesa tener el alma como inexpugnable castillo.

-Tú desprecias -prosiguió Clórida- mi parecer y juegas con mis palabras. ¡O en amor sorda tanto quanto mal entendida! No te dobles. Tiempo vendrá en que con muchas veras te arrepientas de no aver seguido mi consejo, tiempo en que irás huyendo de las fuentes donde aora te deleitas, de miedo de no verte ya tan fea y arrugada. Ni sólo te sucederá esto, mas, /64/ en razón de aver con tu vana hermosura afligido a tantos, quiera Dios goze quietud tu alma quando se viere desatada del cuerpo. Quiçá no es del todo vano lo que fingió la antigua gentilidad: aver allá, donde los hornos de Aqueronte arrojan de sí humo abominable, parte en que con eterno tormento de llanto y espantosas tinieblas se hallan castigadas las mugeres que, ingratas y rebeldes, causaron con su belleza desasosiegos en el mundo. Aguarda, pues, se apareje allí albergue a tu fiereza y ser justo saque el humo llanto de unos ojos de quien la piedad jamás lo pudo sacar.

-Graciosos sueños -respondió Dinarda-. Espanta con essas fábulas a quien menos entendiere. Mientras viviere e de conservar la pureza de mi alma y castidad de mi pecho, consagrada, como tú apuntaste, a la reina de las selvas, a la diosa de sinceros coraçones, a la luz más hermosa de las estrellas, a la casta Diana que, llevada de blancos ciervos, da vida y hermosura a los montes; a quien, habitando las cumbres de Erimanto o pisando las riberas de Eurota, adoran pintadas Napeas; a quien con ligero correr fatiga y alcança los corzos y a quien con poderoso venablo derriba leones, osos y iavalíes, librando los bosques de su terror.

Cessaron con esto, porque la noche avía con sus sombras deslustrado del todo la hermosura de las cosas, [y] recogidas en sus moradas alimentaron los cuerpos de sustento y descanso. Éste huía del fatigado Felicio, que inquieto por el pasado disfauor en ninguna parte reposava. Assí, eligió por remedio desamparar las paredes de su casa y salirse donde tuviera la yerva por asiento y por techo las celestiales esferas. Y contemplando lleno de oscuridad el grandioso alcáçar de los mortales, a solas, por desfogar su pasión, hablava desta manera:

-¡O noche! Tú que templas la sequedad del día, humedeces el ayre y fecundas la tierra; tú que sosiegas las penas de los afligidos umanos, produziendo ocio a sus cuidados y pensamientos; tú que de tus alas sombrías viertes silencio, sin cuya suavidad fuera insufrible nuestra vida, donde la embidia, codicia, ambición y otros mil ásperos modos de morir colmarían de afanes nuestros cuerpos y almas; tú que quitas el velo engañoso a las invenciones que a mediodía se fraguan en el teatro del mundo; tú que igualas los pastores con los reyes, el rico con el pobre, el sabio con el ignorante, el criado con el señor y lo hermoso con lo feo, escureciendo con tus sombras lo que el día aclara con sus resplandores, ampara en tu horror al infeliz Felicio, que como ave nocturna campea en tus tinieblas, huyendo de la luz, en cuyo dominio recibe tantos agravios. Haz, ¡o noche!, que siendo la parte intelectual del alma, que es mi ídolo, forçada a dar lugar a la necessidad del cuerpo, despierte agena de los rigores acostumbrados. Representale en sueños la blandura con que deve ser tratado quien la adora, muda sus afectos y, en librándose del que es retrato de la muerte, hállela favorable para mi vida, espire paz, prometa dulce acogida y muéstrese en todo benigna a mi fidelidad, que por igual beneficio offrezco colgar votos en tu templo y celebrar tus excelencias con cultos himnos.

Tras esto, visitando la habitación de Tarsia, con acentos ternísimos, començó a dezir:

Felicio

Por tu respeto, ¡o Tarsia!, ¡o sol luziente!,  
mi pensamiento vive combatido  
de borrasca crüel, de guerra ardiente.

Resisto en vano al fin, pues compelido  
de largueza de tiempo y esperança  
no escapo de morir o ser vencido,

no porque vea en tu valor mudança,  
ni menos porque falte mi firmeza,  
mas porque sobra en mí desconfiança.

Connigo se exercita tu aspereza,  
y que se guarde quiere el rapaz ciego  
en mis ojos su llanto y su tristeza.

Ardiendo aora en amoroso fuego,  
al umbral de tu puerta respetado  
diziendo assí con lágrimas me llego:

Hiziera Amor qu'en piedra transformado  
me viera donde, puesto por exemplo,  
de tu planta gentil fuera pisado.

Quiçá las fiestas, al salir al templo,  
pudiera verte, quando no otros días,  
con la suma beldad qu'en ti contemplo.

Siendo piedra insensible, me verías  
vestir de nuevos lustres y blancura  
las partes que passando tocarías.

Recuerda, pues, ¡o Fénix de hermosura!,  
y abre las puertas y abre a un lastimado,  
si tanto amor merece tal ventura.

Siquiera cesse un poco mi cuydado,  
descanse el corazón d'ardor ceñido,  
a quien temblando tiene el tuyo elado.

Y aunqu'es, ¡o Tarsia!, mucho lo que pido,  
premios devidos son a mis tormentos,  
premios que fe y amor han mereçido.

Mas, ¡ay de mí!, ¿quién oye mis lamentos?  
¡Ay, qué valen, si el ayre se los lleva  
y siempre fueron sin piedad los vientos!

Sueño, si cosa hize que no deva  
contra ti, ya te hallas satisfecho,  
ya es tiempo que a mi bien de mí des nueva.

Dile qu'estoy en lágrimas desecho  
y, huyendo, ve sin estorvar mi gloria.  
El daño baste que hasta aquí m'has hecho.

Hermano de la muerte, ¿qué vitoria  
sacarás deste trance si, embidioso,  
usurpas de mis ansias la memoria?

Es la noche al amante desseoso  
apazible, cortés y lisongera,  
deteniendo su curso presuroso.

Tú, assí, vaso y licor d'adormidera,  
con qu'en ocio sepultas los mortales,  
cortés arroja de tu mano fiera.

Y vos, queridas puertas, dad señales  
de ser, por gusto y por piedad, aora  
el único remedio de mis males.

Sus alas tiende ya la bella aurora,  
ya se mueven, ya cantan ruiñeños.  
Puertas, dexadme ver a mi señora,

qu'a vuestro ser aplicaré loores  
y colgando guirnaldas amorosas  
vuestro umbral cubriré de varias flores.

En honra de Cupido, frescas rosas  
sin tasa iré esparciendo, iré roziando  
esta entrada con aguas olorosas.

Mas dadme oído o riguroso o blando,  
que sufrido seré, seré constante,  
hasta vencer o hasta morir amando.

Siglos viváys, ¡o puertas!, si al instante  
me consentís llegar donde pretendo,  
ni os arda el novio de la diosa amante.

Jamás el tiempo os vaya consumiendo  
ni contra vos jamás de áspera sierra  
se atreva el diente agudo, el ronco estruendo.

Leuantaos con silencio de la tierra  
y concededme entrada poco a poco.  
Mi bien seréys, seréys paz de mi guerra.

¿Cómo no muero o no me buelvo loco?  
¿Inútil es el ruego y vano el llanto  
con qu'a mayor tristeza me provoco?

¡Ay! robles soys y ni piadoso llanto  
ni ruego a de poder jamás moveros.  
Y pues de vos más triste me levanto,

puertas, Dios quiera que con golpes fieros  
y con hierro pesado os vea rajadas  
y rabie quien uviere de romperos;

siempre estéys carcomidas y arrugadas,  
y como estoy desecho de cuidados,  
assí de breve edad os vea gastadas.

En vos carguen amantes indignados,  
y quien os dé de piedras el castigo,  
quien del fuego en que viuen abrasados.

Veré entonces arder a mi enemigo.  
Mas cesse mi gemir, que llega el día  
y es sombra muerta la que va conmigo.

Ten lástima de mí, ¡o Tarsia mía!,  
si no oirás en toda noche oscura  
mis llantos y mis queexas a porfía.

Vos, puertas, vos seréys mi sepultura  
si no mudáis la desdichada suerte  
de quien en vos a puesto su ventura.

Piedad mostrad y evitaréys mi muerte,  
no tengáis por difícil qualquier medio,  
que si professa ser mi pena fuerte,  
fuerte también será vuestro remedio.

No es de bronze nuestra fortaleza ni nuestra carne es de piedra. Rindiose, pues, Felicio a los combates de sus pensamientos y, sin querer, quedó entregado al sueño, a quien es gloria de mortales y descanso de todas cosas; a quien siendo paz del ánimo, desecha de los coraçones las importunas traças; a quien regala los cuerpos cansados y oprimidos de trabajos, esforçándolos y reparándolos para ellos; a quien es domador de males, descanso del alma, parte mejor de la vida y puerta de nuestro vivir; a quien igualmente viene al grande y al pequeño. Éste, pues, apiadado de sus infortunios amorosos, no lexos de la casa de su desasosiego, le quiso socorrer con alguna quietud, pienso le durará hasta el día, por ser brevíssimo el espacio de noche que quedava.

## DISCVRSO SEGVNDO

Otros cuidados diferentes desvelavan a Damón que, agradecido a los favores de Menandro, ocupava su imaginación un vivo deseo de agradarle, rebolviendo en su fantasía los modos que para ello avía de tener. Assí, dexó el lecho quando apuntava el día y, abriendo una ventana, estuvo atento a los actos del amanecer y al tenor que sucedían fue traçando el soneto siguiente:

Ya la madre d'Amor, luziente estrella,  
se muestra más alegre, viva y pura;  
ya, siguiendo su rastro, se apresura  
en su cándido trono el alva bella.  
Sale despacio el ruvio Fevo a vella  
y el ayre limpia de la sombra oscura;  
la tierra, descubriendo su hermosura,  
de que tarden sus rayos se querella.  
Al süave espirar d'auras vitales  
alégrase la flor, la yerva y planta,  
muestran los arroyuelos sus cristales,  
pace el cordero, el silguerillo canta,  
sus cuevas dexan varios animales  
y el hombre, rey de todo, se levanta.

Después, reconociendo causar estos efetos los puros resplandores de la luz, lustre y vida de las cosas, movió la lengua en su alabança con semejantes acentos:

-¡O celestial y viva lumbre, que apartas de los umanos las molestias y temores de las tinieblas! Madre de la verdad, gozo del mundo, espanto de malhechores, espejo de belleza, hija mayor y la más querida de Dios, quán buena, quán pura y hermosa eres, pues tu mismo Criador, siendo, como es, fuente de modestia, apenas acaba de encarecer tu gran merecimiento.

Bolvió los ojos diziendo esto y a un lado de la casa descubrió un vistoso jardín y, desseando ver de cerca algunas curiosidades que desde lo alto divisava tener, buscó la puerta y, hallándola abierta, mientras recordavan los garçones de Menandro, començó a mirar su maravillosa belleza. Por medio y alrededor tenía espaciosas sendas a semejança de caminos derechos con curiosos quadros compuestos y texidos de variedad de olorosas yervas; guarnecían y hermoseauan sus márgenes cipreses, mirtos y laureles, que causavan sombra deleitosa. Vestían las vides a sus desnudos arrimos tan estrechamente que no davan lugar al sol a que en su distrito tuviesse alguna jurisdicción. Esparcíase por todas sus partes abundante y gratíssimo olor nacido de las violetas, cuyo morado color campeava entre el verdor de sus ojas, y de las rosas, que entre sus espinas afrentavan los alhelíes, claveles, iazmines, iunquillos y mosquetas. Era gusto ver sus diferencias. Despuntavan algunas y, assidas al materno seno, se avergonçavan de mostrarse al sol que las requebrava, teniendo por mejor estar incultas y desconocidas que dar ocasión de ser cortadas por la mano de algún amante atrevido; otras estaban floridas del todo y no pocas descaecidas y débiles que, desojadas,

honraban los troncos de sus mismas ramas. Las açuzenas, con su pompa cândida y suave fragancia, servían de singular ornamento. Suspéndía la competencia de las flores, sin reconocer qualquiera dellas superior, y, en fin, admirava el orden y curiosidad con que todo se hallava dispuesto. Tal devía ser el celebrado huerto de Alcínoo y tal el que fue breve morada de nuestros primeros padres. Movía blandamente Favonio las ojas y ramillos de las cultivadas plantas y con sus soplos revivía toda la república frondosa. En medio, como reina de quanto encerravan los muros, tenía su trono una relevada fuente de blanquíssimo mármol nacido en las entrañas de Tesalia; rematava su cima un águila dorada, de cuya boca caía presuroso licor recibido en la concavidad de la taza que, por ospedar al rezién llegado, desperdiciava por sus orlas el antiguo que tenía en su centro. Estava el águila labrada con tan raro artificio que, abriendo las alas, casi parecía se quisiese lavar en las frescas aguas. Cerca de la corona de la fuente avía un pavón, una golondrina, una tórtola y una paloma hechas por Vulcano tan ingeniosamente que no pudieran quedar más perfetas de la mano de Dédalo, por cuya causa salía el agua de sus bocas con tal sonido que, imitando las voces de los páxaros vivos, les combidava a cantar en su compañía; su ruido apazible incitava el murmurar de los ayrecillos y el continuo movimiento de los árboles acompañava el ondear de los cristales transparentes. En torno la ceñían assientos de fino jaspe, que con justas proporciones servían de ornamento accessorio a la belleza principal. Mostrávase a una parte del jardín un cenador bien espacioso de nevadas paredes, en quien a trechos se miravan colocados lienços de perfetas pinturas, donde el arte parecía vencer a la naturaleza.

El primer quadro contenía quatro donzellas hermosas, de quien la primera tenía puesta en la cabeça vna corona quajada de preciosas piedras que, pintadas, despedían resplandor, en cuya excelencia puso el maestro todo cuidado. Pendían sus peinadas hebras por las espaldas con cierto descuido cuidadoso. Estavan sus manos tan bien hechas que, sin duda, parecían torneadas, venciendo en blancura al ampo de la nieve; tenía la derecha algo doblada, alçándola hazia la cabeça, donde con los dedos tocava un luziente carbunco, que desde la corona se arrimava a la frente; con la siniestra sustentava una pequeña esfera, que por estar tan bien acomodada juzgaran que dava bueltas alrededor. Assimismo, tenía desnudo el pie derecho y el otro cubierto con la vasquiña, que con maestría notable hazía verdaderas sombras y dobleces.

La segunda donzella se descubría toda armada, sino es el rostro, cuya vista se mostrava algo más feroz de lo que prometía la mansedumbre virginal. El morrión que servía de adornar su cabeça resplandecía como rayo. Guarnecía fuerte escudo su pecho. Las manos cubiertas de armas al modo militar parecían exceder al roble en dureza. En todas sus partes descubría ser belicosa y, en particular, por tener en la mano izquierda un escudo y en la derecha un hasta.

La tercera manifestava severa gravedad, no sólo en la vista, sino en todos sus vestidos. Adornava su cabeça corona, no de piedras preciosas como la primera, sino de yervas y flores, salvo que entre su variedad no se hallavan rosas, o porque no se acordasse el pintor de ponerlas, o porque los colores de las otras se hallassen más ufanos sin aquel competidor. Tenía ésta no muy largos cabellos y embueltos en la misma corona. Era blanca su vestidura y como de menuda red, de tal largueza que le cubría los pies. Con la mano derecha, que con particular gracia arrimava al pecho, parecía ocultar sus relevadas pomas, y con la otra ajustava y componía el vestido de medio abaxo, respeto de juzgarse ser herida del viento,

por cuya ocasión, puesto como por salvaguardia el un pie sobre el otro, a efecto que por la sutileza del vestido no se descubriessen los miembros, dava muestra de reposar.

La quarta y última parecía baxar de una nube que, hendida al improviso, dexava copioso el cielo de serenidad agradable. Denotava singular gravedad la disposición desta. Su vestido, aunque se mirava pintado de purpúreo color, tenía con todo en sí alguna cantidad de blanco. La parte del hermoso cuerpo que, siendo blanquíssima por natural condición, se suele mostrar a los ojos, aquí el embidoso vestido o la excelente industria del artífice la tenía cubierta. Dilatávanse sus cabellos por las espaldas, mas lo que causava no poca maravilla era ver del modo que tenía fixa la vista en la alteza del cielo. Ocupava su diestra una llama, tenía una balança la otra y ambos pies se miravan desnudos.

Vistas las formas destas por Damón, se halló con desseo de inquirir lo que quisiessen representar, mas luego le vio cumplido, respeto de ver escritos sus nombres sobre sus cabeças y ser los de Prudencia, Fortaleza, Templança y Iusticia, con que fácilmente vino en conocimiento de lo que significavan en aquellos trajes y semblantes.

La resplandeciente corona de la primera, guarnecida de preciosas piedras y carbunco, y la llaneza de su vestidura, con los pies sin adorno, manifestava que la Prudencia no cuida mucho de la delicadeza y sumptuosidad del cuerpo, mas sólo desea la riqueza del ánimo y sabiduría, que como tiene por silla la capacidad de la cabeça, la procurava tener adornada tan ricamente, despreciando los averes del cuerpo en nada perfetos; de quien, como advertía el diestro pie desnudo, al último quedava despojado y procurando hermosear la parte más noble de nuestra naturaleza, que es el saber, cuya calidad tiene la esfera en la mano, predominando en todos sus astros.

El hábito de la que seguía, a semejança de persona armada, dezía el vigor de la Fortaleza, dándole aspecto de donzella para mostrar que siempre lo ha de ser de cuerpo y ánimo, cuyo sólido ímpetu en las ocasiones jamás ha de permitir declinación.

La guirnalda de yervas y flores, ornamento de los rizos de la tercera, que ni por invierno se secavan ni por verano se descaecían, dava a entender la igualdad en que la Templança permanece, no siendo bastante el viento de los afectos para descomponer una mínima parte de su ropa. El carecer la guirnalda de rosa demuestra no le convenir tal lugar, por ser incitadora y casi lasciva.

La decendencia y gravedad del sereno rostro de la quarta, con el peso y llama en las manos, muestra que la Justicia, juez de passiones y hechos umanos, deve, teniendo los ojos en el cielo, proceder con igualdad y sin respeto, symbolizado por el fuego y balança.

El segundo quadro, por su orden, ofrecía un cielo enojado y trasladado tan al natural que casi obligava a que quien le mirava se escondiesse, por el horror de su ceño y el temor que infundían sus imaginadas flechas. Estava en medio un pequeño árbol, cuyas cortas rayzes sujetavan las inmensas fuerças de uno que, por la parte de la gran cabeça que tenía fuera, prometía ser ferocíssimo gigante. Leíanse unas letras escritas en una tarjeta que colgando de la rama última dezía esto:

Viste el tronco de exemplo y de fiereza  
éste que ves, Centímano arrogante;  
aun muerto, vive en él feroz semblante  
con que igualar propuso tanta alteza.

Parias da en umildad a la grandeza  
del siempre vencedor Iove tonante;  
tal el árbol, umilde, el blasfemante  
rostro oprime, umillando su cabeza.

Señales ay en él del rayo ardiente.  
El paso ten, respeta los despojos,  
o tú, que, triste, admiras tal memoria.

Aún frescas duran en la altiva frente,  
toma en ellas consejo, abre los ojos  
y verás cuánto debes a su historia.

El tercero comprehendía un árbol derribado en tierra, orilla de un río. Dava indicios de aver sido hermosísimo y hasta caer muy válido, mas ya en su caída desamparado de todos. Pareciole a Damón argüía privança perdida y, poniendo los ojos en un letrero, vio dezía assí:

Fve un tiempo enojo su copete alçado  
a la patria del Euro proceloso;  
su tronco siempre verde y cuello ojoso  
dosel al Tajo fue, fue sombra al prado.

Mas ya en su edad loçana derribado  
gime del viento agravios; ya lloroso  
pide favor al río caudaloso,  
piedad al suelo en quien está postrado.

Las tórtolas amantes, qu'en su cima  
dulces besos y arrullos duplicaron,  
en otra parte gozan sus amores.

A su tronco infelice no se arrima  
ninguno ya de quantos le buscaron:  
peces, páxaros, ninfas y pastores.

El quarto figurava un cauallito que, al parecer, era ya muy viejo. Descubría su enflaquecida proporción aver sido bellísimo en sus primeros años y, como tal, estimado y regalado. Al presente, con afrentosos despojos era guiado de un labrador que le ocupava en el ministerio de arar. Juzgó el pastor ser su alegoría la velocidad con que se pasa la vida y quán consumido viene a quedar quien fue más brioso en ella. Lo escrito dezía:

El imperioso brazo y dueño airado  
quien fue Pegaso ya sufre paciente;  
tiembla a la voz medroso y obediente,  
sayal viste su cuello ya umillado.

El fuerte pecho, y de la edad arado,  
qu'altivo al oro en poco tuvo, siente,  
umilde ya, qu'el cáñamo le afrente,  
umilde ya, le afrente el tosco arado.

Quando ardiente passava la carrera  
sólo su largo aliento le seguía,  
ya el flaco brazo al suelo apenas clava.

Su gran ferocidad, ¿qué no emprendiera?  
Su edad primera, ¿qué verdad temía?  
Mas la fuerza del tiempo, ¿qué no acava?

En la tabla quinta se mirava pintada una losa de mármol blanco, cuyas orlas tenían por guarnición llamas, arcos y flechas, trofeos amorosos en quien estavan esculpidas estas letras: *Fidelidad* y *firmeza*. A un lado se descubría un lugar sobre cuya puerta en letras grandes se leía *Teruel*, y en el campo de la piedra el epitafio que se sigue:

Ten, no la pises, ten. De losa fría  
de piedra, ¡o caminante!, más que elada,  
es centella en ardor ya tan mudada  
qu'es cera la que mármol ser solía.

Tiernas cenizas guarda qu'en un día  
juntó el amor. En hora desdichada  
ageno dessear quebró lazada  
qu'el tiempo y el olvido no temía.

Llenas de gloria, la Fortuna y Muerte  
con sumo sentimiento procuraron  
dar eterno renombre a su firmeza.

Gozaron muertos de felice suerte  
y viven almas d'immortal belleza,  
donde embidiosos hados no llegaron.

El lienço sexto y último de aquella pared mostrava un varón robusto buelto los brazos atrás y atados con fortísimos cordeles. Ceñíale un esquadron de gente armada y parecía estava respondiendo a la sentencia que un riguroso juez le avía fulminado contra. Dezía lo escrito:

Sansón se mira y duda, y duda el lazo  
lo mismo que Sansón, qu'al fin procura  
feroz hurtarse en vano al'atadura,  
en vano muestra su vigor el brazo.

Aquel valiente, aquél por cuyo abrazo  
puertas cobró del monte la espesura,  
halla su afrenta en fácil ligadura,  
contra su libertad firme embarazo.

Llega el fiero jüez, condena a muerte  
los ojos, y él, risueño y sosegado,  
dixo con voz heroica y pecho fuerte:

"Si tres vezes de Dálida burlado  
sus engaños no vi, iüez, advierte  
que ya dellos estava despojado."

Pareció a Damón diferir el fixar la vista en los demás quadros contrapuestos, por ser ya hora de acudir a la presencia de su mayoral. Dexó, pues, el jardín y, entrando en la estancia de Menandro, le halló ya vestido y ocupado en hazer a Dios devotos ruegos, pidiendo reduziese a próspero y breve suceso el començado de sus amores y bien fundada afición, supuesto inspira bien el cielo al corazón que espera en su piedad, siendo frágil todo edificio que no se funda en afectuosas plegarias, blanco en que deven poner los ojos los hombres en sus mayores menesteres. Saludó Damón a su mayoral, pasando los dos en varios discursos lo más de la mañana. Llegó la hora de la comida y, tras ella, mandó Menandro a Ismenio cantase alguna cosa, y él, requiriendo el templado instrumento, rompió los ayres con los regalados acentos deste romance:

Ismenio

Qvando los campos desnudos  
la vez que salía el alva  
con guarniciones de yelo  
sacavan sayos de escarcha;  
y quando los arroyuelos  
en el centro de sus aguas  
techos de cristal hazían  
a las guijuelas de plata,  
la hermosíssima Amarilis  
monte y llano visitava,  
dando a la tierra y al ayre  
fertilidad y templança.  
Tendiendo sus bellas luzes  
cobravan vida las plantas,  
las clavellinas nacían,

las açuzenas brotaván.  
*Mas oy qu'está encerrada  
perece el campo, de quien ella es alma.*

En cristalinos umores  
bolvíá las turbias aguas,  
en coral las ramas secas,  
los riscos en esmeraldas.  
Las aves, a quien deziembre  
las lenguas tenía eladas,  
con vella las encendían  
cantando sus alabanças.  
En las tinieblas tesoros  
de resplandor derramava  
por los soles de su cielo,  
sin hazer Apolo falta.  
Dava, en fin, a todo lustre,  
nuevo ser a todo dava,  
efeto de su belleza,  
del ciego tirano llama.  
*Mas oy que está encerrada  
perece el campo, de quien ella es alma.*

Cesó Ismenio, y Menandro, con un profundo suspiro, buelto a Damón dixo:

-¿Qué te parece quán digna es la causa por quien padezco? ¡O! ¿Quién no juzgará por vida feliz la más infausta muerte que por su respeto pudiera venir? Si como el cielo me hizo conecedor de sus partes, assí ablandara el rigor de mi estrella, no tuviera más que desear. Mas juegue la fortuna conmigo, combata la malicia, ladre quanto quisiere la embidia, que por tan bella ocasión tendré por bienes los males, las penas por gustos y por regalo el padecer. Conformes y concordés estamos los dos. ¿Quién podrá estorvar nuestro intento? Sábesse ser la concordia en la tierra causa de abundancia, en el agua de tranquilidad, en los vientos de bonança, en el ayre de serenidad, en los elementos de generación, en los tiempos de templança, en los planetas de benignos influxos, en el paraíso de aumento de gloria, en los cuerpos umanos de salud, en los colores de hermosura, en las medidas de Geometría, en las letras de razones, en las voces de armonía, en los argumentos de conclusiones, en las opiniones de grandes empresas, entre los príncipes de conquistas, entre los ciudadanos del bien de la ciudad, en los ánimos de la felicidad y en los casados de la sucessión. Y assí espero de su mano estas dos últimas circunstancias, sin que pueda estorvarlo fuerça umana, por ser divino don la concordia.

-Mayoral -respondió Damón-, escusados son consuelos donde la razón halla tan buen lugar. Tú sí que los puedes dar a los que sentimos tus desabrimientos. La fabulosa Antigüedad dezía nacer la verdadera deidad de largo sufrir y padecer; por tanto, fingieron averse visto los dioses en calamidades antes de venir a serlo. Ambos sembráis lágrimas y cogereys risas, suaves efetos produzirán estos desabridos afectos. Presto tendrá fin la aspereza con que soys

tratados. Rómpele en sí mismo largo rigor. En su gobierno imitan los grandes rabadanes la suavidad con que el soberano Autor dispone las cosas. Permite, ¡o Menandro!, que, haziendo sobre esta verdad una breve digresión, espresé lo que la noche pasada se representó en mi fantasía.

»Considerava que aunque Dios con infinito poder en un instante puede dar toda perfección a las cosas, gusta, con todo, proceder suavemente y por convenientes medios dar fin a sus empresas, no usando de violencia, sino conduziendo las cosas a su perfeto fin con maravillosa blandura. Lleva el año del estío al invierno, mas con la suavidad y templança de la primavera y del otoño. Si se mira la disposición de la naturaleza, se halla sube de la tierra al cielo por los cuerpos medianos del ayre, agua y fuego, que se van poco a poco adelgaçando, hasta llegar a lo sumo de lo más delicado; entre los elementos y las plantas, mete los mármoles y metales, que quanto al crecer tienen alguna sombra y apariencia de vida; entre los animales y espíritus puso al hombre, compuesto de cuerpo y espíritu. Quanto a los animales en el mar, algunos están assidos a las piedras y, por esso, immovibles; éstos, por mil medios de movimientos varios, llega al delfín y al tiburón, peces de notable velocidad. En la tierra, algunos brutos son de tardísimos movimientos, de donde, por la variedad de otros medianos, llega a la ligereza de los pardos y tigres; otros se mueven sin levantarse del suelo, como los caracoles; otros se levantan, mas poco, como las culebras; poco más los de quatro pies, y más que éstos los de dos, parte sin alas, como el hombre, parte con ellas, como los páxaros, y algunos se sirven de las alas no para bolar, sino para correr, como los abestruzes; otros vuelan, mas poco espacio; otros tienen por su habitación la tierra; otros, el aire; otros, una y otro. Entre los animales de tierra y agua, ay de aquéllos que viven ya en agua, ya en tierra; entre los de agua y aire, algunos que passan su vida ya en uno, ya en otro elemento y, en particular, como el pez llamado bolador. Quanto a las voces de los animales, algunos no las tienen, como los gusanos y ormidas; otros tienen çumbidos y chillidos y no voces; otros tienen voz más indistinta y uniforme, como los bueyes; otros no sólo forman voz, mas canto, como los páxaros; algunos imitan las palabras del hombre, de quien es proprio hablar] como el papagayo, tordo, rendajo y picaza. Mas no ay cosa en que también se conozca la suavidad de la divina disposición como en el curso del sol y movimiento de las esferas: haze correr el sol de levante a poniente, mas, a efeto no consuma con la violencia de su ardor la naturaleza, le haze seguir un viaje obliquo; haze correr el primer móbil con ímpetu tan veloz que apenas lo podrá explicar ingenio umano y, a fin de que no vuelva y se lleve tras sí todas las cosas, lo temple primero con el contrario movimiento del cielo estrellado y después con el de la trepidación propio de la otava esfera.

»Con no menor blandura gobierna y conduze el linaje umano a la perfección y aumento suyo, haziéndonos tiernos amantes. Dio capacidad y eminencia a nuestras almas para que amassen y fuessen amadas, infundiendo en los semblantes femeniles natural gracia, donaire y hermosura más atractiva y más agradable a los hombres que todas las demás bellezas. Y dexando los alvedríos libres, sólo para la gran máquina del procrear los quiso tener atados, ordenando obligassen dos letras a passar la vida en apazible yugo. Sólo en tal punto no permitió padeciessen violencia los humanos, dexándolos para sólo esto essentos de toda jurisdicción. Confía, pues llevará el cielo, contra los pareceres de tus contrarios, tu causa al desseado fin.

-No quisiera yo en ella -respondió Menandro- avogado más eloquente que tú. Desigual mucho de tu profesión es tu lenguaje. ¿Quién hizo elegante y cortesana la rudeza y rusticidad de los campos? ¿De qué maestro, en qué escuela aprendiste esse género de proponer, persuadir y defender? Tíro en las selvas hazía resonar el dulce nombre de su Amarilis, menos bella que la mía; Coridón se lamentava de Alexis, por quien se abrasava; cantava Dameta y, en competencia, respondía su amigo Menalca mas no llegaron a la profundidad de tus discursos. Aquéllos imprimían en mil troncos los nombres de sus pastoras, donde juntamente con la corteza crecían los versos, mas tú con diferente gloria declaras las ideas del entendimiento, adivinas las imaginaciones y penetras lo más interior de las almas. Quita, pues, esta suspensión de la mía. Dime en qué te ocupaste, qué ciencias aprendiste, qué Liceo, qué Atenas, qué Apolo te haze discurrir tan altamente sobre puntos tan sutiles.

-Sabrás -dixo Damón- que desde que pude tener acuerdo tuvo principio en mí un ardentísimo desseo de saber y aun puedo afirmar nació en mí primero que yo naciesse. Conmigo se faxó en las primeras mantillas, conmigo creció y siempre se a ido envejeciendo conmigo por los bienes que de su tesoro se consiguen. Mas atravesavan y detenían su veloz curso todos los inconvenientes que suelen estorvar la carrera derecha a ligerísimo cavallo: el freno de la pobreza, las cuestas de la incapacidad, las ramas de la sujeción, el río de los desabrimientos y las sombras de las desconfianças. Con todo, llenando el pecho de generoso espíritu, le opuse a todas estas dudas y, sabiendo que el discreto Montano acudía a menudo desde nuestra aldea al lugar fundado en fuego, centro de grandes cosas, le pedí me llevase consigo. Tenía yo noticia que florecían allí templos, sacerdotes y sacrificios, que deleitava la división de grados y distinción de sangre, que allí se aventajava la forma de justicia y razón y la manera de leyes y estatutos. Oía no pocas veces que semejantes villas componían las costumbres, adelgaçavan las artes, despertavan los ingenios, maduravan y perficionavan los entendimientos y que la variedad de sus conversaciones afinava la prudencia y enriquecía el ánimo de infinitos nobles amaestramientos. Concedió el cortés Montano a mi ruego, llevándome consigo la primera vez que fue. Admiráronme desde lexos las sobervias torres del cortesano asiento y, llegado a él, doblaron mi admiración la pompa y aparato de los moradores de más dignidad y la magestad de sus palacios sumptuosos. Andava yo, que hasta aquel punto avía sido morador de bosques, por las calles lleno de turbación y encogimiento y sobre aviso de no acercarme mucho a las sedas y al oro, nuevos traxes para mí y no poco sospechosos. Quiso Montano aquel día llevarme consigo a cierto albergue, de donde salían tan dulces y sonoras voces que, atónito y embevecido, me paré un rato a gozar de tal suavidad. Mas, al fin, advertido del compañero, passé más adelante hasta quedarme a la puerta de una espaciosa sala, donde se juntavan y recogían los más agudos ingenios a ocuparse con virtuoso concurso en loables exercicios.

«Advierte -dixo Montano- que como los elementos se unen a formar los cuerpos terrenos, los cielos a hazer la armonía celestial, las /93/ cuerdas a concertar un arpa, assí las Ciencias y las Musas se han aunado aquí para componer su hermoso colegio y repartir sus tesoros entre los que ves sentados. Los primeros que cercaron las ciudades de muros y congregaron las repúblicas lo hizieron porque los hombres, más fuertes con el número, se asegurassen del ímpetu de las fieras que los tragavan hallándolos esparcidos por los campos. Y éstos, por esta misma causa, han instituido esta pequeña república para pelear contra los leones de la

sobervia, contra los linzes de la embidia, contra los sátiros de la lascivia, contra los erizos de la pereza y contra los lobos de la avaricia. Aquí es desterrado o espantado qualquiera vicio por valor, o desechado por aborrecimiento, o vencido por discreción, o menospreciado por magnanimidad, o olvidado por falta de tiempo. El que no puede llegar con una escalera a la cumbre de alguna parte alta ata unas a otras. No puede la breve vida de un hombre aprender todas las ciencias y, por esso, se unen en las Academias las vidas de muchos hombres sabios que hazen un cuerpo perfeto en todas letras. Primero que en el mundo fuesse conocido el uso de la moneda, se trocavan entre sí las cosas, trigo por vino, lino por lana, madera por hierro, joyas por frutos, ovejas por vacas, y por este dichoso trueque es déstos ordenada esta junta, para que cada uno dé aquello que tiene y reciva lo que no tiene, dé para recibir y reciva para dar, enseñe aprendiendo y aprenda enseñando. Sea uno discípulo en una ciencia, que en otra será maestro; siéntese oy en cátedra leyendo una facultad el que ayer estava en el banco oyendo otra, de manera que todos queden ricos y las ciencias, a lo menos las principales, divididas por la floxedad de los hombres, se junten en una sola. Y con ser los pareceres tan diferentes como los rostros, en este cuerpo se contempla una proporcionada disposición de todos quatro elementos: la tierra de la estabilidad, el agua de la fatiga, el aire de la concordia y el fuego del desseo. Aquí son todos conformes en un pensamiento, los altos por dignidad se abaxan por umanidad y los baxos por mérito son honrados por cortesía. Aquí nadie se pica por no ser igual al otro, por considerar que en las casas de moneda se bate dinero de oro, de plata y de cobre, y todo se gasta, todo vale y todo es muy necesario. En estas amigas disputas y virtuosas competencias, un ingenio adelgaça a otro y un entendimiento levanta centellas por el ageno. En este recogimiento poseen los principales libros de todas las provincias con toda su gracia y belleza y aun con más propiedad que en sus mismas tierras. Aquí hablan con quantos doctos son muertos desde que el sol començó a alumbrar la tierra rezién criada. Aquí, sin moverse desta admirable estancia, en pocos meses tienen delante de los ojos el hilo de las historias de todas las provincias y de todos los siglos, desde que nuestros padres fueron puestos en la possessión del paraíso hasta la edad presente, como si uviessen nacido y vivido en todas edades sin caminar llanuras, o subir montañas, o pasar ríos, o navegar mares, o pagar posadas, o portazgos, o temer ladrones, o passar molestia de sol, de polvo o llubia. Sentados y reposados pasean y miran a su voluntad, llevados por la mano de la Cosmografía, toda Asia, toda Europa y toda África, con el resto del mundo nuevamente hallado, con sus gentes y costumbres. Sin levantarse a media noche de la cama o subirse en parte alta, aunque el aire esté vestido de tinieblas o nubes, con la esfera en la mano contemplan y conocen los nombres, las figuras, la grandeza, los caminos, los influxos, las inclinaciones de quantas luzes adornan el estrellado carro de la noche. Sin andar por jardines, a pesar del invierno, miran la forma de cada yerva y de cada planta y penetran todas sus propiedades. Sentados aquí, peregrinan la tierra, navegan el agua, levántanse sobre el aire a entender la naturaleza de las fieras, de los peces y de las aves, o, como secretarios de la misma naturaleza, saben todo lo más secreto: quál sea la simiente del oro y del hierro, quál no conocida potencia levante y qué basas no vistas sostengan las columnas de la tierra, qué boca de poco en poco beva y aumente el agua del mar, qué lapidario da pulimento a las piedras preciosas, qué llave abre los tesoros de Dios y suelta el espíritu de los vientos, con qué tinta la mano de la primavera colora las flores y las ojas de las plantas y de las yervas y con qué ingenio las borda y matiza, qué maestro forma las nubes, qué licor las carga, de qué seno sale y cómo cesa la llubia, qué artifice junta en copos la nieve y en cristal el agua, qué alambique destila el don celestial del rozío, qué lumbré enciende los relámpagos, en qué

herrería son hechos los rayos y truenos, de qué fuego arden los cometas, qué azeyte sustenta la lámpara de la noche y qué cera ceba el blandón del día. Aquí el pobre se haze rico y el rico toma posesión de todos los bienes, aquí el feo se haze hermoso y el hermoso dobla su belleza, aquí el baxo se haze noble y el noble dexa su nobleza acrecentada. A ésta acuden como a maestra, y el ignorante se haze sabio y el sabio pone el diamante sobre el oro; a ésta se avezinan como a señora de la Fortuna, y el desdichado se haze dichoso y el dichoso se haze digno de la felicidad; a ésta se presentan como a fuente y el sediento bebe y el inmundo se lava; como a luz, donde el ciego ve y el triste se alegra; como a fuego, donde el frío se calienta y el tibio se inflama; como a médico, donde el enfermo recibe salud, el anciano la juventud y el hombre mortal la immortalidad».

»En estos angostos y cortos privilegios recogió Montano los dilatados de la ciencia, quedándole yo estremamente aficionado y con doblado desseo de seguirla; mas las dificultades referidas impedían mi determinación. Bolvime, pues, a mi casería y, sin perder sus bríos mi voluntad, torné más de una vez a visitar y besar los umbrales de aquella felicíssima sala sin osar entrar dentro, participando de las doctas voces que se oían donde yo estava, de quien quisiera se me uviera pegado algún grano de conocimiento.

Tu modestia -dixo Menandro- realça los quilates de tu saber. De aquí adelante abundarás del tiempo que entonces te faltó. Apacienten otros mis ganados, ahuyenten otros los ladrones y lobos dellos, cultiven otros mis fértiles campañas, aquél reparta premios y penas a mis ministros, otro conserve la lana y leche y otro la distribuya. Atiende tú solamente a seguir la ciencia, a cuyo dominio tan de buena gana te desseas sujetar.

-¡O ínclito mancebo -dixo Damón-, cómo gustas de que el pequeño batel de mi mérito sulque el profundo mar de tus favores! Sospecho no le dexarán navegar el peso de tantas obligaciones. Prospere el cielo tu vida, y a la mía conceda tanto aliento que pueda conocer el mundo no ser menos pródiga de desseos que la tuya de obras. Desdize silvestre musa a merecimiento real, mas confío no la despreciarás porque suene ronca. Y quando el sujeto exceda al canto por no poderse dignamente honrar si no es con silencio y reverencia, no faltarán jamás en los altares de tus dotes las flores de mi mano ni los fuegos de inciensos olorosos.

Y diziendo esto, puesta con atención la vista en Menandro, formó las palabras siguientes:

Damón a Menandro

Qvien os ve no rezela qu'el olvido  
vuestro ser y valor jamás consuma,  
que ya teme a los dos la osada pluma  
del cano volador nunca vencido.

Menandro, con renombre merecido  
ufano olláis la venenosa espuma  
del'amarilla embidia, aunque presuma  
más su amargo ladrar su cuello erguido.

Mientras el Tajo, rico y arrogante,  
y el Betis, caudaloso, al mar de España  
émulos arrimaren sus corrientes,

en nombre creceréys; y en quanto baña  
Tetis y alcança con su frente Atlante,  
norte seréys de venideras gentes.

Llegaron casi al fin del postrer verso Cintio, Meliseo, Manilio, Partenio, Aurelio, Coriolano y Arsindo, acompañando las respetadas canas de Clarisio. Traíalos común intención de visitar y entretener a Menandro, que, agradecido a su cuidado, recibió cortésmente a todos. Tratose de varias cosas, haziendo mención al último de una canción que Meliseo avía compuesto a la muestra de mudança que avía dado su pastora en cierta ausencia. Desseava oírla Menandro y assí pidió la refiriesse, a que condecendió Meliseo diziendo:

Meliseo

Si en tan desesperada despedida  
y en ocasión de tanto sentimiento  
mi fin no ve tu combatir constante,  
amor, no avrá dolor, no avrá tormento  
que poner pueda en condición mi vida.  
¡O sucesso infeliz! ¡O triste amante!  
Mas, ¡o fuego arrogante!,  
tú que tienes mi pecho  
abrasado y desecho,  
¿de qué sirve furor tan encendido?  
Ya apellida piedad, ya está rendido.  
Con tu rigor faltó su fortaleza,  
ya le ves consumido.  
Fuego crüel, mitiga tu braveza.

Osó bolar mi pensamiento donde  
sus alas temerarias no pudieron  
hallarse de firmeza sustentadas;  
sus plumas en dos luzes se encendieron  
(que la pena a la culpa al fin responde),  
cayeron a pedaços abrasadas.  
Por tierra derribadas  
ya su daño contemplo  
y quedo por exemplo  
desde oy para libres y atrevidos.  
Al punto me dexaron mis sentidos,  
huyó la libertad por otra parte  
y, tras rancos gemidos,  
también el alma dize que se parte.

Ved qué rigor: con ásperas cadenas  
en un risco desierto me ligaron  
contrarios de mi bien y mi desseo.  
Tiempo y ausencia son que se juntaron  
contra mí, y en memoria de mis penas  
pusieronme por nombre Prometeo.  
Ya no soy Meliseo,  
qu'este infeliz amante  
feneció en un instante.  
El tiempo que vivió vivió contento  
con vivir perseguido de tormento  
y éste no le acabó. Su fin advierte  
un duro apartamiento,  
que fue rabioso golpe de la muerte.

¿Quién al curso vital más suelto alcanza?  
Dio término de vida a un venturoso  
en tanto que su dueño le quisiese,  
y con ausencia y tiempo poderoso  
mudose Elpina, dando su mudança  
a su pena lugar que se atreviese,  
para que le dixesse:  
"Ninfa, pues desdeñaste  
a quien un tiempo amaste,  
pues en vez de piedad brotas desvíos,  
bien es que tras bolver sus ojos ríos  
muera y con él se entierre su tormento,  
con que de pechos píos  
saque llanto profundo el sentimiento.

Centella buelta ya la losa fría,  
harán obsequias sobre el cuerpo muerto,  
la piedra bañarán con tierno llanto,  
llenarán de suspiros el desierto  
y, en memoria del ioven, a porfía,  
tristes entonarán fúnebre canto.  
Las ninfas, entre tanto,  
offrecerán piadosas  
guirnaldas olorosas,  
adornarán con ellas los altares  
y en partiendo d'allí se oirán cantares,  
endechas tristes d'aves diferentes.  
Si acaso te llegares,  
leerás las letras que verás presentes:

Huésped, cubre este mármol un lloroso  
amante de prisiones desatado.  
Sabrás que fue la causa de su muerte  
la que fue de su gloria y su cuidado.  
Aquí sus huesos gozan del reposo  
qu'en vida les negó su triste suerte.  
Si quieres detenerte,  
mira la sepultura  
a quien dan sombra oscura  
estos laureles, cuyo movimiento  
a tristeza provoca al más contento.  
Las galas de los árboles despoja  
enrronquecido viento  
y sécase en cayendo aquí la oja."

Agradó la canción lastimosa, y mientras con cuidado se examinaban sus partes reconoció el mayoral la sospecha y desabrimiento con que Partenio mirava a Manilio, no obstante acrecentassen ambos en las juntas el número de pastores. Procuró, pues, saber cuál fuese la ocasión y, entendida de [Menandro], con rostro risueño, habló a Partenio assí:

-La sinceridad pastoril no permite público ni oculto aborrecimiento. Descúlpase fácilmente el primer ímpetu de un juvenil corazón, mas pasado su arrojamiento, arguye poca hidalguía no quedar libre del accidente que le encendió. Bien sé, Partenio, no incurriréis vos en semejante nota, supuesto prometen vuestros nobles pensamientos inculpables acciones. Limpíssimo juzgo vuestro pecho de todo rancor, que iguala vuestro valor a la llaneza de vuestras costumbres. Mas desseo, con todo, quedar desengañado del inconveniente que ay entre vos y Manilio, pues dexáys de miraros con apazible semblante, y caso que aya alguno pretendo aplicarle remedio y dexaros enlazados en estrecho vínculo de amistad, que para determinar cosas de igual calidad avéys gustado concederme cumplida autoridad y jurisdicción.

Sintió Partenio que en público le obligasse Menandro a descubrir la razón que tenía para mostrar poca voluntad a Manilio. Assí quiso escusarse, alegando tenérsela; mas, instando de nuevo Menandro, alargando el freno de su pasión, dixo:

-Sabéys cómo avrá dos años que llegando a mi noticia la felicidad de que abunda la fértil Arcadia, aviendo yo perdido entonces, o por enfermedad o por fríos, que los hizo grandes, las mejores cabeças de mi rebaño, y conociendo ser patria toda tierra a quien profesa seguir la virtud, determiné viessen los ojos lo que la fama de aquella provincia traía a los oídos. Traté, pues, de partir, y lo que más fuerça me hazía para no ponerlo por obra, excluidos tantos parientes y amigos, era averme de apartar de quien bien quería, en cuyo trance sentía se me arrancava el alma. Mas, aviéndose publicado mi partida y pudiendo padecer mi honrra si no se executava, atropellé con los respetos de amor y, después de averme prometido Antandra igualaría en firmeza al peñasco más duro, no sin umedecer sus ojos al darle ciertos versos que avía compuesto al propósito de mi partida, dexé los amados confines de mi patria y busqué con diligencia los de la estrangera desseada. Al cabo de largos infortunios sufridos

en mar y en tierra, pisé la provincia tan celebrada de aquel que, siendo Sincero y elegante en nombre y obras, quiso acompañar con sus cenizas los doctos huesos del venerable Tíro. Por cierto, fertilísima comarca es Arcadia y sus pastores verdadero honor de las selvas, a quien concede el cielo vivir para sí y hazer vida regida con su gusto. Miran allí prados vestidos de flores y fomentados de arroyuelos, aquí collados ricos de yerva, sabroso pasto de ganados. Las burlas, bayles y regozijos, sentados orillas de ríos y fuentes, son los prevenidos medianeros de su amor. Traen escritos en la frente sus secretos y ninguna cosa escondida. Haze Imeneo más subidos sus bienes y, siendo uno sólo querido, no se conocen sospechas. Con todo, es cosa suave, para quien no carece de sentimiento, el albergue natural. Parece dio naturaleza con misterio al nacimiento un no sé qué de no entendida afición que siempre vive y jamás se envejece. Ésta, pues, me bolvió a mi tierra más deleitosa a mis ojos que todas las del mundo. Apenas la tocó el pie quando, reverenciándola el alma, sentí esparcirse por mis venas una alegre virtud. No sanó la ausencia mi herida, que mal se pierde lo que se lleva en el alma. Vi, en llegando, a mi dueño y, tratándome con no acostumbradas cortesías, me pareció escuchava con tibias entrañas mi peregrinación; y admirado de semejante novedad causada en menos de un año, supe cómo Manilio, que vino al valle quando yo le dexé, avía procurado escurecer el cielo de su lealtad, embiándole, en compañía de sabrosa leche, un papel amargo para mí, que vino a mi poder y aún le tengo conmigo aora.

Pidióle Menandro y, dándole a Cintio para que le leyese, dezía:

Manilio a Antandra

Bella zagaleja  
del color moreno  
blanco milagroso  
de mi pensamiento;

gallarda trigueña  
de belleza extremo,  
ardor de las almas  
y d'amor trofeo;

süave sirena,  
que con tus acentos  
detienes el curso  
de los passajeros,

desde que te vi,  
tal estoy que siento  
preso el alvedrío  
y abrasado el pecho.

Hasta donde estás  
buelan mis desseos

llenos d'afición  
y de miedo llenos,

viendo que te ama  
más digno sujeto,  
dueño de tus ojos,  
de tu gusto cielo.

Mas ya que se fue  
dando al agua remos,  
sienta de mudança  
el antiguo fuero.

Al presente olvidan,  
y quien fuere cuerdo,  
en estando ausente,  
téngase por muerto.

Y pues vive el tuyo  
en estraño reyno,  
por ventura esclavo  
de rubios cabellos,

antes que los tuyos  
se cubran de yelo,  
con piedad acoje  
suspiros y ruegos.

Permite a mis braços  
que se miren hechos  
yedras amorosas  
de tu airoso cuerpo,

qu'a tu fresca boca  
robaré el aliento,  
y en ti transformado  
moriré viviendo.

Imeneo haga  
nuestro amor eterno,  
nazcan de nosotros  
hermosos renuevos.

Tu beldad celebren  
mis sonoros versos,

por quien no te ofendan  
olvido ni tiempo.

Bordó Manilio al fin del papel su frente de púrpura, corrido de que semejantes niñerías, escritas sólo para mugeres, offendiesen los oídos de los varones. Mas por diferente respeto tiñó Partenio su rostro de amarillo, viendo solicitasse otro con requiebros a la que adorava él con el alma. Mas advertido a que prosiguiesse, concluyó diziendo ignorava lo que Antandra uviesse respondido a esta letra y si uviesse recibido otras continuando Manilio su pretensión, si bien sabía aver hallado resfriado su sol y armado de rigores y desdenes. Parecíale aver nacido esta mudança de la primera solicitud de Manilio; culpava su inconsiderada determinación y ponía mengua en su proceder, fuente de donde nacía la poca blandura con que le mirava Antandra.

Quisiera Manilio bolver por sí, mas pareciendo a Clarisio les podría la frescura de la edad hazer romper los límites de modestia y compostura, doró el yerro con dezir no professava Manilio amistad con Partenio ni devía a su conocimiento el enfrenar su voluntad. Bastava la uviesse retirado en su buelta, de suerte que con ella no le diesse ocasión de presentes celos; que fiase más de la entereza y valor de Antandra, a quien no considerase de tan fácil mudança, si no quería agraviar sus partes. Con tales razones aplacava Clarisio la alterada intención de Partenio y, por sello de todo, pidió Menandro a los dos competidores se abraçassen y por su amor no descubriessen de allí adelante acción que no fuesse de firme amistad. Hiziéronlo assí, prometiéndose el uno al otro toda buena correspondencia. Y porque se solenizase esta unión, quiso Menandro dixesse cada uno de los circunstantes un soneto y que fuesse el que tuviesse mejor lugar en su gusto, siendo primero a comenzar con el siguiente:

Menandro

Dédalo al hijo incauto con rezelo  
buelve a mirar, ya de su fin presago;  
y él, sin temor, rompiendo el ayre vago,  
levanta más el temerario buelo.

Al fuego llega y se convierte en yelo,  
porque, haziendo en sus alas fiero estrago,  
precipita y se anega. Justo pago  
de quien se atreve al resplandor del cielo.

Desto ¿qué me dezís, o pensamiento?  
¿Y osáis tocar en la mayor altura?  
¿Adónde vais? No echéys por donde os guío.

Mas no, mejor hazéís, subid sin tiento,  
que si os perdéis por corto de ventura,  
por falto no de generoso brío.

Fácil fue de entender la intención del pasado soneto, pues en él publicava Menandro la dicha de su empleo, que aludía hasta allí a la historia del atrevido Ícaro, dando a entender del esfuerzo que ponía a su pensamiento cuánto menospreciava el desasosiego que le nacía o podía nacer de tan venturosa pretensión.

Clarisio, a cuya prudente ancianidad se concedía el segundo puesto, habló después de Menandro en esta forma:

Clarisio

¡O bien feliz el que la vida pasa  
sin ver del que gobierna el aposento,  
y más quien dexa el cortesano asiento  
por la umildad de la pagiza casa!

Que nunca teme una fortuna escasa  
d'agena embidia el ponçoñoso aliento.  
A la planta mayor persigue el viento,  
a la torre más alta el rayo abrasa.

Contento estoy con mi mediana suerte,  
el poderoso en su deidad resida,  
mayor felicidad yo no procuro,

pues la quietud sagrada al hombre advierte  
ser, para el corto espacio de la vida,  
el más umilde estado más seguro.

Escapó Clarisio milagrosamente de las borrascas cortesanas, por esso encarecía su estado seguro por su umildad y proponía el peligro del encumbrado, de quien son alimentos embidias y rancores, por dessear todos entronizarse y, huyendo el cuello al yugo de servidumbre, poner en las nubes sus cabeças. Bien quisiera Menandro refiriera Clarisio su passada vida, mas, reservándolo a tiempo más oportuno, prestó atención a Cintio, que se aparejava a dezir esto:

Cintio

Renombre de bellíssima merece  
ésta por quien padezco, a quien adoro,  
ésta que con valor y con decoro  
el ser de las zagalas engrandece.

Ésta qu'el día trae quando anochece  
mostrando de sus luzes el tesoro,  
qual blanca aurora que con frente d'oro  
y rosadas mexillas amanece.

Ésta que con las huellas de sus plantas  
del tiempo frío el ímpetu detiene  
y en su lugar la primavera embía.

Pues, deíd, ¿la que tiene partes tantas,  
con legítimo título no tiene  
el cetro y possessión del alma mía?

Agradó el rodeo con que Cintio, encareciendo las partes de su pastora, publicava su afición.

Provocando Meliseo a que le oyessen con blando requerir de ojos, cuya lengua desatándose,  
dixo:

Meliseo

Entre agravios d'amor estoy suspenso.  
¿Cómo hallaré quien su rigor impida?  
La virtud interior está rendida,  
déxame un rato en paz, dolor intenso.

No sé si en el lugar del fuego inmenso  
alma se puede hallar tan afligida.  
Ciego Amor, ¿qué pretendes d'una vida  
de quien pago a la muerte triste censo?

¡Ay, cuántas vezes, ay, al roble, al pino,  
ay, cuántas a los riscos y a las fieras,  
falto d'acuerdo a lástima provocho!

Mas quando torno en mí qu'es imagino  
ni mucho el mal ni mi sentir de veras,  
pues no me muero o no me vuelvo loco.

Era Meliseo terníssimo y siempre movía con el afecto de sus versos, a quien sucedieron los  
de Partenio en esta forma:

Partenio

Sopléis, Céfiro manso, en feliz hora,  
cantéis dichosamente, rui señores,  
sin rezelo d'escarcha vertáis flores,  
bella madre del mundo, fértil Flora.

En buen punto lleguéis, rosada Aurora,  
y a pesar de nublados turbadores

comunique con vos sus resplandores  
el rey de luzes que las cumbres dora.

Fuentes mudas en risa desatadas,  
verdes campos vestidos d'alegría,  
y vos, honras y galas del verano,

¡ay!, no seáis d'ardores maltratadas.  
¡Ay!, no como lo es el alma mía  
de las llamas d'amor, amor tirano.

Descubrió no pequeño artificio el florido y piadoso soneto de Partenio, cuya aplicación pareció tener novedad, y mientras se trataba de su disposición, se oyó la voz de Coriolano, que con bien formadas notas decía:

Coriolano

Persigue por montaña inaccesible  
valiente caçador tigre atrevida;  
dobla su natural, huye corrida,  
da muestras de vencida la invencible.

Mas viendo que librarse no es possible,  
feroz rebuelve a defender la vida,  
y a su contrario mira enbravecida  
con eriçado cerro y ceño horrible.

Tal yo, mientras su luz Fevo mantiene,  
ninfa sigo tan bella y arrogante  
qu'el Amor a sus pies rendido tiene.

Huye siempre de mí, mas si un instante  
forçosa causa acaso la detiene,  
¡ay del qu'espera su crüel semblante!

Pareció bien la semejança del soneto y el modo de encarecer el rigor con que le trataba Matilda. Mas, valiéndose de la ocasión, dio principio Damón al suyo desta suerte:

Damón

"No partas y me dexes repetía  
la tierna Venus al garçón esquivo.  
¿Ves que por ti de mi deidad me privo  
y turbas con ausencia mi alegría?"

Estima, Adonis, la belleza mía,  
que si a la tuya tan rendida vivo,  
también pude vencer a Marte altivo,  
también pude abatir su gallardía."

Huía, en tanto, el ioven, despreciando  
ruegos, quejas y amor d'aquel luzero,  
con desdenes hurtándose a sus braços.

Y apenas comenzó la caça quando  
le mata un iavalí. Qu'es justo fuero  
perezca quien no ama hecho pedaços.

Escarmentado Damón de lo que en puntos amorosos le avía sucedido el día antes con Menandro, quiso dar a entender con este soneto quán mudado estava de opinión, pues no perdía de la memoria el infelice caso de Adonis, que por huir de los bellos braços de Venus dio en los feroces colmillos del iavalí, declarando ser digno de tal muerte quien niega vassallaje al común tirano de las gentes. Tras Damón prosiguió Arsindo, diciendo:

Arsindo

La pompa y osadía del verano,  
blasón con que cobró nobleza el suelo  
dando con su belleza embidia al cielo,  
cortó el estío con ardiente mano.

Los despojos del árbol más loçano,  
que libre amenazó desprecio al yelo,  
derribados dexó d'octubre el buelo,  
de escarcha los cubrió deziembre cano.

El soplo d'Euro, altivo y arrogante,  
las altas cumbres yere, el mar eriza;  
mas Céfiro tras él matizes vierte.

Si en forma tal el año se desliza  
cobrando vario ser, vario semblante,  
¿por qué no se podrá mudar mi suerte?

Hallávase Arsindo con falta de ganado y sobra de calidad; consolávase con la mudança de las cosas, pareciéndole cessaría también algún día la ventisca de su necesidad. Faltava solamente Manilio y ya todos pendían de su boca, quando él, fixa la vista en Menandro, dixo:

-En vez del soneto que me toca decir, permitiréis retrate un sueño o, más presto, visión, que la noche pasada se ofreció a mis cansados ojos, que entiendo no dexará de dar gusto a estos pastores por ser una de las cosas más nuevas que jamás se han oído.

Conocían todos la condición alegre y gracioso fingir de Manilio y, aguardando desta prevención algún parto riduculoso, otorgaron su petición, por lo que contentíssimo, con notable donaire, dixo:

-Cogiome la noche ayer buscando en el bosque una traviesa novilla que, viciosa, se avía apartado de la vacada. Bolví los pasos a cien partes de fresca pastura, reconociendo quantas espesuras tiene el monte, y todo en vano. Halleme fatigado y dévil y pareciome acertado restaurar, antes de bolver a casa, los descaecidos miembros con algún breve sueño. Combidava a ello el ruido de un arroyuelo que passava cerca de donde me avía parado y obligava el jugar de las ramas de quatro álamos casi juntos, a quien hería un apazible ventecillo. En fin, apenas me quedé dormido en aquel lugar quando se me puso delante una bellíssima ninfa, cuyo resplandor dava a entender ser verdadera deidad. Mirávala yo con notable assombro por ver en su frente un luminoso luzero y conocerme indigno de hallarme delante de tan celestial pintura; mas ella, que casi penetrava mis pensamientos, reconociendo turbado mi semblante, risueña, me infundía ánimo y, permitiendo assiesse una parte de su vestidura, me subía consigo en riquíssimo carro, que tirado de dos blancas palomas usurpava su región a las nubes. Llegamos en un instante, a mi parecer, cerca de la esfera del Sol, parando al último escalón de un trono formado de precioso diamante. Sobre él estava sentado pomposamente un garçón de aspecto cruelíssimo, mas en extremo hermoso. Tenía desnudas todas las partes del cuerpo. En su mano derecha se vía una llama ardiente y en la otra un arco dorado. De los lados le colgavan una aljava de saetas y una espada de dos agudos filos. Vestían alas sus pies, adornavan su cabeça rizos de oro. Estava ceñido de un ejército de personas que de continuo assistían en su presencia con mezcla de hombres viejos y moços y de mugeres de fresca y de madura edad. Acompañávanle reyes, tiranos, magistrados y señores, como si fueran siervos, y el emperador. Asían sus manos dos mugeres de antiquíssima edad, una extremamente blanca y otra negra por extremo, ambas de lisos rostros, de vista aguda y, al parecer, de condición desigual. No se apartavan de allí los páxaros que con libres alas vagan por los vientos, ocupados todos en su servicio. Toda la generación de los peces que rompen los campos del océano yazía sujeta a su imperio. El león, que se llama rey de las fieras, en compañía de todas estava obediente a sus leyes. «¡O soberana guía! -dixe buelto a quien era causa de que viesse tantas maravillas-, dame a entender, te ruego, quién es el poderoso niño que, siendo gozo desta esfera, muestra tener universal señorío sobre todo lo que estoy viendo, qué gente es ésta, qué cosas y prodigios tan sobrenaturales miro, qué nueva quietud es la que se professa en este reino, cómo no se mueven aquí páxaros ni peces. El león, que naturalmente se sustenta de carnes silvestres, siendo señor de las campañas, ¿cómo se halla aquí esclavo de un muchacho desnudo? ¿De qué le sirven las corvas uñas, los ojos fieros, las guedexas de cuello y pecho, la agudeza de los dientes y los bramidos horrendos? ¿Cómo mudan aquí costumbre los reyes, príncipes y tiranos? Y ¿cómo se cambia la sobervia en umildad? ¿No basta a este niño que fieras, peces, páxaros y hombres tengan temor de su fuego, sino que también quiera posseer todos los elementos?» La cortés que me acompañava, satisfaziendo a mi pregunta, començó a herir los labios de rubíes con esto: «Bien te podrá declarar esta enigma quien tuvo en sus entrañas a

quien la causa. Yo soy la que nació en la húmeda jurisdicción de Neptuno de aquella misteriosa espuma. Éste es Amor, mi hijo, monarca de los vivientes. Tiene, como ves, alas, arco, fuego y armas, cosas que tienen en sí grande eficacia. Lleva las armas contra los hombres, el fuego contra las mugeres, alas para alcanzar los páxaros, y va desnudo para que, cortando las ondas, no se le escapen los peces. Las dos mugeres que tiene a los lados son el Día y la Noche, que de contino le están sirviendo. Yo, con ser su madre, le obedezco sin vivir essenta de sus órdenes, aviendo probado más de una vez su inmenso poder. Mandome fuesse donde dormías y te truxesse conmigo, para que en oportuna ocasión puedas relatar lo que vieres oy.» Diciendo esto me dexó en la mitad de las gradas del trono y, juntándose con las dos que tan provocadas fueron del juicio de la mañana, ohí me dezía Amor: «Tienen tus selvas vn zagal fiel, vivo trasunto mío, gloria de mi imperio, cifra de mis llamas, exemplo de firmeza y dechado de mis devotos siervos. Abrí en su tierno pecho, no a mucho, profundíssima herida con el instrumento de unos divinos ojos; padece por su causa no pocas ansias de que presto recogerá soberanos deleites, supuesto le tengo ya prevenido el premio y descanso que piden tantas amorosas fatigas. En tanto, gusto le mires ocupado en los sangrientos ejercicios de Marte, mi vassallo, en la parte que viene a estar contrapuesta a la tuya. Ay en ella una indómita gente, que muchas veces con temerarios intentos han procurado hurtarse a las invictas armas que los sujetan. Temblaron los araucanos montes, que ésta es la belicosa provincia de quien trato, al estruendo de los instrumentos marciales, resonaron en las concavidades de sus peñas los gemidos de los despedaçados mortales, peleó la obstinación robusta contra el justo valor, crecieron las raudas de los ríos con las corrientes del sangriento umor y viose en varios y lastimosos aspectos triunfar la cruel que, como yo, a ninguno perdona. Acudieron a estos alborotos los nobles antecessores de Menandro, mi caro súbdito y vuestro gallardo mayoral. Fueron, vieron y vencieron, alcanzando en diferentes batallas gloriosos trofeos, fixando el estandarte de Austria en los encumbrados cerros jamás domados y poniendo con heroica virtud las invencibles plantas sobre las essentas cervices. Bolvieron ricos de bárbaros despojos, dexando por el tiempo que allá residieron sosegados los tumultos. El furor es fuego y, como tal, es fuerça rebiente por ojos, narizes, bocas y manos. Levantaron, pues, estos arrogantes nuevas máquinas de motines y contrastes. Han sido en ellos, a vezes, vencidos y, a vezes, vitoriosos, mostrando, hasta en las adversas fortunas, vivamente su ira y coraje. Mas los cielos tienen reservadas para Menandro las finales y últimas vitorias destes sobervios. Y para que puedas llenar el mundo de sus glorias, he querido prevengan tus oídos sus venideras hazañas. Será Menandro lustre de su decendencia, admiración de siglos presentes y passados y, sobre todo, tan insigne en armas como glorioso en amores.» Assí dixo, mandando a Clío, una de las nueve hermanas que eternizan los héroes, cantase alguna de las vitorias que, para renombre y eternidad de Menandro, estaban decretadas en los abismos. Obedeció la soberana donzella y con voz de perpetuo metal alborotó los cielos en esta forma:

Aquel sacro mancebo,  
a cuyo imperio nacen varios mundos,  
el glorioso renuevo  
de abuelos y de padres sin segundos,  
de cuya diestra invita  
tiembla el flamenco, el otomano, el cita;

aquél a quien estrecho  
viene el inmenso globo de la tierra,  
de cuyo heroico pecho  
brotó la dulce paz, l'ardiente guerra,  
de quien libre sosiego  
devoto espera el afligido griego;

aquél a quien la Parca  
la gran ministra de su fuerça ofrece;  
el ínclito monarca,  
a quien no dexa el sol quando anochece,  
de cuyo zelo pío  
aguarda libertad el sacro río,

viendo que de sus fueros  
huyen los coraçones araucanos  
y con intentos fieros  
remiten al esfuerço de sus manos  
casi oprimir el orbe,  
qual hondo mar que las corrientes sorbe,

al sucesor valiente  
de claros y sin par antecessores,  
que con valor prudente  
domar supieron bárbaros furores,  
la sujeción concede,  
porque'el vencer, como el estado, herede.

Recibe el respetado  
bastón con que sus glorias apercive,  
y Tetis en su estado  
las águilas marítimas recibe,  
de quien los anchos senos  
se ven d'armados y pertrechos llenos.

En su buelo las naves  
vencen los más veloces pensamientos,  
llevan sus gruesos traves,  
aguas despedaçando, rezios vientos,  
mostrándose oportuno  
en sus campañas el feroz Neptuno.

Ya favorable puerto  
en su albergue los huéspedes encierra,  
ya con pompa y concierto  
pisan, dexando el mar, la altiva tierra,

reconociendo en partes  
la prevención de los contrarios Martes.

Descubren en un llano,  
quando en poniente el sol su luz emplea,  
al belicoso indiano  
qu'amenazando en su poder campea,  
imitando arrogante  
al fulminado intrépido gigante.

Los desembultos trajes,  
donde el chino publica sus primores;  
los vistosos plumajes,  
a quien crecen beldad varios colores,  
dan braveza al semblante,  
como la sangre al líbico elefante.

Ya el bárbaro impaciente  
en tanta dilación tormento halla,  
ya reparte su gente,  
ya, para dar efeto a la batalla,  
furor y lança apresta  
con horrenda deidad Palas funesta.

Las picas enarbolan  
los fuertes héroes, los estoques vibran,  
las vanderas tremolan  
y del temor los coraçones libran,  
mostrando entero brío  
contra el furor y opuesto desvarío.

Ya el esquadron se mueve,  
ya combatir el español dessea,  
ya por el viento leve  
el estandarte de su rey ondea,  
ya batallan las caxas,  
ya los bravos las picas tienen baxas.

Ya el heroico Menandro  
anima sus valientes españoles,  
y qual nuevo Alexandro,  
viendo que son de la milicia soles,  
le incitan a qu'envista  
del uno y otro polo la conquista.

Ya batalla apellida  
la gente al son del rayo belicoso,  
ya la trompa combida,  
ya el cavallo loçano y generoso  
dobla el rüido y trueno  
con pies y manos, con relincho y freno.

Ya dan diversas muertes  
los que d'un vando y otro escaramuçan,  
ya cierran, ya los fuertes  
destroçan, parten, yenden, desmenuçan,  
ya se ven hechos pieças  
piernas y muslos, braços y cabeças.

Ya por el campo quedan  
petos, mallas y golas esparcidas,  
ya las celadas ruedan,  
ya las cuchillas miden, ya en las vidas  
cometen varios robos,  
entr'umos pardos acerados globos.

Ya se retiran éstos,  
ya los siguen aquéllos, ya rebuelven  
y ya con pasos prestos  
los qu'adelante fueron atrás buelven,  
ya el quinto dios, ufano,  
junta montes de cuerpos en el llano.

Forman los no domados  
roncos suspiros, lamentables voces.  
De cuerpos destroncados  
ya libres los espíritus velozes  
crecen el terco vando,  
las negras aguas con Carón sulcando.

Ya dexa el fuerte hiberno  
con castigo las almas atrevidas,  
ya recoge el azero  
cansado de cortar feroces vidas,  
y ya con suma gloria  
por sí canta Menandro la vitoria.

Vanderas enemigas  
en fe de su umildad offrece al cielo,  
y entre esquadras amigas  
triunfando da la buelta al patrio suelo,

llenos los hierros rojos  
de bárbaros trofeos y despojos.

Esto refirió Manilio con admiración de los oyentes y algún aplauso de Menandro por ver artificiosamente referidas algunas de las grandezas de sus antepasados y, quanto a la parte que le tocava en lo por venir, con generoso semblante prometía conseguir en diferentes partes del mundo mayores y más señalados hechos que avía cantado Clío, de cuyos acentos tuvieron a mucho se uviesse acordado puntualmente Manilio, si bien al referirlos conocieron estava lleno de furor celestial, siendo fuerça que para tal efeto uviesse el cielo comunicado a su pecho y lengua aliento y brío sobrenatural.

Llegó en esto voz de cómo Rosela, rendida al combate de un contino accidente, avía entregado a la tierra la parte mortal y al cielo el hermoso espíritu, con tanto sentimiento de Danteo, cuyo corazón, si bien se mostrava elado con el passado enojo, se hallava, con todo, desecho en la llama de su amor, que si algunos pastores no acudieran a estorvar su determinación, diera fin con muerte violenta al fiero dolor que estava pa- /128/ diciendo. Causó esta nueva casi general tristeza en los pastores comarcanos por el singular agrado de que estava dotada la difunta Rosela y ver en cuántos años avía fenecido su estimada vida.

La noche dividió la junta de los que avían concurrido a visitar y entretener a Menandro, el qual apenas avía entrado en el jardín por divertirse del esquadron de pensamientos tristes que le combatían, quando recibió una carta de su amada Amarilis, poderoso medio para rendirlos del todo y desterrarlos de sí, admitiendo en su lugar toda imaginación alegre. El consuelo más eficaz que Menandro tenía en tan larga y molesta prisión era la copia de discretas razones escritas por la que predominava en su alma. Assí, abriendo el papel y venerando la firma y letras del nombre adorado, vio que decía:

Amarilis a Menandro

«Menandro, al paso que amor recibe fuerça de las almas se va haziendo poderoso en sus efetos y desde pequeño crece hasta cobrar aspecto de altíssimo gigante, tan fuerte que nadie le puede vencer, antes no ay contrario a quien él no dexa vencido. Éste, pues, por tu causa reina en mi pecho, hallándose por el curso de tiempo y fuerça de inclinación ya tan crecido y tan apoderado de mí que desprecia todo umano poder y toda injusta contradición. Tal seré siempre qual he sido hasta aquí, mostrándome fortíssima al tropel de contrarias persuasiones. Mi resistencia está fundada en razón, que, como desde el día que te vi te hize dueño de mi libertad, no puede disponer de sí quien no la tiene, assegurándote que para lo que es no ser tuya, aunque pudiesse no querría ni quiriendo podría determinarme. Antes las corrientes de los ríos, mudando costumbre, bolverán a las fuentes de donde nacieron y antes se verán cesar los efetos de naturaleza que falte o cesse en mí aquella voluntad pura y honesta que te tengo ofrecida.»

Quedó de tales palabras con tanta alegría el constante Menandro que casi carecía de movimiento, porque muchas vezes un plazer excessivo engendra estorvo en los sentidos. Mas, al fin, sosegando el alborotado corazón, que no cabía en las cortas márgenes del pecho,

con amorosos encarecimientos ensalzava la fe y constancia de la sin igual Amarilis, sacando por remate un retrato suyo que por preciosa y cara prenda traía siempre consigo; y contemplando con inmenso gozo como al pie de lazos de oro encrespado descubría frente lisa y espaciosa, alegres ojos, bellísimos luzeros vestidos de largas pestañas y adornados de niveladas cejas bastantemente arqueadas, nariz en todo perfecta, mejillas de fresca leche mezclada en partes con vistosa púrpura, boca de milagrosa proporción, cuyos labios encendidos casi de embidia mostraban encubrir la cándida belleza de los dientes con extremo iguales, blanquísima garganta bien formada y matizada a trechos con sutiles hilos de cárdeno color y, entre dos retratos del mismo Menandro, mano de no vista perfección y blancura arrimada al relevado y firme pecho, con vestido cuyo color publicava alegre y cierta esperanza.

-¡O perfectísimo traslado -dixo- de aquel serafín que, siendo cifra de peregrina hermosura, es exemplo de contrastada firmeza! ¿Qué resplandor tan suave y ardiente está derramando la serenidad de esos ojos? ¿Qué gravedad tan apazible descubre esse divino semblante? Si vos, aparente pintura, encendéis a quien os mira, ¿qué se podrá esperar del milagroso original vuestro? Oíd, pues, lugarteniente suyo, las razones que forma el alma por el instrumento de la lengua, admitid blandamente mis afectuosas ternezas y suplid la presencia de quien jamás me apartó con la imaginación.

Tras esto, puestos los ojos en una trenza de cabellos que acompañava al retrato, comenzó a dezir:

Menandro

¡O vos, prendas preciosas,  
bellas hebras doradas  
que despedís sagrados resplandores!  
Vos que con luminosas  
colores variadas  
los ojos variáis en mil colores.  
¡O rizos!, vos qu'ardores  
brotáis, aunque cortados,  
y si os tienen delante  
os cambiáis al instante,  
dexando a los que os miran deslumbrados.  
Vos mi consuelo y día  
seréis en esta ausencia y noche mía.

En esta tenebrosa  
noche os veréis bañados  
con lágrimas ardientes de mis ojos  
y por mi voz quejosa,  
creciendo mis cuidados,  
irán cobrando fuerças mis enojos.  
Teniendo los despojos

e de ser el vencido,  
y con sonoro canto  
celebraré mi llanto,  
no sea de la edad escurecido,  
porqu'al fin vuestro fuego  
mis lágrimas podrá consumir luego.

Puesto el lazo amoroso  
al miserable cuello,  
me preciaré del nombre de cautivo.  
¡O preso venturoso!,  
pues cualquiera por ello  
tiene embidia al tormento con que vivo,  
y aunqu'es dolor exquivo,  
por la mano que viene  
el mundo le dessea  
y no ay alma qu'os vea  
que no diga: "Dichosa la que tiene  
pena por tal respeto,  
aunqu'el premio d'amor no tenga efeto."

Hermoso autor del día,  
cuya melena ardiente  
de resplandor adorna tu semblante,  
y los rayos qu'embía  
su diadema luziente  
prestan a cielo y tierra luz bastante.  
Capitán arrogante,  
tú que con rizos d'oro  
ilustras nuestro suelo,  
escóndete en el cielo,  
a los orbes descubre tu tesoro,  
que nosotros tenemos  
tan claro resplandor como en ti vemos.

¡O Tajo, ilustre río!,  
qu'estás en grutas hondas  
sobr'arenas doradas reclinado,  
si atento al canto mío  
del centro de tus ondas  
oyeres mi dolor y mi cuydado;  
si vieres añudado  
con lazo d'oro fino  
mi lastimado pecho,  
no pienses que fue hecho  
del puro de tu fondo cristalino,

que mal pensarse puede  
si el mío al tuyo en calidad excede.

El día siguiente, saliendo Rosanio al campo quando la aurora a encaminar sus garçones con el ganado alcançó a Clórida, que iva con una zagaleja a señalarle puesto donde hasta la noche guardasse una esquadra de ánades. Saludáronse cortésmente y después de varios discursos se ofreció tratar de Dinarda, de quien Rosanio era tío. Y desseando verla reduzida de aquella áspera obstinación en que vivía y ya sujeta a las leyes de Imeneo, por carecer de hijos y procurar verse rodeado de tiernos sobrinos para quien destinava su hazienda, començó a dezir a Clórida:

-¿Es possible que no te atreves a vencer el rigor dessa rapaza? ¿Que ha de poder su senzillez resistir tus discretas persuasiones? ¿Qué muger ay tan simple que, en saliendo casi de las mantillas, no aprenda el arte de contentar y parecer hermosa y de matar agradando? ¿Quién ignora quáles armas puedan herir y dar muerte y quáles resucitar y dar salud?

-Rosanio -respondió Clórida-, yo he pretendido muchas vezes con todas mis fuerças atraer essa exquiva a la opinión amorosa y anoche, en particular, gasté en vano en tal propósito gran copia de razones, y pienso de aquí adelante hazer semejante oficio con más gusto por intervenir tus ruegos, mas te prometo me atreviera antes a domar un novillo, oso o tigre, que una moçuela simple y boba que no advierte quán ardientes y agudas sean las armas de su belleza y cómo con descuido y risa mate a muchos sin entender que yere.

-Yo no sé -replicó Rosanio- cómo naturaleza, que enseña el canto y buelo a las aves, el nadar a los peces, el encuentro a los carneros y al pavón sobervio tender la pompa de sus plumas pintadas, no la enseña a ser amorosa.

-Por cierto, tienes razón -dixo Clórida-, aunque no sabría resolver si Dinarda sea tan boba como muestra en sus palabras y costumbres. Ayer vi una señal que me puso en mucha duda. Hallela camino de la gran villa, donde aquellos anchos prados tienen una isleta entre lagunas y la misma un charco limpio y transparente. Tenía, pues, sobre él pendiente el cuerpo de tal manera que mostrava recibir deleyte en mirarse, pidiendo consejo al agua cómo dispondría el cabello sobre la frente, sobre la crespada madexa el velo y junto al velo diversas flores que tenía en la falda. Tomava muchas vezes ya una rosa, ya un jazmín, y lo llegava al rostro purpúreo y al blanco cuello, cotejando los colores, y parecía luego que, casi ufana de la vitoria, se reía, como diziendo: «En fin, os venço yo, y aquí no os traigo por ornamento mío, sino por vergüença vuestra y sólo por mostrar la ventaja que os llevo.» Mas, en tanto que se adornava y componía, bolvió los ojos bien acaso y, viendo cómo yo la mirava, se alçó al momento y derramó de vergüença las flores, y quanto más me reía yo de verla, tanto más ella se encendía de mi risa, y, porque estava suelta la una parte del cabello y la otra recogida, bolvió dos o tres vezes a hurto los ojos a la fuente, su consejera, como por no ser entendida de mí. Mirose, al fin, descompuesta, mas, con todo, se satisfizo porque, aunque descompuesta, se vio muy hermosa. Yo, no obstante lo entendiese todo, callé por no darle entonces disgusto, aunque, como te referí, el mismo día al anochecer, sin apuntar nada de lo visto, la persuadí a que amasse, siendo de ninguna consideración todas mis palabras. Y si fuesse verdad que sintiesse algún átomo de amor, no se puede negar encubrirle con raríssimo

artificio. Oigo dezir a todos no ser antes las pastoras tan entendidas, ni yo tuve tal juventud. Al paso que el mundo se envejece, va creciendo su malicia.

-Por ventura -dixo Rosanio-, entonces no usavan los ciudadanos ver tantas vezes el campo y las selvas ni tantas vezes nuestras zagalejas entrar en la villa. Ya se han mezclados linajes y costumbres y todo lo veo perturbado y pervertido. ¡O Clórida, cómo va feneciendo la pastoril pureza y qué diferente era alcanzar estas canas! Claros fueron estos contornos en otra edad y creo se retiró a sola esta comarca aquel Siglo de Oro tan celebrado. Amávase castísimamente en aquella sazón y aun te certifico es notable la historia de los amores que tuve entonces.

-Gustaré -dixo Clórida- grandemente oírta y así te ruego por la dulce memoria de tus años juveniles me la quieras referir.

-Gentil conjuro buscaste -prosiguió Rosanio-. ¿A la memoria me traes la juventud? El pasado bien es presente enojo, porque quando se carece del contento convendría también perder la memoria de lo que pasó. Mas te quiero complazer en lo que pides. Por tanto, sabrás que, siendo yo zagalejo, en forma que apenas con la tierna mano podía alcanzar el fruto de las primeras ramas que tenían los árboles más pequeños, tuve pura amistad con una aldeana, la más amable y hermosa que jamás dio al viento hebras de oro. Era su nombre Ardenia y era correspondiente al nombre el ardor con que abrasava las almas. Viví, pues, un tiempo tan unido con ésta que no se ha visto entre dos tortolillas más conforme fidelidad. Eran nuestros albergues muy juntos, pero más los coraçones, conformes las edades y mucho más conformes los pensamientos. Tendía muchas vezes con ella la red a los páxaros y a los peces, con ella seguía los ligeros pasos del ciervo, siendo la caça y el contento común. Mas en tanto que hazía presa de animales, fui yo mismo preso sin saber cómo. Nació poco a poco en mi pecho y no sé de qué raíz, como la yerva que por sí misma suele nacer, un no conocido afecto que movía mi desseo para ver siempre delante a mi querida compañera, gustando de sus ojos cierta dulçura que dexava al fin un no sé qué de amargo. Mil vezes suspirava sin saber cuál fuese la ocasión de mis suspiros, de manera que primero que conociese al amor fui amante. Al cabo lo vine a entender con notable modo.

»Estávamos un día los dos con Filis, cierta amiga suya, a la sombra de un álamo, quando una aveja, que ingeniosa andava cogiendo la miel por los prados, fue bolando y, a nuestros ojos atrevida, picó a Filis en la mexilla rosada, engañada por ventura con la semejança, entendiendo fuese flor. Començó impaciente a quejarse de la molesta picadura, mas Ardenia le dixo: «Calla, Filis mía, no te laments, que yo sé palabras con que te quitaré el dolor. Este secreto supe de la maga Alania, y le di en trueco mi baso de marfil ricamente engastado.» Tras esto, azevinó los labios de su boca a la mexilla lastimada y murmurando blandamente dixo no sé qué versos y, al momento, ¡o efeto maravilloso!, faltó el dolor en Filis, siendo causa o la fuerça y virtud de las palabras o, como presumo, la virtud de la boca que dava salud a lo que tocava. Yo, pues, que no desseava hasta aquel punto otra cosa que el agradable resplendor de sus ojos y dulçura de sus palabras, sentí entonces encenderme de nuevo desseo de arrimar mis labios a los suyos y, con mayor astucia y aviso que nunca avía tenido (mira cuánto sutiliza el amor nuestro ingenio), se me ofreció un engaño con que poder en breve llegar a conseguir mi intento, y fue que, fingiendo me avía picado otra aveja

en el labio de abaxo, comencé a quejarme, de suerte que pedía el rostro la salud que la lengua no osava pedir. La simplicilla Ardenia, piadosa de mi mal, se ofreció luego con el remedio a la herida engañosa, haziendo más crecida y mortal la verdadera quando llegó sus labios a los venturosos míos. No suelen coger las avejas tan dulce miel de qualquiera de las flores como yo cogí en aquel instante de sus frescas rosas, aunque el ardiente desseo que me incitava a humedecerlas quedó enfrenado del temor y de la vergüença, haziéndome más remiso y menos atrevido. Mas en tanto que descendía al corazón aquella extrema dulçura mezclada de un secreto veneno, sentía tanto deleite que, fingiendo no avérseme passado del todo aquel dolor, hize de manera que ella, con sinceridad, repitió el ensalmo una y más vezes. De allí adelante, de tal suerte anduvo creciendo mi desseo y aumentándose mi impaciencia que, como ya no cupiesen en el pecho, por fuerça uvieron de salir, y un día que se sentavan en cerco muchas pastoras y zagales, haziendo un juego que cada uno por su orden dixesse un secreto al oído de su vezino, yo, que lo era de Ardenia, le dixé: «Por ti me abraso y si no me remedias moriré.» Inclino su rostro a estas palabras, dexándole al improviso teñido de púrpura, y, mostrando alteración, tuve por respuesta un silencio mudo, turbado y lleno de amenazas. Luego se quitó de allí y nunca quiso hablarme más ni más verme.

»Avía ya el segador cortado las espigas tres vezes y otras tantas despojado el invierno los bosques de sus ojas, y en su espacio intenté quantos medios se pueden imaginar para aplacarla, siendo todos vanos. Sólo me faltava morir y, assí, traté de ponerlo en execución delante de sus ojos, que no pretendía yo mayor recompensa de mi muerte, porque, aunque la piedad fuera el devido premio a mi fe, no devía dessear cosa que le pudiesse dar molestia. Al fin, un día venturoso para mí, hallándola descuidada, la así fuertemente con la mano izquierda de una manga de su sayuelo, y con la priesa y turbación que requería su furia y alboroto le comencé a dezir estas palabras enbueeltas en suspiros: «Oye, ingrátissima Ardenia, si no por piedad, por tu gusto, los últimos acentos de quien por tu causa quiere morir. Yo te adoro, tú me aborreces. Ya estoy puesto en el confín de la vida. Si mis palabras no merecieren tu crédito, no le podrás negar a las obras que verás. Este trance dirá lo que te quiero y cuánto padezco por ti. Este golpe hará fe de tu rigor y de mi desesperada constancia.» Apenas dixé esto quando llegué y apreté al pecho un dardo que tenía mi mano derecha. Pasó la punta el vestido hasta la piel, dexándola teñida de mi sangre, y llegara más adentro el hierro penetrando sin duda hasta el corazón, si la causa de aquel espectáculo no me detuviera el brazo, estorvando que no me hiriese más profundamente. Quedó desta determinación mía, aunque fingiendo ánimo, Ardenia casi sin sentido; mas cobrando vigor, con improvisa mudança me dixo: «¡O Rosanio! ¡O amante fiel, desfavorecido injustamente tanto tiempo! ¡O tú, que queriendo morir me has dado vida! Vesme pronta para unir mientras viviere mi alma con la tuya. Viva conmigo quien por mí quería morir, enlace nuestras almas y cuerpos estrecho nudo de Imeneo, no aparte exquivo rigor a quien junta amor suave.» Enmudeció mi lengua al encanto de tan regaladas razones y de contento casi me faltó el espíritu; mas Ardenia, sin más dilación, apretó la herida con su velo y quiso fuésemos ambos a mi casa, donde aquel día se celebraron nuestras bodas con general aplauso y alegría de parientes y amigos. Tal fin tuvo mi largo padecer y tal la aspereza de quien le causava.

-Dichoso, por cierto -dixo Clórida-, mas no le merecía menos tu constante fe. ¿Es possible que si Dinarda oyera tan piadosa historia pudiera dexar de enternecerse? Mas advierte en

quán poco estuvo hallarse a su relación. Vesla venir en compañía de Tarsia. Por tu vida que salgamos a su encuentro y, ofreciéndose ocasión y aunque no se ofrezca, tratemos de ablandarla, procurando adquiriera título de esposa, pues la pretenden tantos y tan dignos pastores.

-Vamos -respondió Rosanio-, que te certifico es la cosa que más deseo en esta vida. En mil obligaciones me pone tu cuidado. Oxalá por tu industria se viese mi casa rica de successión, ya que me ha faltado la de mi querida compañera.

A esto se juntaron con las dos zagalas, y después de aver tratado varias cosas, vino a caer la conversación en lo que desseavan Clórida y Rosanio, que con destreza tratavan de convencer la natural rebeldía de Dinarda, la qual, no pudiendo ya sufrir la persuasión del tío y la de Clórida, dixo:

-Querría condescender con vuestros pareceres y no contradézir los discursos que hazéis. En fin, quiero amar. Sé que pretendéis esto y confío me concederéys elija amante a mi voluntad. La mía es de entregarme a Dios, en Él pongo todo mi amor, para Él aúno y junto quanto puedo tener de apazible. Dios ama amado y no siendo amado; Él da ocasión y da causa de que le amen, siendo mérito y premio el averle amado. Este amor es suma virtud, ser amado déste es suma felicidad, y es quien nos amó primero que nosotros le amássemos y aún antes que nos amássemos a nosotros mismos y muy antes que fuésemos, que si no nos uviera amado, no nos uviera criado. Si el amor se paga con otro amor, ¿a quién se ha de amar sino a Dios, que tanto nos ama, no por su interés, sino por el nuestro? Si la semejança engendra amor en las gentes, ¿a quién se ha de amar sino a Dios, a cuya imagen somos hechos? Si las dádivas obligan a amar, ¿a quién se ha de amar sino a Dios, que nos dio todo quanto tenemos? ¿A quién se ha de amar sino a quien da la virtud para amar? ¿Qué se ha de amar sino lo amable? ¿Qué es lo amable sino lo hermoso y bueno? ¿Quién es perfetamente hermoso y bueno sino Dios? ¿Qué se ha de amar sino el sumo amor? ¿De quién mejor que de Dios se puede enamorar el alma? ¿A quién se ha de dar el fruto sino a quien plantó el árbol? En suma, cumplidos son vuestros desseos: yo amo y amo al soberano Autor. Según esto, ya los dos no me tenéys qué dezir. Tarsia, prosigamos nuestro viaje y quedad vosotros con Dios, de quien soy amante.

Dicho esto, sin aguardar respuesta, se fue con la compañera hazia el común puesto de la fuente. Quedaron atónitos Rosanio y Clórida oyendo la profundidad de sus razones y viendo el suceso tan diferente de lo que avían entendido; que, quando uno determina acometer algún hecho y con resolución imagina la forma cómo lo ha de efetuar, si al tiempo de la ejecución le fallece el principio en que viene fundado, todo juicio y entendimiento, por reportado que sea, se confunde y ofusca. Tal les sucedió a los dos, viéndose atajados y convencidos de Dinarda, que, sin aguardar réplica, los dexó.

Llegaron, en esto, al sitio las dos amigas, hallando en él a Sileno y a Flori, a quien antes de su venida quería dezir cierta elegía compuesta a la muerte de un papagayo muy querido y muy llorado de la misma Flori. Deteníase Sileno con la venida de las pastoras, mas preguntando y sabiendo ellas lo que tratavan le rogaron quisiesse permitir participasen de los partos de su ingenio. Assí, tras corta resistencia, dixo:

Sileno

Perded el buelo y desechad la vida,  
vos, qu'el aire habitáis, viendo el semblante  
y oyendo el suspirar de mi querida.

Oy el fénix se abraza, el cisne cante  
del modo que acostumbra en sus riberas  
al punto que su fin tiene delante.

Las uñas, desde oy ministras fieras,  
vuestros blandos despojos arrancando,  
exemplo den de que sentís de veras.

Vn ave indiana id a buscar y quando  
os veáis donde yaze, el caso fuerte  
cantad su sepoltura acompañando.

Mas, quando tristes lamentéis su suerte,  
baxad la voz, no renovéys el llanto  
del bello sol qu'es causa de mi muerte.

Con vuestros picos apartad el manto  
texido con ciprés, con mirto y flores,  
rosa, iazmín, mosqueta y amaranto.

Vn páxaro veréis con resplandores  
de finas esmeraldas retocado,  
tal que Fevo se rinde a sus colores.

El oro por las plumas salteado  
de cándido matiz está vestido  
y de celoso azul acompañado.

Con nueva gala el carmesí encendido,  
admirable tusón, el cuello ciñe  
por calidad y por belleza erguido.

Mas ya su esmalte de tristeza tiñe  
quien al viviente de temor rodea,  
quien a perder el respirar constriñe.

¡Ay! ¿Qué hará mi Flori quando sea  
llegada ya la noche tenebrosa  
y sola y sin el páxaro se vea?

¡Ay! ¿Qué si se levanta desseosa  
de regalar al ave lisonjera  
con el blanco marfil, mano amorosa?

Echada menos ya la voz parlera,  
de su pecho se alexe el dolor fiero  
y los cielos permitan que no muera.

Al milano soez, cuervo grosero,  
que con estruendo ronco a mal combida  
y ofrece con su vista infausto aguero;

al búo, a la corneja aborrecida,  
que con molesto luto está presente,  
concederá la Muerte larga vida.

Mas al ave que vino de Oriente,  
a la que excede en lustre y en verdura  
al lauro eterno, al oro más luziente,

nos quiso arrebatar la Parca dura,  
dexando un claro cielo escurecido  
y eclipsada tan única hermosura.

No turbes más, ¡o Flori!, mi sentido.  
¡Ay, cesse tu lamento! ¡Ay, cesse el triste  
llanto de tanta perla enriquecido!

Murió d'amor el ave, tú la heriste,  
su muerte publicó su sentimiento,  
mas tú su pena en burlas recibiste,  
como en burlas recibes mi tormento.

Apenas dixo Sileno quando se descubrió Felicio, que venía derecho a la misma fuente. Dio Tarsia muestras de que le pesava, haziendo ademán de quererse ir, mas Dinarda la detuvo, advirtiéndole la nota que daría tal novedad. Con esto se estuvo, dando tiempo a que llegasse Felicio, el qual, preguntado por Dinarda de dónde nacía la palidez que mostrava su rostro, formó en vez de respuesta un tierno suspiro; mas requerido de nuevo por la misma, pareciéndole convenía manifestar su ansia antes que el puesto estuviesse más ocupado, dixo:

-Dinarda, la causa de mi amarillez y casi de mi cercana muerte está bien cerca de ti. Siéntome morir y no me pesa dello; sólo quisiera saber la ocasión que mueve a essa desdeñosa a serlo de mi muerte o, ya que gusta verme despojado de la vida, para que yo la desamparase satisfecho querría oyesse de mi boca el tormento que me causa su injusto desdén.

-Por cierto -respondió Dinarda-, ésse es justo querer de amante y pequeño galardón de quien está, según dize, casi muerto. Razón es se ayude este desvalido. Tarsia, socorramos con piedad a este difunto, óyele por tu vida, pues dello no te puede venir daño.

-¿Tú -dixo Tarsia- eres la brava? ¿Tú la amante de celeste deidad? Gentil consejo me das. Entiendo que me burlas, por esso no me quiero enojar. Pastor, ¿por qué te cansas? ¿Qué pretendes de mí?

-No más -respondió Felicio- de que me escuches.

A esto, intercediendo Dinarda de nuevo, dixo Tarsia.

-Por quedar yo libre de igual embaraço y tú de semejante cuidado, determino oírte. Di poco y no me trates más desto.

-Áspera circunstancia -dixo Felicio- es éssa, mas procuraré obedecerte. Digo, pues, que amándote yo quanto se puede amar, no me miran tus ojos ha quinze días, en cuyo tiempo no han visto los míos cosa alegre. En el último bayle te apreté una mano, juzgolo tu rigor por grave culpa. No fue tan grande quanto la encareciste ni por esso con tanto exceso me devía castigar tu ira. ¡Ay, con quán diferente apremio lastimas tú mi alma! No fue dolor el que sentiste ni yo te pude offender, pues si un poco no más apretara tu mano, siendo como es de tierna leche, quedara al momento desecha; quanto más que, si la apreté, hize como quien se ahoga, que pudiendo arrimarse a alguna cosa, la tiene fuertemente asida hasta escapar del peligro. Tal yo, temeroso de perderme en el mar de mis lágrimas, valime de aquel alabastro en quien avía puesto la esperança de mi vida.

Sobrevinieron en esto Clarisio, Cintio, Meliseo, Olimpio y Coriolano, acompañando a Elisa, Matilda, Antandra, Elpina, Amaranta y Armila. Y assí quedó interrumpido el proseguir de Felicio, mas tuvo dicha en que Dinarda, antes que del todo llegassen los pastores, dexó casi aplacada del enojo a Tarsia, con que Felicio bolvió al estado primero de sus amores.

### DISCURSO TERCERO

Sentados ya todos, dixo el anciano Clarisio:

-Gran falta haze a esta discreta junta el que suele presidir en todas las nuestras. No sé qué se tiene Menandro, que llena de alegría las conversaciones. Mas cómo no a de causar tales efetos quien es tan virtuoso, tan prudente, tan discreto, de tan dulce plática, de tan vivo ingenio, de tan claro entendimiento y de grandeza de ánimo tan singular, requisitos que valen tanto para adquirir la gracia de las gentes; y esto, sin los dotes del cuerpo que maravillosamente le dio naturaleza, como agrado de rostro, buena proporción de miembros y airosa disposición. Sus cuidados estrechan sus entretenimientos y aun le uvieran consumido pesares, a no resistirlos con la memoria del bien que espera.

Dignamente ama y es amado de la bellísima Amarilis, la más noble y más discreta zagala de nuestros contornos. Si guardadas las mansiones de la luna, juntas las figuras de las estrellas y mirados los aspectos del cielo, davan virtud de hablar a las estatuas que fabricava Egito, las heroicas calidades destes conformes amantes y el pronto desseo que tengo de celebrarlos mejor influirán en mi ánimo y mejor que luna, estrellas y cielo imprimirán en mi torpe lengua altos concetos. ¡O venturosas almas! ¿Quién cumplidamente podrá referir vuestro amor, piedad y constancia? ¿Quién los dones de que os dotó el cielo y la naturaleza? Mostraos invencibles y fuertes a tan impetuosos combates, que al fin se ha de secar la fuente de las lágrimas, brotando la del gozo copiosísimamente; al fin, saldréis con vitoria, haziendo vuestros desposorios dichoso este distrito. Y si estas fuentes, émulas del cristal; si estas plantas, vestidas de florido verdor; y si estos términos, en quien siembra sus matizes el verano, con dulce lamentar respondieron a vuestros lamentos, también entonces participarán de vuestro bien y desatarán tantas lenguas como en ellas se menean ojas al son deste airecillo, para cantar el venturoso suceso y para celebrar los gustos de dos amantes tan leales y firmes. Gozarás presto presto, ¡o fértil rama de gloriosa decendencia!, la más única hermosura que vio la edad passada, ve la presente, ni verá la por venir; gozarás de aquélla que tan prontamente concurrió contigo en amar y padecer, de aquélla que te quitavan maliciosas intenciones, de la que te usurpava la embidia; serás dueño de aquel amado rostro, de aquellos ojos bellos, de aquel blanco pecho, de aquellas peregrinas manos. Todo será justo premio de tu constancia y fe.

Assí hablava Clarisio con encendido semblante, resonando y pareciendo más que hombre en sus palabras. Al fin dellas, Felicio, que con los demás las avía escuchado atentamente, dixo:

-Clarisio, donde tú estás no tienen estos felices amantes qué embidiar, como Alexandro la trompeta de Aquiles. Igualan tus acentos a los del divino Homero. Mas, para que enteramente veas sobre quán digno fundamento se fabricaron tus alabanças, quiero llegue a tu noticia y a la de estas zagalas y pastores un coloquio que ha pocos días pasó entre Menandro y Amarilis, propio de tan calificados sujetos, tratando ambos de la firmeza amorosa que professavan.

Desseavan ya oírle todos y assí, prestándole devida atención, dio principio desta manera:

Menandro

Si el mar con el furor de su arrogancia,  
si los montes que besan las estrellas,  
si deste polo al otro la distancia  
me divudiesse de las tuyas bellas,  
aquella soberana consonancia  
qu'el cielo que las mueve influye en ellas  
a la contemplación me bolvería  
de su divina luz, zagala mía.

Amarilis

Si fuera esta prisión en las cadenas  
del bárbaro del África más fiero,  
si fuera su cuidado darme penas  
lexos del bien que justamente quiero,  
assí en la sangre de mis tiernas venas  
amor te imprime, ¡o dulce amor primero!,  
que allí me vieran con valor profundo,  
único exemplo de firmeza al mundo.

Menandro

Si tú fueras exemplo en las prisiones,  
dulce Amarilis, d'un amor constante,  
¿en qué parte del mundo, en qué regiones,  
no seré yo tu agradecido amante?  
Dulce prisión d'amor al alma pones  
con que más presa vive más triunfante.  
Quien prende el cuerpo es el poder del suelo,  
el cielo el alma; luego, tú eres cielo.

Amarilis

Presas d'amor, las tres potencias mías  
están contigo en esta larga ausencia,  
noche immortal d'aquellos breves días,  
Menandro, que gozé de tu presencia.  
No temas, no, que miedos, ni porfías,  
ni respetos, consejos, ni violencia  
me muden del intento de quererte,  
qu'amor es rayo y rompe lo más fuerte.

Menandro

A quien alumbra el sol de tu belleza  
entre tantas tinieblas sobra día,  
que sola tu memoria en mi tristeza  
y soledad es dulce compañía.  
En las prisiones crece mi firmeza,  
y en los temores la esperanza mía,  
porque de tu hermosura la memoria  
el mal convierte en bien, la pena en gloria.

Amarilis

La fuerza d'un amor determinado,;  
la voluntad d'un pecho agradecido,  
el gusto por estrellas engendrado  
y en la esperanza de su fin nacido,  
mostrarán el valor qu'a tal estado  
tiene mi pensamiento reduzido,  
que morir o salir con sus intentos  
es hazaña de nobles pensamientos.

Todos quedaron alabando el tierno y firme discurso de los amantes, a quien tenían singular afición por sus partes y calidad. En esta forma se entretenían aquí zagalas y pastores.

En tanto, Aurelio, que amava a Laura, de quien era poco favorecido, después de aver visitado su ganado y cumplido con otros menesteres, quiso también acudir a la conversación. Sintió calor por el camino y para alentarse, desenlazando el pellico, encontró con un cordón de cabellos y cintas que por favor le avía dado Laura, a quien, considerando entonces menos amorosa que otras vezes, tomándole en la mano, dixo:

Hermosos cabellos de oro,  
principio y fin de mis glorias,  
vos solos soys mi tesoro,  
prendas soys y soys memorias  
de la luz en quien adoro.  
Celebro esta perfección  
aplicando con razón  
estos divinos despojos  
a la boca y a los ojos  
y al lado del corazón.

Sed testigos, pues venistes  
a parar a mi presencia,  
de tantos gemidos tristes  
engendrados en ausencia  
de la flor donde nacistes.  
¡Quán bien os podéis quejar  
de qu'os hiziesse cortar!  
Mostrad qu'es justo despecho,  
y a quien tal daño os a hecho  
no le queráys consolar.

Estávades adorados  
con magestad y poder  
de mil flores adornados,  
y aora venís a ser  
de mis lágrimas bañados.

En lugar destes despojos  
offrezco penas y enojos  
siempre prontos a serviros,  
enjugando con suspiros  
lo que bañaren mis ojos.

No siento ya mi pasión  
ni me aflijo quando lloro,  
porqu'es feliz la prisión  
donde con cadenas d'oro  
se liga mi coraçón.  
Gozoso estoy rodeado  
de metal qu'es tanpreciado,  
que mi prisión sin igual  
es del más alto metal  
qu'amor jamás a labrado.

Más bellos me parecéis,  
sí, quanto más os contemplo,  
que sois y siempre seréis  
del sol retrato y exemplo  
por lo que resplandecéis.  
Aviva los resplandores  
este cordón de colores  
con que venís recogidos,  
y alegrando mis sentidos  
sembráis en mi pecho ardores.

Para más confirmación  
lazo hazéis de vos, cabello,  
y del precioso cordón  
nudo qu'aprieta mi cuello  
en señal de sujeción.  
Al punto que os conocí  
la libertad os rendí,  
de suerte que, si ay momento  
qu'os niegue mi pensamiento,  
huya mi alma de mí.

Prosiguiendo su camino, encontró recostado a la sombra de un sauze a Manilio, que en aquel punto, templado el instrumento, començava a cantar el soneto que sigue:

Otro pise el vaxel donde pelea  
con las velas de Bóreas el estruendo,  
y el antártico clima descubriendo  
redoble en él lo qu'en el suyo emplea.

Nuevas costumbres, nuevos traxes vea,  
y al baso frágil otra vez bolviendo,  
torne del mar los ímpetus venciendo,  
ni tema que su humor su tumba sea.

Qu'en tanto yo, pisando verde assiento,  
céfiros gozaré por vracanes,  
por ondas flores qu'Amaltea vierte.

Ceres me offrecerá sano sustento,  
la vida passaré libre d'afanes,  
ni sabré qu'es morir hasta la muerte.

-No me desagrade -dixo Aurelio después de aver saludado a Manilio- la práctica de lo que cantaste. Bien se puede dezir por ti que en semejante particular dizes y hazes. No te espante aya quien busque partes remotas, supuesto la esperanza es poderoso echizo en toda suerte de interés. Fingen que quando los dioses huyeron de la tierra, se quedó ella acá por ser aborrecida de los mismos, y assí ésta haze que el cavador viva en contino cansancio, que el cautivo no sienta las cadenas, que el navegante en el naufragio, sin ver tierra, tienda con ánimo los braços sobre las aguas. Ésta consuela al preso en su trabajo, ésta haze servir al hombre negando su misma libertad y sacrificándola al señor en cuya casa suspende la vida con penosos desseos, ni sólo engaña ésta a los hombres, mas a las fieras. Ésta coje en las redes a las aves, ésta prende con las cañas los peces que, con la esperanza de gustar el dulce mantenimiento, comen primero el anzuelo que el cebo, y, en fin, ésta, hermoseando los infortunios, esconde y consume el miedo del peligro.

-Yo, Aurelio -respondió Manilio-, obro conforme hablo. Poca pesadumbre me dan las cosas del mundo. Raras vezes cuidado molesto detiene los pasos por entre pechos alegres. Habite quien quisiere sobervias ciudades, que no trocaré por la menor yerbecilla destos campos todas sus riquezas. No se puede igualar este descanso con aquella inquietud, ni su bullicio llega a esta ociosidad.

Tampoco apruebo la demasiada en que vives replicó Aurelio. No falta quien mormure la anchura de tu vida casi valdía y desocupada hasta de amorosos cuidados. Regalo es, tal vez, la fatiga, y aun muchas vezes necessaria para la perfeta salud. Della nacen quantos bienes se conocen en el mundo, y, pues muestras oírme de buena gana, mientras nos acercamos a la junta de pastores te los quiero traer a la memoria. Digo, pues, que merece grande estimación la fatiga, cuyo vigor no ay cosa tan alta que no la alcance, ni tan profunda que no la toque, ni tan apartada que no la llegue, ni tan escondida que no la descubra, ni tan ligera que no la prenda, ni tan tardía que no la madure, ni tan perdida que no la halle, ni tan cerrada que no la abra, ni tan dura que no la rompa, ni tan feroz que no la dome, ni tan difícil que no la allane, ni tan desesperada que no la vença. La fatiga trae la yerva de los prados, el trigo de los campos, el vino de las vides, el azeyte de las olivas, la fruta de los árboles, los peces de los ríos, la leña de los montes, las piedras de los

cerros, los metales de la tierra, las perlas del agua, el agua de las peñas, el fuego de las piedras, los pájaros del ayre, el cuero de los pellejos, el paño de la lana, la seda de los gusanos, las telas del lino, el zumo de las yerbas, los polvos de las flores, las tablas de los pinos, el papel del lienço, el vidrio de las cenizas, las cuerdas de música de lo interior de los animales, el queso de las ovejas, el açúcar de las cañas y la miel de las avejas. La fatiga abrió las colunas de Hércules, cerró las Puertas caspias, apartó lo junto, juntó las islas, fabricó las ciudades, levantó pirámides, sostuvo huertos en el aire, hizo puentes sobre el mar, fundó los muros que llevaban los carros, edificó los colosos que enamoravan al sol, inventó los cielos materiales, fingió las esferas, enrredó los laberintos, suspendió los sepulcros, allanó los montes, levantó los valles, dividió las fuentes, divirtió los ríos, partió las piedras, plantó las colunas y entendió y provó las artes liberales y mecánicas. Todas las cosas que aprovechan trabajan y, trabajando, aprovechan. La tierra buelta y rebuelta de los labradores produze el trigo, cavada y ahondada da metales. El agua que corre por sí riega las vegas y movida de remos lleva al puerto las galeras y mercaderías; el aire sacudido del viento deshaze vapores mortíferos; el fuego alterado en sí mismo se multiplica; las nubes, caminando, traen llubia; los cielos, rebolviéndose, paren la variedad que hermosea el mundo; la luna, errando, alumbra las noches; y el sol, fatigándose siempre y no parándose un punto, da vida a los días y señala meses, años, tiempos y edades. Y, al contrario, lo que está ocioso no aprovecha a otro ni a sí. La tierra no arada se haze estéril, el agua no movida se gasta, el aire no sacudido se corrompe, el fuego no atizado se muere, el hierro no usado se enmohece, el trigo no rebuelto se daña, los vestidos no traídos se apolillan y los instrumentos no tocados se destemplan. Fatigas se llaman las empresas de Hércules y fatigas los perpetuos caminos del sol.

Aquí llegava Aurelio, al tiempo de hallarse en el sitio de la conversación, donde, sentados los dos, advirtieron pedía Coriolano atención para dezir un soneto compuesto a un parchecito que traía Matilda en uno de sus párpados, respeto de tenelle un poco inflamado, y, dándosela, dixo:

Hizo flores pintadas, plantas bellas,  
el que la ilustre fábrica compuso,  
enriqueciendo para el común uso  
éstas de frutos y de olor aquéllas.

Aves varias crió y a parte dellas  
para süaves músicas dispuso  
y, formando otras cosas, sólo puso  
un sol luziente entre esquadron de estrellas.

Sólo, Matilda, en vuestro hermoso cielo,  
cielo con que su gloria amor descubre,  
dos soles pone con saber profundo.

Con ellos admirado dexa el suelo,  
mas oy con negro estorvo el uno cubre,  
porque con ambos no se abraze el mundo.

A esta sazón assomó Partenio por el cerro más cercano. Traía en la imaginación a su Antandra, de quien a su parecer no era tan estimado como solía. Parose, en baxando, al pie de una fuente, donde, alentado del aire y refrescado el rostro con su licor, comenzó a dezir:

Viento süave, que tan dulcemente  
lisonjeas las yerbas y las flores,  
tú qu'alegre cogiendo sus olores  
los esparces después entre la gente;

florido prado, cristalina fuente,  
agradable refugio a mis ardores,  
¡ay, cómo al lamentar de mis amores  
detienes en tu seno la corriente!

Guarda, guarda silencio por oírme,  
mas en poniendo fin al triste canto,  
piadosa suelta un caudaloso río.

Yo con imaginar vendré a morirme,  
siendo tanta la copia de mi llanto  
qu'en agua quede eterno el nombre mío.

Llegó después a la junta en ocasión que Elisa se quería levantar por ir a beber a la fuente que estava cerca de allí, mas reconociendo su intención, Cintio, amartelado suyo, pidió no dexasse el asiento que ocupava por tal respeto, supuesto traería él lo que desseava. Contentose la pastora y, levantándose, Cintio llenó de agua un curioso baso que tenía consigo, donde se venía riendo el cristal. Dio alegría a los circunstantes su pureza, siendo causa de que más de dos le beviessen. Por tanto, Clarisio, que de contino andava filosofando y reconociendo por la perfección de lo criado la grandeza del Criador, cometió al /164/ mismo Cintio dixesse lo que se le alcançasse en alabança del agua. Y si bien él desseava cayesse aquel peso en otro, no pudo dexar de obedecer diziendo:

-Son excelentes las propiedades deste licor. Representa la imagen, refresca el calor, llena lo vazío, junta el polvo, cava la tierra, fertiliza los campos, ablanda lo duro, quita la sed, mata el fuego, abaxa lo alto, alça lo baxo, sube quanto baxa, sana las enfermedades como las sanan los baños, fortifica los exércitos como el Éufrates fortificava a Babilonia. Sobre las aguas era llevado el espíritu de Dios, a éstas tiene Él mismo encerradas en sus cielos como tesoros ricos. El agua castigó los malos y reservó los buenos, el agua es madre apazible de quantos vivientes ocupan el mar. Es admirable antídoto contra todo veneno, por esso los cisnes y elefantes, tras qualquier venenosa comida, corren luego a lavarse; y, assí, el ciervo, para purgarse del tósigo que tragó quando comió las serpientes, y también para renovarse, visita las fuentes y en las ondas se purifica y se sana. El agua vivifica, siendo adorno y vida de la tierra, de sus flores, yervas y plantas. El agua junta los dos mundos, por la misma tan divididos y, en fin, en diversas partes está llena de calidades prodigiosas. La fuente de Macedonia haze blancas las ovejas negras; en Boecia una fuente

causa olvido y otra memoria; otra en Egipto enciende las hachas muertas; la fuente del sol, entre los garamantas, yela de día y abrasa de noche; otra en Idumea corre tres meses del año turbia, tres clara, tres verde y tres colorada; en Canaria, de un árbol se destila una fuente que jamás cesa; las dos medicinales de Maqueronte sanan todas enfermedades del cuerpo y la de Mesopotamia esparce suave olor. No os quiero cansar con otras infinitas virtudes que tiene, pues sabéis que sobre todas es la más eficaz ser una de los quatroque fraguan y sustentan nuestra vida.

Cesó con esto Cintio y tras su discurso se introduxo el de las excelencias de las mugeres, en que Olimpio discantava con agudeza, por ocasión de aver medido antes con la pluma parte de lo que se podía dezir. Assí dixo no aver obra umana que pudiesse competir con la de la muger, por quien sólo avía dicho nuestro primer padre aquellas grandiosas palabras con que la llamó huesos de sus huesos, carne de su carne, por quien el hombre avía de dexar sus padres. En fin, concluyó con dezir un soneto que tenía compuesto en loor del valor y ser femenino, comenzando desta manera:

Olimpio

¡O muger, don del cielo! ¡O muger, dina  
de dar alas y lenguas a la fama!  
¡O muger, del amor ardiente llama,  
sujeto de belleza peregrina!

Con bastante razón a ti se inclina  
el sobervio animal qu'hombre se llama,  
con bastante razón adora y ama  
tan noble ser y calidad divina.

¡O dulce compañía! ¡O mitad nuestra,  
deleite, suavidad, gozo y recreo  
contra humanas desdichas y pesares!

Si en ti su perfección el cielo muestra,  
si tiene fin en ti nuestro desseo,  
¿quién no consagra a tu deidad altares?

-Iustamente -dixo Clarisio- encareces tan alto assumpto. Es el mundo verdadera y docta escuela donde, callando, enseña el grande Artífice sus maravillas, escalera que por ciertos grados lleva fácilmente al cielo las imaginaciones humanas, sala espaciosa donde muestra Dios sus riquezas, puente por donde passa el hombre sin temor el piélago de los misterios divinos, nube por quien se trasluze el invisible sol, cuyo semblante admirablemente resplandece entre el horror de la más oscura noche, teatro sumptuoso donde a cada paso se representa el celestial poder, la sabiduría y justicia con el eterno amor, arrebatando hasta los cielos más levantados los más umildes ingenios de los hombres, libro grande donde se lee en letras distintas y bien formadas el arte maravilloso del soberano Dotor. Toda obra es una plana, todo efeto es un carácter cumplido. En aquel sacro texto la

naturaleza enseña a los más idiotas ser con inviolables leyes gobernado el mundo de una celeste Deidad. Para entender tal volumen no es menester la noticia de varias lenguas, no la de figuras ménficas, de caracteres turquescos, de puntos hebreos, de acentos griegos. El muchacho y el viejo, sin arte o ciencia, podrá leer allí grandezas maravillosas, encumbrándose con la contemplación sobre los más altos cercos de los planetas y comprendiendo, en parte, al incomprendible motor de todos los movimientos. En fin, la dilatada máquina es espejo del aspecto divino, divisando nosotros por entre el gran manto del mundo su alta virtud, sin quien no fuera possible divisalla. Porque si los rayos que despide el sol ciegan los ojos de quien los mira cara a cara, ¿quién sobre más encumbrados cielos podrá sufrir los encendidos resplandores del sereno rostro de Dios? O ¿quién le podrá entender sin tal fábrica que lleva impresa en la frente su semejança? Dios, que no puede caber en sentido umano, se manifiesta en sus obras como visible, por ellas reconocemos su poder. Por instantes, desde sus alturas, habla con nosotros, siendo sus fieles intérpretes y voces los concertados movimientos de las esferas. Mas todo cesa con la admirable perfección que está cifrada en la muger. Este agradable edificio en toda parte descubre la grandeza, hermosura, riqueza y arte de su poderoso Artífice. Encúmbrese quien quisiere de cielo en cielo y suba ambicioso por los muros de los orbes o, limitando el curso de su imaginación, camine humilde por los baxos elementos, que de qualquier manera le hará, sin duda, admirado el magisterio de tan sublime fábrica como es la muger y la gloria que resulta de semejante pintura a su celestial Autor. Ella fue el sello de sus hazañas, ella es la belleza más célebre que tiene la redondez de la tierra. Sin ella fuera miserable el hombre, imitara sin ella al bruto más solitario y silvestre y, siendo sólo para sí, careciera de espíritu, de corazón, de amor, de fe y de sentimiento. ¡O fuente de todo bien, dulce y amorosa! Siempre que me acuerdo de tu origen, facciones y efetos me enviste desusada admiración. En suma, el Criador hizo dos cuerpos de uno solo y, después, uno de dos. Dichoso lazo, misterioso amor, cuya fuerça de dos almas haze una y un corazón de dos corazones. Contrato santo que tuviste principio en el paraíso. Allí, soberana muger, fuiste formada, quedando con ojos risueños, con rosadas mexillas, con frente alegre, con boca, nariz, cejas y cabellos perfetísimos, con el sonido de la voz suave, con las partes que recrean el tacto tiernas y delicadas y con el resto de las otras riquezas corporales. Por ti dexan los hombres pimpollos fértiles, verdaderas medallas tuyas, y acrecentando en infinito el número de sus parientes, los hazes eternos, renaciendo por tí en las amadas prendas de los hijos. En tí cesan los varoniles ardores, mostrando ser tú su verdadero amor. Tú mezclas dulçura en la hiel de que suele abundar la vida umana y tus lícitos abraços llenan de generación el universo.

Assí prosiguió Clarisio lo que començó Olimpico, dexando gozosas a todas las zagalas por ver su ser tan engrandecido. Mas diferente ocasión tuvo divertido a Felicio el tiempo que duró la plática, respeto de atender a dos tortolillas que sobre un sauze a porfía se enamoravan tiernamente, con embidia del pastor que las mirava, el qual, recogiendo la imaginación, dava muestras de aver fraguado en la memoria algún conceto. Rogáronle, siendo verdad, lo quisiesse publicar, y él, resistiendo blandamente, se dexó vencer de buena gana en aquella parte, sufriendo la fuerça que desseava le hiziessen. Dixo, pues:

Felicio

Páxaros bellos, que los picos juntos,  
duplicando sin número los besos,  
dais principio dichoso a los sucesos  
qu'en dulce guerra os dexarán difuntos.

Si de mi cielo ingrato los dos puntos,  
los dos nortes os vieren en traviesos  
juegos d'amor y ya en sus redes presos,  
siendo de Marte y Venus dos trasuntos,  
no vuestro afecto la vergüença enfrene  
ni en fe de su rigor dexéis el lecho,  
donde amor tan conforme estáis gozando;

qu'un exemplo tan vivo a qualquier pecho,  
si no es qu'el alma de Anaxarte tiene,  
bolverá, de rebelde, dulce y blando.

Bien se sabía con quién hablava Felicio y, assí, más de uno bolvió a hurto a mirar la desdeñosa, que con disgustada apariencia publicava no agradarle la tierna cautela de su amante para, con igual aplicación, declarar su intento.

Llegaron a esta sazón, por una parte, Rosanio y Clórida y, por otra, Arsindo y Damón, a quien Clarisio, en nombre de todos pidió dixesse algunos versos amorosos. Y él, que poco antes avía escrito algunos tercetos, acordándose de la passada afición con ocasión de mirar con cuidado a Dinarda, por quien sentía no poca inquietud, començó assí:

### **Damón**

¿Dónde, tirano amor, dónde me llevas  
por camino desierto de esperança?  
Con vano ardid mi sufrimiento pruevas.

¿Qué bien, qué premio, qué descanso alcança  
quien fía de tu flaca fortaleza  
y pone en tu malicia confiança?

Tú me pusiste, amor, en la riqueza  
de favor, de esperança y de vitoria,  
llenos mis pensamientos de grandeza.

Mas mi gozo perdí, perdí mi gloria  
y, sin dar ocasión, mi estrella avara  
robó mi bien, dexando su memoria.

Halleme en tiempo que, si no enjugara  
parte de la umedad la llama fiera,  
en lágrimas mis miembros desatara,

y que, si no templara y guareciera  
con mi llanto la llama poderosa,  
en humo el cuerpo dévil se bolviera.

Halleme en tiempo que la luz hermosa  
de dos puras estrellas atraía  
mi alma, como lumbre a mariposa,

y a no ver que su llama carecía  
de piedad, de blandura y de consuelo,  
en perpetuas cadenas me tenía.

Favorable jamás no vi mi cielo,  
no vista en él süave, sino airada;  
ardiente no, mas coraçón de yelo.

¡Ay, libertad perdida y no ganada!  
Más noble estado y mayor gloria, ¡ay, triste!,  
juzgué con todo la prisión passada.

¡O domador de Libia, que venciste  
con fuerte pecho y poderosa mano  
las fieras y los monstruos que seguiste!

¡O tú, qu'a falta del valiente anciano,  
qu'a tu inmenso valor ruegos embía,  
sustentaste el palacio soberano!

El sitio de las luces de la fría  
que con rostro de plata resplandece  
y del hermoso rey que forma el día,

fortaleza que tanto prevalece,  
razón no es que más sustente el cielo,  
sustentada del mismo ser merece.

Mas amor, cuya llama y cuyo buelo  
veloz fue siempre y siempre vencedora,  
quiso umillar a Alcides en el suelo.

Ya el alma noble suspirando llora,  
el bravo, el invencible, desmayado  
se postra ya a los pies de quien adora.

De su valor y fama ya olvidado,  
no trata invictas armas, sino amores;  
su gloria nace ya de tal cuidado.

No qual antes los braços guerreadores  
están con fuertes armas relumbrando,  
no ministros de muertes y temores.

Ya preciosas manillas van cercando  
los puños del amante vergonçoso,  
anillos van sus dedos ocupando.

No cubre el rostro inculto y espantoso  
testa feroz d'agudo diente armada,  
despojo del vencido generoso.

Ya la cabeça invicta está adornada  
de çarcillos, de perlas, de bolante  
que compuso ministra delicada.

Mas no con esto Onfale está triunfante,  
mayor hazaña intenta el pecho osado,  
umillar quiere más al arrogante.

Ya rueca pone en su siniestro lado  
armas indignas de valor y alteza,  
ya con la diestra tiene el huso alçado.

El pulgar mueve ya con ligereza;  
él hila, en fin, con risa ella diziendo:  
"Alcides, ¿dónde está tu fortaleza?"

Vfana queda la querida viendo  
qu'el fuerte capitán por su servicio  
su honrra y opinión está perdiendo.

Las hembras de los hombres sacrificio  
hazen assí ni sienten nuestro daño,  
eligiendo rigor por ejercicio.

Nosotros, ciegos con süave engaño  
nacido de caricias, nos vencemos,

con máscara cubriendo el desengaño,  
hasta dar en vilísimos extremos.

Publicaron los tercetos no averse hallado Damón a lo que Olimpio y Clarisio refirieron en alabança de las mugeres, pues allí parece condenava se dexassen los varones rendir del todo del femenino poder, proponiendo con la fábula de Alcides los inconvenientes que resultaban de tan sobrada sujeción. Las pastoras dieron muestra, no obstante quedasse aumentada su gloria, de no hallarse agradas de semejante discurso. Assí Damón, por entonces, se podía prometer poco del favor de qualquiera dellas.

Mas Rosanio y Clórida, que sólo tenían en el corazón combatir la dureza de Dinarda, procuraron rendirla con sus mismas armas. Introduziendo diestramente puntos de Amor y valiéndose de antiguas fábulas, encarecían el rigor de su flecha que aun a los mismos dioses no avía perdonado, pues todos se avían visto sujetos a su dominio y, en particular, Iúpiter, a quien tantas veces dexó vencido en virtud de varias bellezas. Querían inferir desto que, si hasta Iúpiter, llamado por la gentilidad supremo dios, avía sido amante, devía la pastora, imitando su exemplo, abraçar amor humano, siendo el verdadero en nada contrario al divino, y poner el suyo en quien por partes y calidad la mereciese. Traía, pues, Rosanio a la memoria los amores de Iúpiter y las cosas en que por su causa se transformó, como en águila por Arterie, hija de Titán y Latona, en cisne por Leda, en sátiro por Antíopa, en Amfitrión por Alcúmena, en fuego por Egina, en pastor por Mnemósine, en serpiente por Proserpina, en oro por Dánae, y, en fin, paró en la de Europa, que contó assí:

-Esmaltava Céfiro los campos de Fenicia, que ya por agradar al cielo se avían revestido de verdes libreas. Mirávanse las laderas ricas de alegres adornos, los bosques ya llenos de inquietas ojas y los prados que confinaban con la marina cubiertos de floridos despojos, cuya variedad y olor deleitaban grandemente los sentidos de vista y olfato. Salió, pues, quando el aurora, Europa, hija de Agénor, dotada de singular hermosura, a la ribera por divertirse y holgarse como solía. Y mientras iba cogiendo diversas flores (aviendo Mercurio, por mandado de Iúpiter, guiado a aquella parte el ganado del rey, su padre), la enamorada deidad, pospuesta la magestad de su ser y la gravedad de su officio, se convirtió en toro más blanco que la nieve, poniéndose delante de su querida; la qual, visto tan hermoso bezorro y que parecía, en vez de bravo, manso y apazible, aunque luego luego temiesse llegarse a él, cobrando después ánimo por la mansedumbre que descubría, le alagó, le dio yerva y con su mano le enramó de flores los cuernos y, finalmente, osó sentarse en su lomo, estando echado cerca del agua. Iúpiter, consiguiendo el fin de su pretensión y engaño, se fue deslizando hacia el mar y, arrojándose de golpe en su piélago, rompía nadando las ondas, contento con el adquirido tesoro, por quien antes se hallava colmado de afán y contrastado de ardiente desseo. La donzella, visto su peligro y la malicia agena, medrosa, con triste y cuidadoso corazón, comenzó a mirar la tierra asida de la armaçón del robador atrevido; mas perdiéndola ya de vista, teñido el rostro de color amarillo, dio lugar a que nublados de llanto turbassen su semblante. Lamentábase tiernamente hiriendo con suspiros los aires: «¿Assí, ¡ay de mí! dezía, usurpada al patrio reino, entre tempestades y en grutas horrendas dexará sus huesos infelices la infelicíssima reina de los fenicios? ¿Assí carecerá de los regalos de su palacio, de la pronta solicitud de

sus siervos, de la conversación de sus amigas, de la compañía de sus parientes? ¿Assí en edad que es tan tierna y en tan alta fortuna devo morir, sin hallar quien me oya, quien me defienda y se apiade de mí? ¿Cómo, ¡ay, triste!, me podrá venir socorro? ¡O padre, padre amado!, ¿cómo no me acudes con remedio? Padre de única hija, ¿qué adversa deidad nos quitó en la última despedida los postreros abraços?» No pudo sufrir el amante tan lastimosas quejas y assí, buelto el rostro al de la querellosa, le començó a dezir: «Interrompe, mi bien, tantos lamentos. Iúpiter soy, que transformé mi semblante en el deste irracional por cesar el grave tormento que me nació de mirar tu belleza. No sientas verte robar en semejante ocasión, pues te hallas amada del emperador de los dioses y de quien a de aventajar tu suerte y realçar tu estado.» Apenas en esta forma consolava su noble dolor, quando se vio bolar en torno bellissimo ejército de amores que, bañando por momentos las alas en el mar, con infinito gozo se le postravan. De modo que, convertida en alegría su tristeza, con assechanzas tan dulces fue trasladada a la isla de Creta, donde, gozando Iúpiter de su hermosura, uvo en ella tres hijos, haziéndola dichosa en este mundo, pues pudo con su fama dar nombre a la quarta parte dél.

Mostró Dinarda no entender a lo que se endereçava la fábula referida; antes, el tiempo que Rosanio gastó en contarla ocupó ella en hablar con Tarsia, su amiga, preguntándose la una a la otra diversas cosas. Desta suerte se entretuvieron los pastores hasta que, declinando, el sol auisó era hora de retirarse. Hiziéronlo assí, dividiéndose en varias tropas. Sólo Felicio, por desfogar su pena, escogió la soledad echando por un sendero que guiava al bosque más vezino y aliviando su pesadumbre con el canto destas endechas:

### **Felicio**

Injusta enemiga  
con intento injusto  
sólo por su gusto  
a penar me obliga.

Ya de mí se alexa,  
ya mi muerte trata,  
ya, mientras me mata,  
quejar no me dexa.

En mis esperanças  
veo siempre engaños,  
engaños con daños,  
daños sin mudanças.

Furiosos pretenden  
ser mis pensamientos,  
vientos y más vientos  
que mi fuego encienden.

Mi ansia secreta  
publica que muero,  
pues quien es luzero  
para mí es cometa.

Si viesse, ¡ay!, si viesse,  
¡ay!, si viesse un día  
la tristeza mía  
que mía no fuesse.

Apazible rama  
fruto amargo cría,  
brota nieve fría  
encendida llama.

Jamás se consuela  
el dolor que paso,  
pues mientras me abraso  
mi dueño se yela.

De mí lo más cierto  
son ciertos engaños;  
soy vivo a los daños,  
a los bienes muerto.

Mi alma, sedienta  
por lo que no alcanza,  
dexa la bonança,  
busca la tormenta.

Con rigor extraño  
a tal punto vengo,  
que por gloria tengo  
mi prolijo daño.

Doy, un Etna hecho,  
llamas por despojos,  
sale por los ojos  
el ardor del pecho.

De tan triste vida  
mi muerte s'arguye;  
sigo quien me huye,  
amo quien me olvida.

Lo que más desseo  
falta cada día;  
lo que no querría  
es lo más que veo.

Entre sombra oscura  
veo gustos muertos;  
con ojos abiertos  
no veo ventura.

Por causa tan dina  
más pena apetezco,  
mi bien aborrezco,  
quiero mi ruina.

Ya de mi esperança  
burla mi fortuna,  
en cosa ninguna  
tengo confiança.

Por ojos agenos  
se miran los míos,  
de gusto vazíos,  
de lágrimas llenos.

Del morir la pena  
dé fin a mi suerte,  
pues sólo la muerte  
tormentos enfrena.

¡O alma, resiste  
a tantas verdades,  
qu'en dificultades  
la gloria consiste!

Interrumpió, con descubrir a Arsindo, Felicio su lastimoso discurso. Viole sentado en una ladera, cuyos pies besava un arroyuelo. Estava también alentando sus tristezas, y escuchándole Felicio de parte oculta oyó dezía:

### **Arsindo**

Dime, Silvia crüel, tú que naciste  
para llama d'amor, di tú, que hecho  
en tantas almas tanto estrago dexas,  
¿por qué la tuya de rigor se viste?,  
¿por qué despojas de piedad tu pecho

y del umano ser tanto te alexas?  
A Anaxarte no olvides y a mis quejas  
no niegues una vez cortés semblante,  
que me va desmayando tu aspereza.  
Ya muero de tristeza.  
Duélete, bella amada, de tu amante,  
que fuera bien librado y venturoso  
si muriera en el paso peligroso  
al punto de su tierno nacimiento,  
pues que sólo nació para tormento.

Estaban en silencio los mortales  
al tiempo que temblando las estrellas  
mostraban su belleza en campo oscuro;  
y yo, triste, oprimido de mis males,  
los aires inflamava con querellas  
y con el llanto en que mi vida apuro  
humedecía el lecho. ¡O trance duro!  
¡O suspiros d'amor, tristes despojos!  
¡O mal agradecido sentimiento!  
¿Quién oye mi tormento  
que no resuelva en lágrimas sus ojos?  
Mas fáltame valor, falta ventura  
y sobra gracia en ti, sobra hermosura,  
y quien pone tan alto su desseo  
muera del mal de que morir me veo.

Ya la Parca crüel s'apercebía  
para la despedida travajosa  
la división del cuerpo declarando,  
mas luego que te vi, ¡o Silvia mía!,  
huyó de mí la muerte temerosa,  
y mis fuerças se fueron restaurando.  
Con tu presencia ilustre fue bolando  
la noche tenebrosa al hondo abismo  
y los rayos hermosos que salieron  
mis ojos encendieron,  
ardiendo con embidia de mí mismo.  
Vengan tormentos, pues, vengan enojos,  
más merece el deleite de mis ojos,  
y donde el padecer se da por gloria,  
quien más padece alcança más vitoria.

Con los ojos del alma te mirava,  
que casi con los otros no te vía,  
tal era el resplandor, y en varia guerra

el desseo arrastrando me llevaba  
y el covarde temor me detenía,  
como indigno del bien qu'en ti se encierra.  
Y como ya no sabe en lo que yerra,  
mi corazón, d'inmenso mal Atlante,  
movido con especie de locura,  
contempló tu hermosura  
y corrió con furor, mas, al instante,  
castigaste, ¡o mi luz!, su atrevimiento,  
pues desapareciste como viento,  
y llorando otra vez su exquiva suerte  
a su noche bolvió, bolvió a su muerte

Canción, exemplo quede  
al mundo de mi pena y mi osadía,  
qu'a nadie se concede más ventura  
que poder contemplar tal hermosura,  
y el triste que pretende posseella  
merece, como yo, luego perdella.

Desta suerte Arsindo formava queixas de amor, lastimado también de que le desechasen por ser necessitado ganadero. Prosiguió, pues, sin entender le oía nadie, en esta forma:

-Por extremo es pequeña la aveja y, con todo, quando pica con sus breves armas haze herida molesta. ¡O Amor!, ¿ay cosa tan pequeña ni tan breve como tú? Tú entras y te escondes en todo breve espacio, ya en la sombra escasa de unas pestañas, ya entre las sutiles hebras de un cabello, ya entre los oyuelos de una risa, haziendo, como al descuido, incurables heridas. ¡Ay de mí, triste, que es todo mi corazón llaga mortal! Mil dardos puso Amor en los airados ojos de Silvia. ¡Amor cruel! ¡Silvia ingrata y más rigurosa que las selvas! ¡O cómo te conviene tal nombre! Bien lo miró quien te le puso. La selva, dentro de su verdura, esconde al oso, al tigre y a la sierpe; y tú en el pecho encubres impiedad, soberbia y aborrecimiento, fieras mayores que las otras, supuesto suelen aplacarse aquéllas y éstas no se aplacan por dádivas ni ruegos. Tú, la vez que te presento flores nuevas, las desechas esquiva, viendo, por ventura, en tu rostro más hermosas flores; quando te traigo las mançanas más frescas, tú las rehúsas desdeñosa, acaso porque las ves más bellas en tu pecho; desprecias soberbia los panales que te offrezco, sin duda por ser la miel de tus labios más dulce. Mas si mi pobreza no puede darte cosa que no aya en ti más sabrosa y bella, a mí mismo te doy. ¿Por qué, desnuda de piedad, aborreces la dádiva? Quiçá no merezco ser despreciado del todo. Mireme el otro día en la laguna, quando no alterava sus ondas el viento, y reconocí partes en mí por ventura no dignas de tu rigor: este rostro de color moreno, estas espaldas anchas, estos braços robustos, el belloso pecho, los nerbosos muslos y, en fin, todo el resto de mi fuerte travazón son indicios de mi esfuerço. ¿Qué pensarías tú hazer de tiernos moços, apenas florecido el bozo en sus mexillas, de aquéllos que componen su cabello con cuidado y artificio? Hembras son éstos en semblantes y fuerças. Dile a alguno que te siga por los montes y que por ti combata con el valiente iavalí o que luche con el oso. Yo sé que no soy tan

malo, ni tú me dexas por la forma que tengo, sino sólo porque soy pobre. En fin, las caserías siguen el ejemplo de las ciudades. Sin duda, es éste el Siglo de Oro, pues sólo vence el oro y sólo quien reina es él. ¡O tú, quienquiera que fuiste el inventor primero de vender el amor! Maldita sea tu enterrada ceniza y tus fríos huesos, ni se halle jamás quien passando por ellos les diga: «Ayáys descanso.» Antes los mueva el viento y los moje la lluvia y todo ganado los huelle con inmundo pie. Tú primero envileciste la nobleza de amor y convertiste en acíbar su dulçura, haziéndole vendible, mecánico y siervo del oro, a cuya causa se a hecho el monstruo más vil y el más abominable que produce y engendra la tierra y el mar. ¡O Naturaleza, maestra negligente!, ¿por qué pusiste a las mugeres en el rostro y en lo aparente quanto tienen de bueno, de hermosura, de agrado y de cortesía, y te olvidaste de los más importantes requisitos? Mas ¿por qué me queixo en vano? Cada uno usa las armas que le puso la naturaleza para que se defendiesse. Vsa los pies el ciervo, las garras el león, los colmillos el iavalí. Assí, la hermosura y gentileza son armas de la muger. ¿Por qué yo no me inclino al robo, pues tengo vigor para él? ¿Por qué con violencia no me apodero de lo que sin razón me niega esta enemiga? Jamás se alcanza lo que se pretende siendo amante comedido. A otra cosa es menester atender: quien quisiere aprender a amar dexe respetos, ose y pida, solicite, importune y, si esto no bastare, tome lo que pudiere. Ya se sabe la condición y estilo de la muger: huye y quiere que huyendo la alcancen; niega y quiere ser asida negando; riñe y quiere que riñendo la vençan.

Esto escuchava Felicio sin que Arsindo le viesse por ocultarle ciertas matas y, no pudiendo sufrir más sus demasías que, aunque dichas a solas, le escandalizavan, saliendo de lo escondido, después de averle saludado cortésmente, dixo:

-Gran tesoro poseen los que son escasos en su hablar y adquieren mayor bien quando, discurriendo, observan advertida modestia de palabras. Digo, Arsindo, esto por las muchas de mal sonido que hasta aquí formaste, dando a tu lengua rienda larga contra el decoro que se deve a la causa que la movía. Vives engañado. Jamás se obligó muger con descompostura, casi todas aborrecen temerarios intentos, con ellas puede mucho la umildad, desechan a los confiados y estiman en poco a los que presumen mucho de sí. Indigno medio aplicas a tu tormento. Enfrena el apetito y no se mire en ti ahogada la razón. Entiende no ser esto dar el sano consejo al enfermo, pues sabes lo estoy tanto como tú, aunque con más sufrimiento. Grande es el número de amantes desdichados y son infinitos los que se hallan, como tú, o no vistos, o no estimados.

-Confieso -respondió Arsindo- estar vencido, mas considera ser el pecho baso limitado para encerrar tan dilatado tormento como es el mío. Rendime a su larga porfía y pretendí aliviar mi ansia con semejante hablar. Ya veo es mal recibido entre nuestra pastoril sinceridad no ajustar la templança de las palabras con la honestidad de los desseos; mas, al fin, somos hombres y casi todos estamos sujetos a infinitas imperfecciones. Es cierto que aun los más sabios no siempre hablan, distinguen y juzgan perfetamente, por ser fuerça que a menudo el entendimiento umano dé muestras de su fragilidad. Puedes creer de mí obra el coraçón diferente de lo que suenan los acentos y que me precio antes de amante cortés que de atrevido.

-No podía -dixo Felicio- persuadirme otra cosa de la nobleza de tu proceder. Perdona si te lastimé con lo apuntado, quedando cierto corres parexas conmigo en dessearte todo bien y quietud. Mas, dexando esto aparte, ¿oyes la voz lastimosa que suena en aquel monte cercano? ¿Acaso conocerás por su metal al dueño que la forma? Grande es la tristeza que publica. Vamos, por tu vida, a reconocelle y a consolalle, que me parece lo a menester.

Diziendo esto, se acercaron los dos y con pasos quietos, puestos detrás de un aya, vieron, sin ser vistos, era Danteo el que se lamentava en esta forma:

-Bellísima Rosela, que casi antes que te vieses el mundo renacistes en el cielo, donde gozas de verdadera vida. ¡Ay de mí, cuán igualmente lloro tu partida y mi tardanza! ¡O alma dichosa!, que descendiendo de las alturas, adornada de todas virtudes, te bolviste a ellas enriquecida de más realçados dotes. Parece sin ti el mundo como florido iardín a quien el invierno dexó enblanquecido y abrasado. Quán memorable fue aquel día en que desapareció el sol de tus ojos, día primero para ti de inmenso deleite y último para mí de consuelo, pues me dexaste en él rendido a profundísimo dolor y llanto. Yo lloro y Amor se quexa, rompiendo con suma pena el arco, por parecerle carece ya de quien doblava sus trofeos y triunfos. No me aprovecha, ¡ay, triste!, reconocer quán cierto y forçoso sea a todos pagar la deuda común a la naturaleza, no me consuela alcançar recibe qualquier umano la vida debaxo de condición de morir, ni me basta entender ser al bueno ningún mal la muerte, pues jamás tiene por felicidad el vivir, antes juzga por libertad el quedar desatado, para que la parte que tiene de immortal vaya a su propio asiento y al lugar purísimo donde no puede aver miseria. Mientras las almas están en los cuerpos que participan de todos sus males, entonces verdaderamente mueren, porque es durísima servidumbre a cosa divina el peso de lo mortal. Mas ¿de qué me sirve esto? ¿Y de qué saber te entretienes gozosa en los Elisios Campos, si me consume la soledad en que me dexaste huérfano de tu vista y falto de tus acentos? Vence el sentido a la razón, considerando fuiste como sol recién nacido a quien, al assomar por oriente, rodeó embidiosa nube. Apenas comenzava a serme por tu causa cara la vida y apenas a hermostearse el mundo con tu resplandor, quando tristísimo ocaso se opuso a tan alegre aurora.

Tras esto, con voz más lastimosa, prosiguió diziendo:

Quando cerró los ojos  
aquella que alegrava su horizonte,  
produxo el prado abrojos,  
brotó llamas la fuente, tembló el monte,  
mostró tristeza el suelo  
y sus luzes cubrió llorando el cielo.

Los apazibles cantos  
d'alegres ruseñores no se oyeron,  
sólo fléviles llantos  
endechadoras aves repitieron,

y el aire enrronquecido  
dio vivas muestras de dolor crecido.

Indómitos novillos  
bramidos por los aires esparcieron,  
y simples corderillos  
a sus quejas balando respondieron,  
y con acentos píos,  
murmurando, las fuentes y los ríos.

Alma cándida y pura,  
qu'en tiernos años con ligeras alas  
de tu prisión oscura  
veloz subiste a las celestes salas,  
donde con plantas bellas  
pisando vas el esquadrón de estrellas,

acude a mi consuelo  
y desd'el rico asiento de diamante  
que tienes en el cielo  
buelve a mirar mi pálido semblante,  
y siente mi tormento,  
si en la gloria cupiere sentimiento.

Las gracias, los amores  
con inmenso dolor muestran sus daños;  
las plantas y las flores  
visten matizes no, mas negros paños  
por ti que, [siendo] Flora,  
cobraste ser de celestial Aurora.

Estos tristes acentos  
en tus obsequias doy en vez de rosas;  
suspiros y lamentos  
de olores servirán donde reposas,  
y oy, pues tanto padece,  
por tu sepulcro el corazón se ofrece.

No pudiendo Arsindo y Felicio sufrir más las quejas lastimosas de Danteo, salieron de lo oculto y procuraron aliviar su pena con las razones más fuertes que pudieron hallar. Bolvió en sí el pastor, como dando muestras de querer admitir consuelo, desseando con esta cautela librarse de la compañía de los dos, pesada para él por el estorvo que causava a su triste contemplación. Assí, después de aver estado juntos algún rato, se despidió Danteo de los dos echando por diferente camino. Quedaron hablando dél Arsindo y Felicio, admirados de ver por su grave sentimiento cómo en vida de Rosela yelo tan aparente ocultasse tan ardiente incendio. Passaron luego a tratar de qué manera el ánimo,

que en todo tiempo se hallava dispuesto para ser combatido con casos aviesos, devía, para resistir, armarse de templança y valor, sin desmayar ni mostrar flaqueza.

-Si el cielo -dezía Arsindo- se escurece con sombras y nublados, no mucho después se aclara y serena, ni porque falte lo que llaman ventura ha de durar siempre la pena. Conviene mostrarse de pecho animoso en las mayores dificultades, assí como en las prosperidades es cordura recoger con buen tiento la vela que va hinchada con el viento del favor, aun quando soplaré más derecho. No sé si los extremos de Danteo, aunque nacidos de bastante ocasión por ser el amor extremo de violencia, se fundan en prudencia y razón. Llorar devemos por las miserias y calamidades de los vivos, no por la felicidad y ausencia de los que pisan los serenos campos de los cielos. Cortíssima, sin duda alguna, es nuestra vida y casi podrían quejarse los hombres por la demasiada sinrazón de su naturaleza, pues son engendrados para tan corta parte de tiempo. ¡Cuán ligeramente se apresuran los espacios de edad que les permite el sumo Rey, y es de suerte que casi a los más desampara la vida en medio de las prevenciones della! Nunca buelven atrás a mirar su principio ni discurren adelante a contemplar su fin; iamás examinan que lo passado no es, lo por venir no ha llegado y lo presente es tan fugitivo que no se puede dezir que sea, porque mientras se dize, dexa de ser y buela; no miran ser lo passado tan perdido que no lo podemos cobrar, lo por venir tan incierto que no lo podemos esperar y lo presente tan presto que no lo podemos detener. Son, según esto, muertos los vivos y vivos los muertos, pues aquéllos por instantes corren a su fin y éstos buscan la eternidad, que no pasa, que no se espera, mas siempre está en un ser inmutable y proprio. Yo, en la aspereza de mi estado, considero bien a menudo quán pesada carga sea la vida, no porque me pierda de ánimo en sus naufragios, sino por ponérseme delante la flaqueza de mi ser, que es desatinado el olvido de nuestra mortalidad. El gramático regla la lengua, el lógico aparta lo verdadero de lo falso, el retórico haze oraciones a príncipes, el arismético cuenta los números, el geómetra se rebuelve por la anchura de la tierra, el músico templea el son con las voces, el astrólogo contempla las estrellas, el filósofo inquiere las causas naturales, y ninguno trata la importante ciencia del vivir, para que no uviesse descuido en distribuir acertadamente el breve tesoro de que gozamos. Raras vezes se aparta de mí este pensamiento y, retirándome a mí mismo, contrasto mejor el poder de mi contraria suerte, naciendo en mí un noble desprecio de averes umanos. Y si te agrada, oye un soneto que casi a este propósito compuse avrá quatro días.

A que, respondiendo Felicio gustaría grandemente de oírle, dixo:

### **Arsindo**

A la fortuna adversa, el más valiente  
se postra umilde si en su mal porfía,  
qu'el saber, el valor y la osadía  
la reina de los hombres no consiente.

Mas osado resisto, aunque inclemente,  
sólo un punto de mí no se desvía,

o vaya donde Fevo forma el día,  
o donde baña el carro en ocidente.

¿Qué más? El no buscar caduca gloria,  
el no estimar el cetro y la riqueza  
y el ver con ojos de desprecio llenos

me dan de su combate la vitoria.  
Assí la rindo y con tener certeza  
de qu'en el mundo, en fin, lo más es menos.

Llegó la noche y, poniendo silencio a su plática, les obligó a que buscassen en sus caserías el sustento y descanso que pedían los cuerpos.

Yvase ya esparciendo voz de que el caso de Menandro tenía cerca el venturoso fin que desseavan todos. Estas nuevas tan apazibles llevaron a visitarle los pastores y zagalas de aquel contorno, desseosos de certificarse de lo que se publicava. Iuntos, pues, en el jardín de la casa de su prisión una tarde entendieron del mismo Menandro quán cercano estava el digno premio de su largo padecer, mostrándose el cortés mayoral extremadamente agradecido al particular amor que le tenían los moradores de aquella comarca, ofreciendo de su parte acudir siempre a sus cosas con igual cuidado y afición. Finalmente, después de recrearse por los quadros del huerto, favoreciéndose los amantes unos a otros con darse diversas yervas y flores, cuyos colores significavan sus pensamientos, fueron todos a ocupar los assientos de mármol que ceñían la fuente, donde, parando en las materias de amor que de contino tratavan, algunas de las pastoras enamoradas no sufrían de buena gana ser vencidas del amor y firmeza de sus amartelados; antes, con agradables porfías, procuravan serles superiores en todo. Alegava Partenio sentir los hombres la ausencia mucho más que las mugeres, haziéndole hablar la experiencia de lo que en Arcadia avía sufrido ausente de su Antandra, y /198/ para sello de todo traía a la memoria una carta que Menandro avía escrito a su bella Amarilis, donde publicava el tormento que padecía ausente. Eran ambos vivos dechados de sentimientos amorosos y leyes animadas del mismo amor, por quien se governavan los demás, comprobando sus opiniones con tales exemplos. Pidió, pues, Clarisio, de parecer de todos, refiriesse Partenio la carta de que avía hecho mención, y dixo assí:

### **Menandro a Amarilis**

Amor, qu'en manos de tan larga ausencia  
tienes puesto mi fin, para quexarme  
presta aliento a mi voz, presta licencia.

Liberal lo que pido puedes darme  
en pago de los siglos sustentados  
en callar, en sufrir y en acabarme.

Bella Amarilis, de vivir cansados  
mis ojos aborrecen luz y día  
por estar de los tuyos apartados.

Con tal exemplo ya la lengua fría  
llena de turbación siente la muerte,  
ausente la ocasión que la movía.

Los ojos tienen gloria en sólo verte,  
la lengua tiene vida con hablarte  
y el corazón en ambos se convierte.

Mas, si faltan los dos, no será parte  
quanto favor recivo a darme vida,  
como no la fomite el contemplarte.

Toda violencia assí queda vencida,  
pues, si buscar pretendo mi tesoro,  
no avrá quien dél un punto me divida.

Porqu'al punto que Fevo, en quien t'adoro,  
nos ofrece su tierno nacimiento  
con su templada lumbre y rayos de oro,

allí me das rocío y das aliento  
y, dexando mis ansias socorridas,  
ufana corres en dorado assiento.

Tus mexillas purpúreas, qu'atrevidas  
desprecian de la rosa la fineza,  
de cándido matiz miro vestidas.

Contemplo tu hermosura en la belleza  
del cielo y, al instante, por mis ojos  
entra el contento y sale la tristeza.

Tu semblante destierra mis enojos,  
y a tu sacra deidad, ¡o sol luziente!,  
sus fuerças rinde el alma por despojos.

En la corona del planeta ardiente  
hallo el cabello crespo y oloroso,  
en qu'abrasar el corazón se siente.

Entre celajes de oro generoso  
tus ojos reberveran, con qu'aumenta  
su puro resplandor el sol hermoso.

La luz del día a ti me representa  
y tú me representas luz del día  
y, sin ti, día y luz recibe afrenta.

Y lo qu'es más: quando la noche fría,  
conduzida de ruedas estrelladas,  
con el licor del sueño nos rocía,

puesta en medio de formas concertadas,  
la esposa de Vulcano resplandece  
con temblores y llamas argentadas;

hazia la parte occidental parece  
y el brillante luzero te traslada  
con el real semblante que me offrece.

Allí Venus da muestras que l'agrada  
estés en mí templando el dulce fuego,  
como la vid en álamo enlazada.

Allí contemplo, allí, tras blando ruego,  
el airoso ademán, risa y dulçura,  
allí contemplo el amoroso juego.

¡O suerte infausta! ¡O remembrança dura!,  
cessen otras riquezas escondidas,  
qu'embidian los sentidos tal ventura.

¡Ay triste!, las centellas encendidas  
que de tus ojos entran en los míos  
renuevan en el alma las heridas.

Tu cuello ciño con ardientes bríos  
y, al punto, en tanto fuego siento elarme,  
convirtiendo mis ojos en dos ríos.

Mas el sueño cortés quiere llevarme  
al más subido bien y, discurriendo,  
con dulce modo intenta acariciarme.

Assí me llega a ti y assí, offreciendo  
al desseo su fin, me hallo junto  
a tu luz, ya velando, ya durmiendo.

Assí no estás ausente de mí un punto,  
assí de bien me dexa enriquecido  
la misma essencia tuya y no el trasunto.

Mas, apartado, aún estaré sufrido  
en medio de tormentos y rigores,  
hasta ver tu semblante esclarecido.

Y si muerte no impide estos favores,  
embidiosa de ver tanta privança,  
Amor publicará por vencedores  
tu nombre, su firmeza y mi esperança.

-No se niegue -dixo Antandra- ser Menandro el vassallo de Amor que más ha sabido sentir y el que más ha professado igualar la pureza de su afición con la sinceridad de sus palabras. Mas ¿dónde se hallará otro destas calidades? Son los amantes deste tiempo diferentes del passado. Abundan de dobleces, cautelas y malicias; aléxanse muchas vezes sus intentos del fin loable de la honestidad; son varios en sus amores y, aunque por sus intereses demasiado solícitos, son poco solos y secretos; sus palabras inadvertidas los hazen indignos de los favores que podrían recibir y, como el mundo carece de Leandros, es fuerça produzga Anaxartes. No son ingratas las discretas, antes, quando descubren calor en las voluntades de sus amantes, encienden las suyas con ventajas conocidas, correspondiendo con mayores veras. Sirva de exemplo, para que del todo quedéis convencidos, la gallar- /203/ da Amarilis, pues Partenio ha propuesto el de Menandro. ¿Viose jamás tan calificado amor y firmeza como el desta discretíssima zagala? Al paso que crece su pena, dobla su afición, hallándose siempre constante en un propósito. Embiole, poco a, un corazón traspasado de flechas de ausencia y amor, amarrado con áncoras de firmeza, travado con dulces cadenas de sujeción y, en medio, la cifra del nombre amado con esta letra:

No tengo más que te dar,  
pues el alma y éste es tuyo.

»Lastimávale una saeta de recelos que venía a parar en un mundo de confianças, apuntando muy lexos dél las dos de mudança y olvido.

No pudieron negar los pastores merecer el nombre femenil el primer lugar en el consistorio de amor, quedando ufanas las zagalas con igual vencimiento. Y mientras en contiendas tan suaves passavan el resto del día, dio Menandro a entender tenía que hablar aparte con Clarisio. Por tanto, dexando sus assientos, començaron a pasearse por el jardín, y comunicando el discreto mayoral con el prudente anciano su importante negocio, mostrava sentir con extremo su dilación. Quexávase de quien era causa, ponía

delante las sinrazones recibidas, agravava la malicia de sus autores y, pidiendo parecer, tratava de su remedio. Escuchávalo todo Clarisio con piadosas entrañas y, como tan versado en la Corte, donde se ventilava aquel punto, alcançava en qué consistía la tardança de su determinación; acometía a dezir los resabios del cortesano proceder, mas luego, como arrepintiéndose, enfrenava su lengua y casi enmudecía. Notava Menandro estos accidentes y, desseoso de saber lo que encubría, pidió al fin encarecidamente le manifestase los archivos de sus pensamientos, refiriendo lo que le avía sucedido el tiempo que avía navegado por el profundo piélago de la Corte. Tuviera poco della quien negara a la misma cortesía demanda tan justa. Assí, cumpliendo con ella, dixo:

-Sabrás que en mis años juveniles, después de aver professado varias letras, ambicioso de honrrosa opinión, seguí el exercicio de la guerra, donde el obstinado flamenco resiste tanto tiempo al esfuerço español. Mostré allí en ocasiones de peligro poseer calificada sangre. Al cabo de aver militado algunos años, acudí donde reside nuestro monarca por el premio que pretendía merecer. Hablele, remitiome a ministros, solicítelos en vano muchas vezes, bolviéndome al improviso de libre combatiente umilde adorador de terrena deidad. Faltaron a un tiempo sus palabras y mi possible, de suerte que para continuar lo començado traté de introduzirme en la casa de uno que por grandeza se cubría delante de su rey, sin duda para en servir la cerbiz más hidalga, quando falta quien la valga del todo. Ajustando, pues, mi vida con mi desventura, no evité fatiga, en todo me ocupé y, perdiendo tiempo, era menos quanto más obligava, y, aunque mudé pensamiento, costumbre y color de pelo, no mudé fortuna. En fin, entendí mi desvarío y, suspirando por la passada libertad, tras tanto padecer, dexando la Corte y su grandeza llena de miseria, me retiré al amparo desta quietud, donde, passando de la fatiga al reposo, de la barahúnda al silencio, de la tormenta a la bonança, del negocio al ocio y de la muerte a la vida, conocí ser aquella sobervia máquina basilisco de hermoso color, de olor suave y de admirable despojo, mas quien le mira muere al instante. Vna joya falsa y dorada que parece buena sin tener valor, vna caña de fuera verde y dentro vazía, vna fuente de Narciso que haze enamorar de la sombra, vna candela que combida con su luz al niño y después le quema la mano, vn veneno que dulcemente penetra y acaba, vn polvo que ciega, vn humo que tizna, vn laberinto de innumerables rodeos y fieros monstruos de donde, si una vez se entra, es maravilla salir, vn mar con más peligros, más vientos, más ondas, más Scilas, más Caribdis, más vaxíos, más estrechos, más rémoras, más torpedines, más sirenas, más tempestades y más cosarios que el mismo océano, vn pescador que cubre el anzuelo con poco cebo, vn caçador que pone la red junto al grano, vna rueda que continuamente se mueve, desvaneciendo a los que la miran, vn cirujano que alaga primero y después pica y saca la sangre, vna hiena que llama con voz umana y después despedaçá inhumanamente, vna sirena que con el canto adormece los navegantes, vna Circe, que con palabras transforma en fieras los hombres, vna Medusa, que con el semblante los buelve en piedras, vn baso de las hijas de Dánao, que contino le echan agua y nunca se llena vna piedra de Sísifo, de quien se tiene esperança y nunca firmeza. Descubrí ser en aquel sitio todo bien de nieve, que al primer rayo de sol se deshaze, toda alegría triste, todo amor adúltero, toda recreación melancolía, toda dignidad indigna, toda felicidad mísera, toda fortaleza flaca, toda gracia dañosa, toda gloria vana, toda honrra umilde, toda libertad cautiva, toda nobleza baxa, todo plazer mentiroso, toda hermosura fea, toda prudencia incauta, toda paz discordia, toda risa llanto, toda riqueza pobre, toda

ciencia loca, toda esperanza desesperada, todo resplandor sombra, todo olor corrompido, todo son ronco, toda dulçura amarga, toda elocuencia corta y toda virtud vicio. Allí están los pies con grillos, las piernas con cadenas, los braços con sogas, las manos con esposas, el cuchillo a la garganta, el lazo al cuello y la espada sobre la cabeça. Allí quien quisiere acertar a de ser retrato de un muerto, desnudo de afectos, privado de los sentidos, apartado de los parientes y encerrado en la sepultura, que dexado caer de alto abaxo no siente y traspasado con hierros no se menea, de quien el alma está apartada de la carne y la carne del alma. ¿Qué bruto tan fiero dañará a otro sin pretender algún propio interés? Ninguno, sin duda. Sólo allí se agravia sin esperar provecho, y el hombre, buelto más cruel que fiera, dexada la umana condición, toma despecho y se enbravece porque a otro le vaya bien, gustando del mal y desgracia agena. Por tanto, allí están ciegos casi todos: quién del humo de la soberbia, quién de las lágrimas de la embidia, quién del fuego de la sensualidad, quién de la torpeza de la gula, quién de las agudas puntas de la ira, quién del polvo de la avaricia y quién de la floxedad de un ocio descompuesto. No penetran que el fin de la honrra es la vanidad; de la esperanza, el engaño; del contento, el olvido; del plazer, el dolor; de los vanquetes, la enfermedad; del beber demasiado, la turbación de los sentidos; y de la vida, la muerte. Es su ídolo la nobleza, por quien casi olvidan a Dios, sin advertir ser parecida al rayo que viene de alto con resplandecientes centellas y furioso ruido; mas después se hunde en las entrañas de la tierra, quedando más escondido que las mismas piedras allí nacidas y no dexando otra cosa fuera sino polvo, humo, tizne y espanto. Assí, la nobleza comienza de un ilustre principio, mas después acaba en el común paradero de la muerte y en el ser cubierto de tierra. No reconocen allí los poderosos ser nada sus riquezas y pompas y si acaso son algo, son daños y peligros. No ven que los estados faltan, los ganados perecen y los palacios se desmoronan. No les consta ser los coches cargas de leña sostenidas en peligrosas ruedas, llevadas de corredores y viciosos cavallos; los criados, esquadras de enemigos y espías; los saraos, congregaciones vanas; la seda frágil, espuma de gusanos; el paño, escrementosa lana de ovejas; los forros y preciosas martas, baxos despojos de animales muertos; el cristal, pedaços de nieve elada; las perlas, huessecillos de ostias; las piedras, la plata y el oro, hezes de la tierra; los dineros, pedaços suyos redondos y por esso inconstantes; el coral, despreciada yerba del agua; el almizcle, escrementos de animalejos; el algalia, humor superfluo de gatos; el ámbar, corrompidas hezes de pescados; las cadenas, prisiones de locos; los anillos, estorvo de los dedos. Y, en efeto, quando sean bienes, ninguno dellos es fixo, pues aun los que llaman estables, como ciudades, castillos, torres, palacios y tierras, no les compete tal nombre, por ser muchas vezes derribados de vientos, abressados de rayos, assolados de avenidas, hundidos de terremotos, ocupados de enemigos, usurpados de tiranos y, por otras vías, aparejados a perderse. Ignoran que, al fin, se a de bolver el honor al mundo, las riquezas a la fortuna, el mayorazgo a los herederos y la grandeza a la muerte.

»Menandro, quanto se mira en tí digno de inmensos loores, allí se tiene por falta, por menos valer y casi por vicio. Tu obrar sincero, tu clara verdad, tu pura fe, tu noble trato, tu cuerda compostura, tu piedad, tu devoción y el concierto exemplar de tu vida, juzgan aquellos vanidades dignas de risa. Son allí casi todos los de más fausto, quanto al conocer el grano de la sabiduría, no castas tórtolas, no simples palomas, sino buytres y cuervos. Es la felicidad al entendimiento un cristal con que lo apartado no se divisa y las cosas

juntas parecen mayores. Míranse allí con estos antojos los dichosos, júzganse grandes y caen de desvanecidos. De aquí nace su menosprecio de lo justo y ser las leyes red de araña que sólo coge las moscas pequeñas, porque los poderosos se juzgan dignos de mandar a la misma razón. Todo su desvelo es tratar con irracionales, haziéndose sus semejantes; gózanse conalcones, con perros y cavallos, con iavalíes y ciervos, siendo contrarios de tu opinión, que tienes por cosas baxas y serviles las que pertenecen al cuerpo, comunes con los brutos, y por altas y gloriosas las del ánimo, de que participamos con los espíritus celestiales. Examinan sus vidas por sus títulos, no por sus obras. Vsan del honor y hacienda no como de cosas fugitivas, preciándose de ser el veneno de las ciudades, el alboroto de los pueblos, la inquietud de los ciudadanos y los aparejados a todo desorden. Reina en todos el desvanecimiento. Los indignos acetan injustas alabanzas y, dando muestras de recibir sumo gozo con ellas, fácilmente se dexan caer en el amor propio, quedando contentísimos de sí. Aborrecen a quien con libertad les dize lo que siente, y en esta parte es muy dificultoso el saberse regir, porque no quieren bien a quien les parece intenta reprehender con vida contraria la calidad de la suya. ¡O cuánto puede con ellos la lisonja y cuán estraño lenguaje es el suyo! Supuesto procura el adulator por diversas vías encubrir los vicios con las virtudes que menos se apartan dellos, al pródigo llama generoso y liberal; al avaro, diligente guardador; al necio, persona de buena conciencia. Y al contrario, con quien usa engaños y robos, finge maravillarse de su valor y saber, llamando discreto al que es de ánimo vil; ingenioso al melancólico; al disoluto y sensual, buen compañero y ardiente enamorado; valiente al furioso, y cauteloso, al covarde. En tal forma se suelen aver en todos los vicios que quieren loar adulando, siendo esta especie de lisonja de gravísimo daño y peligro, porque, admitiéndola el ánimo debaxo de virtud, nace della el pecar notablemente, no sólo sin sentir pesar, mas aun con placer y gloria. Ésta fue antiguamente causa de la perdición de los sicilianos, por llamar los lisonjeros de aquel tiempo justicia a la crueldad de Dionysio y de Falaris; ésta destruyó a Egipto, donde los aduladores nombraban religión y culto divino a deshonestos placeres y sacrificios abominables; ésta prevaricó del todo las buenas costumbres del pueblo romano, porque a los regalos y superfluidades de sus tiranos intitulaban humanidad y llaneza; ésta pudo hazer que Nerón, dexando la gravedad y grandeza de emperador, se adornasse de trágicos despojos y cantasse en los teatros; ésta hizo que Eliogávalo constituyesse y estimasse el torpe senado de ramerías; ésta obró que Cayo Calígula se hiziesse vanamente adorar, mas esto no cause maravilla, pues desde su niñez acostumbran los tales sólo que les den placer y no que les digan verdad, por esso gustan con extremo de ser alabados, oyendo propios loores con más aplauso que la música más concertada, y, desseando parecer excelentes en quanto hazen, admiten con veras a los que, mostrando ser sus amigos, les honrran en todo y les atribuyen todas las virtudes. Ciego del todo es quien no ve la luz del sol y más ciego quien es largo en la pérdida de tiempo, siendo cosa que solo en ella es honestísima la avaricia.

»Era mi vida cuidadosa y breve, olvidava lo passado, no conocía lo presente, assombrávame lo por venir, sin considerar cuántos años avía estado ocupado sin hazer nada, en cuyo espacio más de una vez llamé a voces la muerte, maltratado de inciertas passiones y de ver incurriesse a menudo en lo que temía. Salí al cabo de tan importuna confusión casi desnudo, imitando al que huye de la tormenta, que escapa del agua sin vestidos, o a la culebra, que el invierno se mete en las cavernas para quitarse el pellejo

antiguo y salir luziente la primavera, que se despoja quien pretende subir un gran monte o luchar con un valiente enemigo para poderlo hazer con mayor facilidad y ligereza. Troqué los naufragios, mentiras y vanidades del bullicio con los gloriosos deleites de la soledad. Las cortes tienen mil matas de abrojos con que desgarran, mil ramos de liga con que detienen; mas los campos mil suavidades con que recrean. Quánta felicidad posee el labrador que sale de casa con sus bueyes y va a gozar del rozío de la mañana, del olor de las flores y del canto de las aves. Sus diferencias consisten en cuál tiene mejor sementera, cuál lleva mejor ganado, qué tierra será para barbechar, dónde se harán sus eras. Pone su carro a punto, dale poco cuidado el calor del estío, no le fatiga mucho el frío del inuierno. Con él no tiene precio el oro, para él es vil el reino más grande, no conoce la fortuna, menosprecia la honra, no busca fama, su desvelo es vestir su ánimo de sinceridad y desnudarle de ambición, hazer que los campos den fruto y con poca estimación de sí mismo, tener en poco la elegancia en el dezir y en mucho el descuido, sosiego y libertad con que vive lexos de embidias y respetos humanos. ¡Quán sabrosa es su comida! ¡Quán dulce su bebida!, sobrándole todo y no faltándole nada, aun con grandes ventajas de honras, aviendo sido labradores varones tan señalados como (fuera de nuestros primeros padres) Abraham, Iob y Daudid, sin otros infinitos de la gentilidad que de arados salieron para consulados, bolviendo de las monarquías a los arados. Seguí, pues, el estylo del vapor terrestre, que, por dexarse levantar del sol fuera deste grosero elemento, en la primera región del aire se buelve rozío, en la segunda nieve y en la tercera rayo de luziente resplandor. Los señores de la tierra desminuyen los méritos y agravan las culpas de sus criados. Mas yo, aunque libre, imitando a quien professa sagrada clausura, traté de servir a Señor que no niega, no finge, no burla, no offende ni dexa offender, no da trabajos sino meritorios, no se muda ni dexa de pagar por ingratitud o pobreza; a quien no se acuerda de las injurias ni se olvida de los servicios; a quien no es sobervio ni engañoso, que me da a mí y yo, dándome a él, no le doy cosa mía sino suya propia; a quien pueda entrar donde estuviere sin portero, hablar sin intérprete, alcançar sin dificultoso intercessor, consiguiendo lo que desseare o lo que me conviniere. Traté de seruir a Señor que servirle es reinar, que da fuerças para servir y premia el aver servido, y no sólo las obras, mas la voluntad. Quise buscar verdaderos bienes, cuyo dueño es salud, gloria, paz y sabiduría, cuyo señorío es lo criado. Suya es la tierra y todo lo que en ella habita; su firmeza fundaron sus manos y en sus manos están sus fines. Suyo es el mar, Él lo hizo y obra de sus manos son los cielos. Propuse dedicarme a quien quiere dar y tiene qué dar y, dando, no se priva de lo que da, y da quanto y a quantos quiere, y con quien podré ser importuno en pedir. Inclíname a obedecer a Señor cuya alteza es mucho más alta que el cielo, cuyo poder es más dilatado que toda imaginación, cuya hermosura es más bella que el sol, cuyo amor es más suave que el amor propio, cuyos embaxadores son los ángeles, cuyos escuderos son los arcángeles, cuyos secretarios son los cherubines, cuyos camareros son los serafines, cuyos cortesanos son los escogidos, cuyos ministros son los príncipes de la tierra, cuyos coronistas son sibilas y profetas, cuyos artífices son la naturaleza y el arte, cuyo correo es el primer móbil, cuyo despensero es el tiempo, cuyo mayordomo es la eternidad, cuyos músicos son los planetas, cuyas criadas son la noche y el día, cuyo palacio es el empireo, cuyo estrado es el trono que describió su querido canciller, cuyo escabel son las nubes, cuyas hachas son el sol y la luna, cuyas candelas son las estrellas, cuyos tesoros son los vientos, cuyas trompetas son los terremotos, cuyos atambores son los truenos, cuyas amenazas son los cometas, cuyos pronósticos son los

eclipses, cuyo açote son las guerras, hambres y pestes, cuyas señales son los arcos celestes, cuya artillería son los rayos, cuyo templo es el mundo, cuyas cárceles son los abismos, cuyos passeos son las aguas, cuyas lonjas son los cielos y cuyo reloxo son los signos que en ellos se comprehenden.

»Descargueme, en fin, de los cuidados de Corte, dexela antes que me dexasse, comencé a burlarme della antes que ella se burlasse de mí. Noé, reliquia de la primera edad y padre de la segunda, para defenderse del esperado dilubio se apartó de los tráfgos de aquellas gentes mal entendidas y se recogió en las angosturas del arca, de quien fue huésped y artífice; Éber, por no mezclar la lengua propia, huyó de aquéllos que con espanto de las nubes levantavan contra las amenazadas estrellas la torre sobervia y caduca; Abraham, por gozar de los coloquios divinos, se salió de la patria y de los parientes; Loth y las hijas, por no ser partícipes de la pena con sus vezinos, pues no lo avían sido de la culpa, se apartaron apriesa de las cinco ciudades asquerosas, y por bolver la cabeça la muger del anciano quedó transformada en estatua; los hebreos, por desechar del cuello el yugo de sujeción y servidumbre, salieron del tenebroso Egipto a los desiertos de Arabia; Moisés, por tratar con Dios de la libertad del pueblo y alcançar las tablas de la ley que reglava la vida, se apartó de la turba en la altura del Sinaí; Elías, por defenderse de las injurias, amenazas y offensas de la maligna adversaria, dexó las gentes y se fue a los desiertos y páramos; Ezechiel gritava a los de su nación saliessen de la confusa y horrible Babilonia, muy parecida a la corte de quien tratamos. Todos los exercicios pueden ser impedidos de diversos inconvenientes: la navegación, de la tormenta; la arquitetura, de la lluvia; la paz, de la guerra; y la guerra, de la paz; mas nadie puede turbar el bien de carecer de peligrosos bienes. En el estado que escogí no temo que el sol me abraze, que el yelo me penetre, que el polvo me ciegue, que el lodo me ensuzie, que el río me ahogue, que el mar me trague, que coches me trastornen, que cavallos me arrastren ni que me cansen caminos. En él no he menester sacarme los ojos, como Demócrito, ni dessear carecer de manos, pues me bastan sólo las selvas para apartar los sentidos de los objetos, que, en fin, lo que no se ve ni se toca no se dessea. He querido con esta determinación seguir la costumbre de las aves que, por huir de las acechanças de los hombres, se levantan en alto y en las puntas de los árboles y en las cimas de los montes texen sus nidos porque no les roben sus huevos y no baxan a la tierra sino esforçadas de la necessidad. He imitado a los hombres que desocupan la plaça mientras corren el toro y con seguro consejo se suben a los tablados, mirando la fiesta desde allí con menos peligro, o a los navegantes que calafateando el navío se meten baxo de cubierta por no mirar las ondas que los rodean, o a aquéllos que aviendo hallado un tesoro se apartan de la conversación y bullicio para gozarle con ventura.

Aquí llegava Clarisio quando, oyéndose nuevo alborço en la junta de los pastores, obligó a que sin pasar adelante ambos acudiessen a ver lo que le causava. Hallaron se avían desafiado Damón y Partenio sobre quál de los dos alabava con más elegancia en un soneto el uno las partes de Menandro y el otro el entendimiento de Amarilis no más, por aver de quedar rudos los acentos más elegantes que se atrevieran a celebrar el resto de la belleza y gracia que adornan su movimiento, rostro y acciones. Hizieron los dos competidores juez a Clarisio y, pendiendo los circunstantes de sus lenguas y ojos, dieron principio desta manera:

## **Damón**

Oy, Menandro, a tu nombre estatua erige  
la Fama, a quien la edad su cetro entrega;  
oy a su frente Fevo ornato niega  
y para su laurel la tuya elige;

de tu gran valor Marte colige  
qu'a ser el suyo igual casi no llega;  
oy nadie como tú la espada juega,  
oy nadie como tú la rienda rige.

Oy vences de la embidia la ponçoña,  
oy a porfía Venus y Diana  
te nombran diestro caçador y amante.

Oy quisiera loarte mi çampoña,  
mas, pues no basta voz de lengua umana,  
eterna voz tus alabanças cante.

Ya prometían los pastores con su aplauso tener Damón muy de su parte la vitoria que  
esperava, según mostravan averles agradado el soneto referido. Mas pidiendo Partenio  
sosegassen el ruido de su baxo hablar, dixo animosamente:

## **Partenio**

Heroico entendimiento al saber guía  
y rara muestra del poder divino,  
por quien, como por vidro cristalino,  
su perfección y luz el alma embía.

Quisiera hablar de ti la lengua mía,  
mas la turba el sujeto peregrino,  
pues, si se anima a descubrir camino,  
desde el sol se despeña su osadía.

Con lira y voz que suene immortalmente  
celebre tu alabança y excelencia  
de Dafne el amador, poeta eterno.

Cante cómo discurso tan prudente,  
saber tan alto y tan profunda ciencia,  
el antiguo no vio, ni ve el moderno.

Suspensos aguardaban todos la declaración que avía de hazer Clarisio sobre cuál de los sonetos tenía más artificio y gala, quando el prudente juez, recogido en sí mismo, como pensando qué cosa uviesse de responder, dixo:

-Pastores, los sujetos celebrados son de tantos quilates que casi dexan atrás las imaginaciones, quanto más las palabras. Y assí qualquiera de los dos sonetos, respeto de lo que trata, parece estar bien dispuesto sin que en alguno se conozca superioridad. Mas quando se descubra, es cierto la tendrá el último por la alteza del supuesto que comprhende bastante a infundirle particular energia y énfasi.

Alboroçávase ya Partenio con no poca tristeza y réplica de Damón; mas luego el cortés mayoral terminó sus contrastes con premiar casi igualmente los partos de sus ingenios, dando a Partenio un bellíssimo dardo armado de agudo y luziente hierro y a Damón un curioso cuchillo de monte de fino temple, labrado en la metrópoli del estado barcelonés.

En tanto, Felicio mostrava pender siempre de los ojos de Tarsia y, aunque con mirarla recibía singular gozo, por otra parte no era menor la tristeza que le causava ver que en vez de favorecerle con su vista la tuviesse con un descuido elado empleada de continuo o en los rostros de sus amigas o en las bellezas del iardín. Assí, no pudiendo sufrir tanto disfavor y reconociendo se le venían con violencia las lágrimas a los ojos, se puso en pie y, como que le llevaba tras sí la recreación del huerto, se apartó de la conversación y se fue a sentar al pie de un ciprés, cuyo abultado tronco le hazía espaldas para que no pudiesse ser visto. Allí, apresurando el curso de la pena, soltó el raudal de su llanto, acompañándole con los acentos tristes que formavan estos versos:

Felicio

A tanto llega el dolor  
que de la lengua no fío  
publique el tormento mío,  
sino del llanto d'amor.

Tal vez en grande afición  
ay palabras lisongeras,  
mas lágrimas verdaderas  
las lenguas d'amores son.

Palabras pueden mentir  
y engañar quien las ordena,  
mas lágrimas que den pena  
nadie las sabe fingir.

Tenéys, mis ojos, razón  
de llorar vuestros enojos,  
pues veys no os miran los ojos  
que de vos los ojos son.

En dolor que puede tanto  
que falta quien le resista,  
el bien que perdió la vista  
páguese con triste llanto.

Quien vuestras lágrimas tiene  
por extremo de flaqueza  
jamás sintió la tristeza  
que de sinrazones viene.

¡Ay!, sin que os vaya enjugando  
os id, ojos, consumiendo;  
del mal que causastes viendo  
pagad la culpa llorando.

Hasta llorando cegar,  
ojos, salga el humor fuera,  
porque si yo no os tuviera  
no tuviera que llorar.

Es tan fuerte la pasión  
que sin razón m'atormenta,  
que por los ojos rebienta  
en tocando el corazón.

Pregunto, Tarsia crüel,  
hermosa por mi dolor,  
si tú no sientes amor,  
¿quién te dio las armas d'él?

¿Quién te dio sus duras flechas  
clavadas con puntas de oro,  
que por donde sale el lloro  
buelan al alma derechas?

¿Quién a tus ojos aquellos  
rayos dio con que m'enciende?  
¿Quién los lazos con que prende  
fabricó de tus cabellos?

Bien muestra ser niño y ciego  
Amor en sus accidentes,  
pues a ti, que no le sientes,  
dio flechas, lazos y fuego.

Coraçón, bien es qu'enfrenes  
esse tu correr liviano,  
qu'a tus males das la mano  
y das de mano a tus bienes.

Si no mitigas la pena,  
rezelo que se destruya  
tu vida, mas ya no tuya,  
pues la tratas como agena.

Tú mismo, ¡quién pensó tal!,  
armas prestas a tu engaño,  
haziendo a tu cuerpo daño  
y a tu alma mayor mal.

Mas, ¡ay!, ¿qu'indigna flaqueza  
es la qu'en tu centro toco?  
Nunca mucho cuesta poco.  
Ten, coraçón, ten firmeza.

El hado mío y mi suerte,  
mi ventura alegre o triste,  
sólo en un querer consiste,  
darme puede vida o muerte.

Bolviose, después de aver desfogado con esto parte de su melancolía, a la junta por evitar la nota que se podía seguir de ver que él sólo faltasse en ella, donde, aviéndose antes tratado en qué forma podía suceder pasar el más apassionado en un instante de un extremo de amor a otro de aborrecimiento, siendo dos cosas en sí tan diversas, halló que Clarisio, claro intérprete de todas las dificultades y dudas, començava a darlo a entender con el exemplo de Iosef, castíssimo moço hebreo, quando por huir de la enamorada señora que con tanto ardor le solicitava, le dexó la capa en las manos por quedar con la vitoria de su honesta fidelidad. Acordose el anciano de un soneto con que casi quedava declarado del todo este pensamiento, hecho al mismo propósito de aborrecimiento y amor en persona de la misma egipcia, ama de Iosef, a cuya causa le dixo, començando desta suerte:

¡O duro coraçón! ¡O alma esquiva!,  
mira con blandos ojos mi desseo,  
buelve tu rostro a mí, cautivo hebreo,  
dueño feliz desta infeliz cautiva.

Tu yelo enciende y mi esperança aviva.  
La libre d'un esclavo sea trofeo.  
Iosef, tuyo será quanto posseo,  
pues mi tesoro en tu piedad estriva.

Mas, ¡ay!, que ruego en vano y alas pones  
a tus plantas. Crüel, huye, qu'alcance  
te dará de mi furia el viento recio.

Y pues contra mi gusto te dispones,  
oy te verás en el postrero trance  
pagando con tu vida mi desprecio.

Muger avía de ser ella dixo entonces Felicio en lo fácil y mal sufrida. No cabe en los pechos varoniles tal impiedad y calidad tan impaciente. Quanto más desdeñados más nos encendemos, siendo como el hierro muy abrasado, que quantos más golpes le dan más correa muestra. No sé yo para qué pintan la Fortaleza en figura de muger armada, sino de varón desnudo, pues la suya fuera más significativa. Cierta que ay algunas por extremo enemigas de todo afecto umano, algunas que tratan de enamorarse de sí mismas, a imitación del necio Narciso, algunas que espiran amor de sus rostros y professan rebeldías en sus almas, algunas que siendo yelos infunden llamas.

#### DISCVRSO QVARTO

-Tened, Felicio órespondió Clórida-, no passéys adelante, que os vais poco a poco despeñando. En el Siglo de Oro, de quien a quedado solamente la memoria a las gentes desta escrementosa edad, sobre el suelo no arado ni sembrado dizen se vían crecer y por estío ondear espigas doradas; vencían los arroyuelos en dulçura y sabor al licor que oy más estiman los hombres; de las plantas que oy se cogen bellotas destilava miel; soplava Austro sin tener proceloso el seno ni el rostro húmedo y sin ser amigo su aliento de peligrosas fiebres; el hombre ya cansado y por sus largos días antiguo, casi durmiendo perdía el vivir, y mientras las Parcas en el cielo hilavan los años de la umana generación, jamás ella sentía los golpes de afanes ni padecía por agena injuria. Apenas entonces por las selvas se oyeron resonar inocentes azeros, supuesto no temían sus agravios aun los árboles inanimados. Era niño el mundo y estava todo vestido de bondad. Gozavan los ganados con seguridad sus partos queridos. Aún no eran conocidos el veneno y el hierro por crueles ministros de muerte, aún no se avían fabricado arneses a feroces guerreros ni naves para robadores cosarios. Era dulcíssimo a qualquiera el deleite de su compañero. No sabían mentir la lengua ni el corazón. Amor reinava abrasando las almas bellas, sin que se ultraxasse el lecho del vezino. Los vanos y pomposos sonidos de honras y estados aún no eran tiranos de los alvedríos. Mas ya pasa de otra manera, ya el dardo y el arco venenoso amenazan la agena vida, ya contrasta la embidia el bien del más amigo y velas avaras parten a robar las comarcanas riberas y remotos océanos, ya llora la pura fe por verse oprimida del cauteloso engaño. Sentávanse entonces los pastores y las ninfas en alfombras de floridos prados o en márgenes de risueñas fuentes, entretejiendo mil caricias con el hablar y uno y otro abraço con las caricias. Jamás la pastorcilla puso velo ni embaraço sobre sus encarnadas rosas ni jamás negó su apazible conversación. Mas, después que se inuentó la malicia, se halla mezclado el tormento con la suavidad de los

amores y en todo pervertido su orden sincero. No tuvo aquella libre esquadra de amadores noticia de tan importuna ley, sino sólo de la natural que consentía aquello que honestamente agradava. La malicia fue quien primero negó el río de deleites lícitos tan caudaloso, escondiéndole a la sed amorosa; la malicia enseñó que los ojos encubriessen en sí mismos su resplandor y pura luz temerosa de su belleza; la malicia recogió en redes las hebras de oro que trataban el viento; la malicia puso el esquivo ademán contra el proceder libre y, en fin, la malicia enfrenó la lengua y dio arte y compostura al movimiento. Nacen, pues, de aquí las asperezas, desdenes y rebeldías de las más discretas zagalas, que sólo tienen por objeto el de la divina honestidad.

Quería Felicio replicar, mas interrumpiéndole Menandro dixo:

-Agudamente ha buuelto por su república la discreta Clórida. No sé, Felicio, que se os puedan ofrecer palabras que tengan vigor contra la viva fuerza de las que hemos oído. Lo más loable es daros por vencido y que se trate de cosa que dé más gusto a la conversación. Canten algo los pastores que se deleitan de música. Comience Manilio y sucédale Ismenio, porque no se pase la tarde sin el ejercicio de Anfión, que no faltará premio para quien mejor lo hiziere.

No pesó a Manilio del embite, por ser cosa que tenía muy deseada y así, pidiendo su instrumento a Ismenio, acompañó con su concierto el de acentos semejantes:

Manilio

Quando al nacer del día  
prados se ven reír y cantar aves,  
y al son de su armonía  
con las ojas bailar vientos süaves,  
haziendo alegre salva  
pintadas flores con su olor al alva,  
el mayoral constante,  
Menandro, a quien Amor su cetro embía,  
al infeliz amante  
qu'esparce su madexa assí dezía:  
"¡O sol, que alegre sales!,  
¿quándo saldrás a refrenar mis males?"

Siempre más animoso  
prevengo con mis ansias mi vitoria,  
que sufrir es forçoso  
inmensa pena por inmensa gloria,  
pues desta suerte alcança  
segura possessión larga esperança.

Es mi dueño querido  
en todo lo que muestra tan perfeto

que suspende el sentido  
y arrebatada la vista el noble objeto,  
prestando al claro día  
serenidad, belleza y alegría.

Sobre frente espaciosa  
enrriquecida del oro las madejas  
tiene, y labios de rosa,  
luces hermosas, arqueadas cejas,  
justa nariz y dientes  
que desprecian las perlas transparentes.

Es de púrpura y nieve  
su garganta y su pecho, el cuerpo airoso;  
pues si la lengua mueve  
al más suave son dexa embidioso,  
casi igualando el suelo  
la regalada música del cielo.

Hará, pues, el cordero  
al lobo, hará la liebre al león guerra,  
y faltarán primero  
los fuertes fundamentos de la tierra,  
antes que yo un instante  
en amar su belleza y ser constante.

Amarilis divina,  
de mi alma amorosa llama ardiente,  
ángel a quien se inclina  
la belleza pasada y la presente,  
pues vivo en tu memoria  
no quiero bien mayor ni mayor gloria.

En medio de mi pecho  
estás, ¡o vida!, trasladada al vivo,  
ya salamandra hecho  
por los favores que de ti recibo,  
fuego donde me abraso,  
cerrando un Etna inmenso en corto baso.

Desde aquí te visito,  
¡o cifra de belleza y de constancia!,  
con deleite infinito,  
sin que me quite el verte la distancia,  
que va cada momento,  
donde el cuerpo no puede, el pensamiento.

Pierde melancolía,  
ni de nueva infeliz el accidente  
eclipse tu alegría,  
el umano temor no t'amedrente;  
mas crezca confiança,  
que quando nace amor nace esperança.

En tanto, prenda amable,  
valor y brío en tu clausura muestra,  
y espera favorable  
quien trata agora la desdicha nuestra,  
qu'es aun siendo enemiga  
toda alma noble de piedad amiga.

En la amorosa trama  
tan alta calidad amor ofrece,  
que padece quien ama  
tanto como lo amado en sí padece,  
pues por mi grave pena,  
¡o causa de mi bien!, la tuya enfrena.

En ti no puede tanto  
tu dolor como en mí; más me lastima,  
pues mi sangre tu llanto  
fuera si se vertiera, amada prima,  
siendo tu sentimiento,  
en vez de pena tuya, mi tormento."

Assí acabó Manilio, dexando extremamente enternecido a Menandro por averle adivinado los pensamientos, conformando iguales concetos con los de sus continuas imaginaciones. Mas, comenzando Ismenio, aplicó los sentidos a su cantar, oyendo salir de sus labios lo que se sigue:

Ismenio

Menandro, noble supuesto  
de firmeza nunca oída,  
ausente de su querida  
el aire rompe con esto:

"Entre quien de veras ama  
y es en su dulce cuidado  
recíprocamente amado,  
l'ausencia muerte se llama.

Y aun es forçoso que prive  
del vivir pena tan alta,  
pues al cuerpo el alma falta,  
que en lo amado ausente vive.

Si tal vez imaginando  
se cobra vital aliento,  
en cessando el pensamiento  
se buelve a morir amando.

Amarilis, sabe Dios  
si hallo cosa en esta ausencia  
que pueda hazer resistencia  
al mal de faltarme vos,

cuyo rigor es tan fuerte  
que su consideración  
no tiene comparación  
con el rigor de la muerte.

Crece la tristeza mía  
con tal fuerça por momentos,  
que quanto a graves tormentos  
mil vezes muero en un día.

Y entr'estos contrarios dos  
no es possible que durasse,  
si no me resucitasse  
bolver a pensar en vos.

Porque quanto más perdida  
tener la vida sospecho,  
vivís vos, siendo en mi pecho  
alma de mi muerta vida.

Sin vos todo tiene y muestra  
sentimiento y pesadumbre;  
hasta el sol no da su lumbre  
adonde falta la vuestra.

Yo paso, en fin, de los dos  
mayor soledad aora,  
que no estáys sola, señora,  
acompañada de vos.

Soledad d'un preso ausente  
muerto por vos, bien es justo  
que la tenga vuestro gusto,  
si el averme muerto siente.

Mas para comparación  
de qu'en dolor me igualáis,  
pues que vos con vos estáis,  
mayores mis males son.

Dad ventaja a mi memoria  
de las penas que sentís,  
porque donde vos vivís  
¿qué puede aver sino gloria?"

No menos agradaron a Menandro las redondillas de ausencia que cantó Ismenio que las liras de Manilio, supuesto más de una vez le ocurrió en su prisión lo que contenían. Prometió, pues, premiar igualmente la agudeza de los concetos y la suavidad de las voces, quedando los pastores contentísimos de sus palabras por la certeza que tenían de sus obras.

Tratavan, en tanto, Coriolano y Aurelio de los inconvenientes que atropellava el amor y, por otra parte, del rigor con que la honrra vengava los agravios que de su parte le resultavan. Aurelio truxo a la memoria el caso de Angélica y Medoro, cuyo aviso publicava la mala elección que muchas vezes hazían las mugeres en sus amores. Acordó Coriolano la pérdida de España, daño universal seguido por interés particular de honrra. Parecía hablaban los dos con misterio, respeto de dar a entender tenían sobre tales assumptos dos sonetos. Era costumbre espresar lo que apuntavan en las conversaciones. Assí, pidiendo todos su observancia, sin resistir, començó:

Avrelio

A reina y pobre, Angélica y Medoro,  
¡o violencia d'amor!, juntó Imeneo.  
Viéndole ya morir, tuvo desseo  
de curar y servir al triste moro.

En fin, sanó, y el reino y su tesoro  
fue del moço feliz triunfo y trofeo,  
que la dama juzgó por rico empleo  
vestir un siervo de real decoro.

Y lo qu'importa más, tras la corona,  
la joya de más precio le concede,  
de tantos reyes pretendida en vano.

Violo Amor y con risa assí blasona:  
"Rendirse a mi valor la Parca puede,  
pues la presa le quito de la mano.

No dexó de ser embidiada de algunos la ventura de Medoro, viéndole passar del penoso trance de la muerte a la suave dulçura de amorosos abraços, conociendo todos ser justa la arrogancia de Amor, pues triunfando de la Muerte desminuía sus fuerças y usurpava su jurisdicción.

A Aurelio siguió Coriolano desta suerte:

Coriolano

Forçó a Florinda el infeliz Rodrigo,  
qu'es l'afición intrépida violencia.  
El amor al excesso dio licencia  
y al agravio la honrra dio castigo.

¡O sacro onor, de la virtud amigo!  
Mas ¡o fuerça d'amor sin resistencia,  
pues triunfas de valor y de prudencia!  
Pero ¿quién de su onor es enemigo?

Al godó rey constó qu'amor abrasa,  
qu'es al principio dulce, al fin amargo,  
que no ay razón que su apetito estorbe.

Y pues tan presto el gusto d'amor pasa  
y dura el bien d'onor tiempo tan largo,  
tras un perdido onor piérdase el orbe.

Lastimó grandemente el miserable caso de la ruina y cautiverio de España procedido del ímpetu de una descompuesta sensualidad, aprendiendo de tal sucesso a ser ellas celadoras de su honestidad y ellos templados en sus desseos. Rosanio, al mismo propósito, quiso dezir el soneto que se sigue:

Rosanio

Por Progne dexas las paternas salas,  
Filomena, y sulcando el mar Egeo  
al fin te dexa el robador Tereo  
despojada d'onor, siervos y galas.

Con el excesso el injuriar igualas,  
mas es tu lengua de su espada empleo.

(¿Cómo sufres, Amor, caso tan feo?  
¿Cómo de su furor sueltas las alas?)

Dibuxas el incesto, y a tu hermana  
sin lengua le publicas, y ella, ardiente,  
haze, crüel, qu'el padre al hijo coma.

Ser mudastes los tres y, aunque inhumana,  
tal acción al onor fue conveniente,  
que de su sangre aun vengança toma.

Encarecía Menandro con grandes veras la estimación de la honra, carbunco [preciosísimo], por cuya conservación avían sucedido en el mundo espantosos escándalos en todas edades. Fue con elegancia refiriendo los más dignos de memoria, concluyendo con el de Filipo, rey de Macedonia, a quien cierto agraviado quitó la vida, porque no restauró su onor castigando al culpado. Ocurriole al mayoral un soneto que en razón desto avía oído y gustó de dezirle, dando principio deste modo:

Menandro

A Filipo, su rey, Pausania pide  
de su afrenta justicia contra Acabio;  
dolor le cierra el uno y otro labio  
y sus palabras la vergüença impide.

"La culpa ódixoó con la pena mide,  
mi onor restaura, ¡o rey potente y sabio!"  
Oye Filipo apenas el agrabio  
y con mal expediente le despide.

Buelve el mancebo con la misma quexa  
y en vano ruega. Al fin, desesperado,  
al rey offende de mortal herida,

y, mientras muere, assí le dize airado:  
"Oy pagarás mi offensa con tu vida.  
Pues no guardas derecho, el cetro dexa."

Tras esto, aviendo Cintio dado una rosa a Elisa, mandó, por favorecerle, alabasse él mismo su calidad y belleza. Assí, por obedecer a quien amava, començó a dezir:

-Entre todas las flores es la más bella la rosa, hermosura de las plantas y de las verduras, decoro de la tierra, vista de los huertos, púrpura de los prados, pompa de los jardines, guarnición de los collados, joya de la juventud, adorno de las mesas, ornamento de los sepulcros, amiga de las Musas, engendradora de amor, incitadora de amistad. Compite con la aurora y ríe con el céfiro. Su fragancia es suave, agradable su color y excelente su

virtud. Florida y no abierta tiene forma de corazón humano. Hace sentir su olor primero que muestre su hermosura. A quien primero la ve florida, según proponen agricultores, no duele aquel año la cabeza. Quanto más ásperas tiene las ojas, más olorosa es. Saliendo y cayendo con el nacer y caer del día, advierte la brevedad y fragilidad de la vida. Puesta entre ramas de ortigas se conserva fresca gran tiempo. La rosa no tocada significa castidad inviolable y la corona de rosas denota el entero y perfecto círculo de las virtudes. Innumerables son sus propiedades: su olor mata los gusanos, su simiente embuelta en redes junta y hace pescar gran cantidad de peces, conforta el corazón y se pone entre las medicinas benditas, sus raíces sanan de picaduras venenosas, el rocío embevido en sus ojas y exprimido sobre los ojos enfermos de nubes los serena, destilada en licor quita cualquier tristeza. Significa favor y para alcanzarle de los príncipes se untaban los antiguos el rostro cuando les avían de hablar con azeite rosado hecho debaxo de ciertos puntos del sol.

Diose licencia para que los amantes publicassen en verso parte de sus encendidos pensamientos, con íntimo gusto y aparente desagrado de las pastoras. Concediose el ser primero a Meliseo que, teniendo por imposible ablandasse Elpina su dureza, dixo:

Meliseo a Elpina

Si el fuerte alcázar, los sobervios muros  
que Troya tuvo un tiempo levantados  
yazen del tiempo en tierra derribados  
y sus luzientes mármoles oscuros;

si están los jaspes y los bronzes duros  
en la injuria del tiempo sepultados;  
si los diamantes firmes y estimados  
del tiempo en ningún tiempo están seguros,

podrá el tiempo, castigo d'arrogantes,  
también, ¡o Elpina, que rigores viertes!,  
dar a tu yelo ardor, a mi fe palma.

Mas, ¡ay!, que no podrá, que los diamantes,  
bronzes y jaspes son, quando más fuertes,  
piedras al fin, mas tu dureza es alma.

A Meliseo sucedió Sileno, que con imaginación de olvidado, tratando de la ingratitud de su amada, dixo:

Sileno a Flori

¿De quién el ser, ¡o Flori!, recibiste?  
No fue tu madre, ¡ay, no!, pastora humana.  
En el elado Cáucaso naciste

de pantera feroz o tigre hircana. /  
¿Qué triunfo sacas de oprimir un triste,  
amada esquiva y vencedora ufana?  
Advierte qu'el rigor con el rendido  
el vencimiento dexa escurecido.

Memoria ten de que dixiste un día:  
"Si bien quisiesse no podría olvidarte,  
por ser, Sileno, tú del alma mía  
la más preciosa y más querida parte."  
¿Qué puedes responder al "no podría"?  
Podiste, en fin, podiste, en fin, mudarte.  
Assí mudarme yo también pudiera,  
mas temo que pudiendo no quisiera.

Amo tus partes bellas con decoro,  
de quien, ¡ay, triste!, espíritu recivo.  
Ni porque rías tú quando yo lloro  
a de hazer mi firmeza algún motivo,  
que quanto más me offendes más t'adoro,  
y, como salamandra, ardiendo vivo.  
Jamás mi fuego cesa, siempre dura,  
que siempre le fomenta tu hermosura.

Mas, ¡ay!, que pasa el tiempo y la esperança  
huye también de nuestra edad ligera,  
sin que se halle en ella confiança  
de recobrar su alegre primavera.  
Sé, pues, crüel, que para mi vengança,  
antes que de la Parca la tixera,  
fiera t'investirá la vejez cana,  
yelo fatal de la belleza umana.

La terneza con que dixo Sileno estas otavas sacara piedad de los pedernales más duros.  
Sonriose Flori al fin dellas, adquiriendo con todos título de más rigurosa que firme, si  
bien se imaginava ser las de Sileno sospechas solamente, por no avérsele conocido a la  
zagala otra afición. Tras Sileno, habló Arsindo desta manera:

Arsindo a Silvia

Silvia crüel, por quien el trance estrecho  
del último suspiro me atormenta;  
llama d'amor, que sin cesar fomenta  
el miserable incendio de mi pecho;

mientras que de la tierra el claro techo  
entre las tuyas tus estrellas cuenta;  
mientras su luz a la del alva afrenta  
quando del novio anciano dexa el lecho,

y en tanto que te ves fresca y loçana,  
goza sin más rigor tu abril florido  
y déxate coger fruta temprana.

Goza del es, huyendo del a sido,  
qu'es para amar toda tardança vana  
y siempre a lo que fue sigue el olvido.

Perdía Arsindo tiempo y palabras por carecer del metal que todo lo puede, por cuya causa ninguna le desseava para esposo. Siguió Felicio assí:

Felicio a Tarsia

A las aves y fuentes dexan mudas  
los soplos fríos que Aquilón embía;  
sus canas el invierno descubría,  
ornando dellas las montañas rudas.

Mas ya baxo las plantas aún desnudas  
la yerbecilla tierna florecía  
y ya bolviendo Céfiro, a porfía,  
las aguas corren a juntarse agudas;

Ya Flora con verdor el campo iguala,  
llega el estío y cógense las mieses;  
tras el otoño frutas y ojas dexa.

En esta forma el año se resvala  
tirando de su carro doze meses,  
y en todos, Tarsia, tu rigor me aquexa.

Teníase, por fin, duda que en lo secreto amase Tarsia a Felicio; mas, por ventura, el rigor de la honestidad dexava oprimido el afecto de su desseo amoroso. Cintio formó esto:

Cintio a Elisa

Elisa, Amor es niño y es locura,  
y yo, qu'os tengo amor, soy niño y loco.  
Qual niño agora las verdades toco,  
diziendo ser milagro essa hermosura.

Como loco pretendo a tanta altura  
subir con merecer y valer poco.  
Si como niño a lástima os provoco,  
como loco estará de mi ventura.

Perdime como niño, y podéys darme  
como a loco licencia qu'os adore,  
que sólo en esto me tendré por cuerdo.

Mas si no os animáis a remediarme,  
fuerça será que como niño llore  
o como loco diga el bien que pierdo.

No tenía Cintio de qué quejarse, supuesto era en secreto y casi en público amado tiernamente de Elisa, y sólo aguardavan oportuna ocasión de dar efeto a sus bodas.

Sentía Damón que las partes de Dinarda se apoderavan poco a poco de su alvedrío y ya más de una vez le avía dado a entender se inclinava a ser suyo. Mas ella, con la dureza acostumbrada, huía el rostro a sus ternezas y amores. Aora, pareciéndole al forastero la presente buena ocasión para publicar parte de sus alabanças, quiso asirla por la melena diziendo:

**Damón a Dinarda**

A donde estáys mi entendimiento llega  
y referir lo que ay en vos procura;  
mas de tan bellos ojos la luz pura,  
Dinarda sin igual, los suyos ciega.

A todo ingenio umano, en fin, se niega  
el poder celebrar tal hermosura,  
pues quererlo intentar fuera locura  
las dos plumas sin par latina y griega.

En quanto mira el sol y el mar rodea,  
pastora tan discreta y tan gallarda  
no vio la edad passada o la presente.

Tal soys que quien os mira en vos dessea  
el bien mayor; mas tal decoro os guarda  
que aun hasta el pensamiento no consiente

Por momentos se mudan los pareceres de los humanos y, según esto, podía Damón no desconfiar del todo, si bien era por extremo esquivia la condición de Dinarda. A Damón siguió Aurelio en esta forma:

Aurelio a Laura

Eres sol qu'en la tierra as parecido,  
y en resplandor excedes al del cielo;  
alegra el aire y hermosea el suelo  
la lumbre de tu rayo esclarecido.

Osé mirar su luz, quedé encendido,  
castigo justo d'atrevido buelo,  
y es tal la fuerça de mi ardiente duelo  
que me verá en ceniza convertido.

Sólo un favor que me concedas quiero,  
será puro cristal que al ardor mío  
usurpará las fuerças si me toca.

Mas, ¡ay, Laura!, ¡ay de mí!, que quando espero  
al abrasado pecho licor frío,  
le encienden las palabras de tu boca.

Mostrábase Laura no pocas vezes desdeñosa y muchas, sin ocasión, alterada, acidentada que ponían en no pequeña confusión a Aurelio. Nació, sin duda, este proceder vario de la terneza de sus años, pues apenas avía cumplido deziséys. Mas ya Partenio comenzava a dezir lo que se sigue:

Partenio a Antandra

Antandra, bella enemiga,  
que con elado desvíó  
el fuego de mi firmeza  
fomentas y tienes vivo.

Quando dexé tu presencia,  
bien sabes que mis suspiros  
acrecentaron el aire  
y mis lágrimas el río.

Estuve en Arcadia ausente,  
siendo en adorarte el mismo,  
qu'aunque tan lexos de ti,  
governaste mi alvedrío.

Bolví y hallé, ¡triste yo!,  
mi fe rendida a tu olvido,  
y para verme tus nortes  
bueltos ya, de ardientes, fríos.

¡Ay, indigna novedad!,  
¿qué fantasmas, qué prodigios  
turbaron mi alegre estado,  
qué tesálicos hechizos?

Bien conozco que no tengo  
estrella de ser querido  
y que pena en vez de gusto  
me señala mi destino.

Mas pues ordenan los hados  
que te ame aborrecido  
y qu'en el tormento sea  
segundo Tántalo y Ticio,

ablanda una vez siquiera  
tus rigurosos oídos  
y permite que me quexe,  
pues que m'offendas permito.

Vivía Partenio, desde que supo la solicitud de Manilio, con no pocos rezelos, haziendo por dicha agravio a la entereza de Antandra, que se desdeñava por momentos, viendo formar contra ella tantas queexas a su parecer injustas. Mas ¿quién podrá assegurar el cuidado de quien ama, y más si ha descubierto competidor? Después cupo la suerte a Olimpio, que dixo lo que se sigue:

Olimpio a Amaranta

Es fuerça qu'el arroyo deste valle  
su licor con mis lágrimas aumente,  
pues hasta el simple corderillo siente  
ver qu'adore, padezca, sufra y calle.

El tormento en qu'estoy dirá mi talle,  
pues semblante fingido no consiente.  
Mas ¿cómo cesar tal accidente  
si del mal el remedio es no esperalle?

¡Triste de mí!, que por instantes veo  
que, sin pasar mi desventura, pasa  
veloz la hora, el día, el mes y el año.

En fin, ardiente amor, pronto desseo  
al alma aquexa, al corazón abrasa,  
siendo Amaranta la ocasión del daño.

Bien merecían piedad los lamentos de Olimpio y, sin duda, la manifestara el pecho de Amaranta; mas el no ser lícito descubrirse hacía pareciessen todas en lo público de condición más áspera que eran en lo interior. Tocó dezir a Coriolano y dio principio desta suerte:

Coriolano a Matilda

Vencieron mi fortaleza  
las fuerças de mi cuidado,  
luego que me llevó el hado  
a mirar vuestra belleza.

Mi fe profesa firmeza,  
y justa desconfiança  
de cuenta al valer alcança.

Según esto, d'adoraros  
sólo pretento miraros,  
dulce fin de mi esperança.

Que tenga tal intención  
manda Amor, jüez experto,  
y que traiga descubierto  
pensamiento y coraçón.

Con tan honesta afición  
os amo, Matilda bella,  
que no formaré querella

quando vos dexéys d'amarme,  
pues pagando con mirarme  
quitaréys la causa della.

Es de considerar lo que sentiría Menandro en medio destas justas amorosas, ausente de todo su bien, de todo su gusto y alegría. Perdía, pues, a cada paso el sentido, padeciendo tan crecido dolor como si se le arrancara el alma. Dissimulava, con todo, y porque conociessen el valor con que recogía su inmensa tristeza en los cortos límites de su coraçón, quiso también que le tocasse el dezir, comenzando deste modo:

Menandro

Rematava en el cielo su belleza  
un álamo galán, gloria d'un prado,  
amante d'una vid y della amado,  
qu'amor halló lugar en su dureza.

Sobervia, essenta y libre, su cabeza  
era lengua del Céfiro enojado,  
del campo altivo rey, pues, coronado,  
dava leyes d'amar en su corteza.

Escondiole su prenda airado viento  
y, quedando sin brío, vio sin ella  
ya verde oscura su esperança verde.

¡Ay, triste yo! Sin Amarilis bella,  
¿qué mucho me consuma un pensamiento,  
si un árbol sin su vid la vida pierde?

La gravedad de las palabras de Menandro, la causa por quien y la razón con que se formaban, lastimaran los tigres y leones de mayor fiereza. Assí no era maravilla produxessen estas circunstancias y la afición entrañable que todos le tenían, infinitos compañeros en sentir sus penas y profundas melancolías.

Estuvo el viejo Clarisio atento a los concetos que se avían dicho y, desseando advertir a aquella juventud del común paradero que tenían sus afectuosos disignios, procuró poner por delante la ligereza con que pasan las bellezas más estables y la velocidad con que llega el último día a residenciar los descuidos de las vidas umanas. Oyose, pues, de sus labios esto:

Clarisio

Bvsca dama gentil el prado ameno  
al tramontar del sol por el estío  
y sale al amoroso desafío  
con rostro de belleza y gracia lleno.

Desde su coche Amor siembra veneno  
y del galán sujeta el alvedrío;  
el cavallo a su dueño aumenta brío  
feroz, tascando el espumoso freno.

Él sirve y ruega, ella a piedad se mueve  
y, al fin, del cuerpo y del semblante bello,  
tierna, dexa coger iazmín y rosa.

Mas se marchita su verdor en breve  
y, corbando la edad su [espalda] y cuello,  
corta el hilo vital la Parca odiosa.

Con esto, por ser tarde, se salieron del jardín y casa despidiéndose del preso, que se quedó paseando con Clarisio alrededor de su cárcel. El sol apressurava su curso,

dexando al fin de su vida dorada la verdosa librea de la tierra. Alegrava la madre universal con la variedad de su hermosura, y tanto que obligó a que los dos claros ingenios tratassen de sus partes, excelencias y valor.

-La tierra -dezía Clarisio- es la que con piedad nos acoge rezién nacidos, la que nos sustenta en teniendo ser y la que nos recibe piadosamente en sus entrañas, dándonos en ellas reposo y paz quando nos desamparan los otros elementos y quando nos falta la misma naturaleza. A menudo se enoja el aire, se embravece el mar, se altera el fuego contra nosotros; mas la tierra en todo tiempo muestra ser nuestra piadosa engendradora. Siempre, sin mudar assiento, se mantiene firme, sirviendo a los vivientes de albergue sumptuoso. Luego que el gran Criador con su palabra eterna dividió las ondas, igualó los llanos, abaxó los valles y levantó los montes, dixo: «Tierra estéril, muda tus despojos funestos en vestidos alegres, ciña tu frente la corona de flores que texió mi mano, despida tu semblante suavíssimo aliento, esparce tu cabellera y pinta de vivo color tu rostro descolorido. De aquí adelante, con embidia de los demás elementos, compañeros tuyos, produzirás liberal frutos para los hombres y pastos para los ganados, siendo de continuo cuidadosa proveedora del sustento umano.» Apenas pronunció esto el acento poderoso, quando el abeto, el cedro, el roble, la encina, el castaño y el pino ocuparon en esquadras las cumbres de los montes para ser combatidos de la furia de los vientos. Buscaron puestos húmedos alisos, tarais, sauzes, hayas, olmos y álamos. Eligieron sitios templados ciprés, palma, oliva, peral, mançano, guindo, ciruelo, cerezo, vid, serbal, granado, higuera, níspero, cidro, limón, naranjo, nogal, durazno y melocotón. Acomodáronse en lugares de más calor las plantas que producen mirra, incienso, clavos, canela, pimienta, gengibre, nuez moscada y açúcar. Adornáronse los campos de vistosos ropajes: campeava lo azul del lirio, deleitava lo encarnado de la rosa, arrebatava la vista la púrpura del clavel, alegrava la blancura del iazmín y açucena, enamorava el oro de la maravilla y entretenía lo morado de la violeta, todos colores vivísimos en quien resplandecía el soberano Pintor, que, no contento con aver enriquecido las plantas y yervas de olor, frutos y flores, puso en sus raíces los remedios de las umanas enfermedades, infundiéndoles singulares propiedades y virtudes, siendo como pertrechos contra los continuos assaltos de la muerte. Admiran las riquezas de Ceres, cuyos granos misteriosamente se corrompen poco a poco, para renacer después más fecundos, pues llenos a su tiempo de húmedo calor, arraigándose en la que los cubre, brotan tiernos hijuelos, colmando de su verdura las campañas y de esperanza los labradores. Van creciendo los pimpollos en yerba, la yerba en cañas, las cañas en espigas y, al fin, las espigas en granos que, por salvarse de la persecución de los páxaros, se hallan armadas de agudas aristas. Tienen también sus bolsillas, porque el agua no los pudra o los abraze el ardor del estío, y para llevar fácilmente el trigo sostiene nudosa corteza las cañas, que sin ella fueran fragilísimas. Hermoso por extremo haze al mundo la variedad de sus cuerpos, cuya perfección y bondad usurpa las fuerças a la imaginación y quitaría los nervios a las plumas más doctas que intentassen descrevillas. Ricos tesoros son las aguas de los ríos, arroyos y fuentes que humedecen, fertilizan y hermosean lo interior y superficial del terreno, si bien parece pierde cada día su antiguo resplandor, llevando escrita en la frente la culpa inmensa por quien nuestro primer padre fue desterrado del paraíso. Va declinando su edad con la del universo, bolviéndole por instantes menos fértil su fertilidad, a imitación de la muger, a quien los dolores de muchos partos han dexado

quebrantados los miembros, haziéndose estéril poco a poco la que antes enriqueció de hijos su patria.

-Lastima, cierto -respondió Menandro-, la memoria del dilubio pasado, destroçador de la nobleza y hermosura del mundo y justo castigo del cielo, cuyas aguas escondidas juntas con las de la tierra le uvieran, sin duda, destruido para siempre anegando las más altas cumbres de los montes, si Noé, triunfando de su furor, no uviesse recogido las reliquias del género umano entre pocos árboles, fabricando dellos nave capaz donde con mil peligrosas penas pudo salvar todas las suertes de animales. Luego que estuvieron dentro, encerrando el sumo Rector en la caverna de Eolo al frío Bóreas y otros compañeros suyos que destierran lexos de sí los nublados, quitó los hierros al Austro y sus adherentes y, dexándoles correr a rienda suelta, començaron a dilatar por todas partes sus húmedas alas. Derramaban sus cabellos copiosas fuentes, caían de sus barbas sobervios arroyos y, cubriendo el cielo su frente de oscuros nublados, se miravan despedaçadas las nubes y convertidos los aires en llubias, en truenos, en relámpagos y en rayos. Incháronse las espumosas corrientes, perdiendo en un instante sus márgenes las aguas confusas de los ríos, bueltos ya tan caudalosos que competían con el mar quando, desenfrenados, descargavan su dulce peso en los campos de su salado licor. Tembló la tierra y, sudando, exaló fuera todo su umor de miedo. Abrió el cielo las çanjas de sus dilatadas lagunas para verterlas sobre su perversa hermana que, viviendo sin ley ni respeto, sólo se ocupava en desagradar al soberano Rey. Perdíase ya de vista la tierra, ya se mirava sin riberas el mar, ya las raudas parecían océanos, cobrando todo el universo forma de profundíssimo lago que sólo deseava unir sus ondas con las celestiales. Passeávase el esturión por las torres encubiertas y se maravillava entre sí de ver tantos albergues baxo de su elemento; costeava la ballena por los collados, donde poco antes se avían apacentado ganados diferentes; saltava el delfín sobre las cimas de los árboles que tenían su assiento en la mayor altura de los montes. Servía de poco al pardo, al tigre y al ciervo su ligera velocidad, viéndose saltar el suelo quando sus pies le buscavan con mayor ansia; el galápagos y cocodrilo, que antes gozavan de doblada habitación, tenían ya solo las aguas por morada; los corderos y lobos, los corzos y leones nadavan juntos con seguridad; la garza y el halcón, después de aver contrastado a la muerte con la destreza de sus alas, careciendo de ramo en que poder librarse del furor del mar, fatigados, al fin caían en él. Pues de los miserables humanos, quién subía sobre la punta de excelsa torre y quién, falto de aliento, corría al amparo de montuosa cumbre; éste, abraçando alto pino, intentava con pies y manos llegar a su remate, hallándose oprimido de la creciente mientras porfiava en vano; aquél, sobre el frágil barquillo de una tabla, se entregava por presa del furioso piélagos; otro, soñoliento, hallava sumergida al improviso su casa y persona; y más de uno, con el compás de pies y manos, nadando sin provecho, se oponía al ímpetu del mar. A quién hermanos, a quién padres, a quién caros hijos y muger sorbía delante de sus ojos la orgullosa avenida, dexándose por último alivio morir junto a ellos. Perecía, en fin, todo viviente, y las Parcas, que otras vezes para robar las cosas de más lustre ponían en obra infinitas maneras de armas, allí executavan su rigor solamente con los airados encuentros de las ondas. En tanto, la sagrada nave, segura, aunque lexos de todo puerto y sin remos ni velas, andava vagando sobre las movibles espaldas del mar, respeto de tener por piloto, estrella y guía al supremo Motor de todos los movimientos. Tres vezes cincuenta días fue el tiempo en que el diluvio general destroçó el bello rostro del mundo y, al fin, después

de tan grande y tan horrenda ruina, movido a piedad el eterno Monarca, apenas con la divina y formidable trompeta se tocó a recoger, quando se retiraron las aguas, haziendo huir unas olas a otras, y, buscando cada qual su antigua habitación, baxáronse los arroyos, retrúxose a su cárcel el altivo océano, levantáronse los montes, mostraron las selvas sus lodosos ramos y, al paso que menguaron las aguas, manifestaron los campos sus semblantes llorosos, descubriéndose la tierra al cielo y el cielo a la tierra para que en ella viesse el Criador humear olores varios sobre llamas y altares consagrados a su gran nombre.

-Bien mereció -replicó Clarisio- la demasía umana essa divina indignación y, aunque fue memorable naufragio el padecido, causa, con todo, assombro terrible saber con certeza aya de perecer para siempre con instrumento de fuego esta maravillosa máquina que tenemos delante. Porque si bien hizo Dios única a la naturaleza, no dexó de ponerle término, quiriendo que solamente su divina essencia se hallasse essenta de cantidad. Por esso, el cielo no se puede dezir sin medida, midiéndose su curso con tiempo medido, ni assimismo el mundo se puede llamar immortal, pues en él se muda todo por instantes, su principio publica su fin y sus miembros se miran sujetos al rigor de la muerte. Los riscos darán un día de alto abaxo horrendo estampido, desasiranse los montes, rebentarán los cielos. Inchándose, los valles recibirán forma de altas montañas, los ríos se secarán y, si en algún estanque quedare alguna umedad será de prodigiosa sangre; el mar se bolverá fuego y las ballenas en la ardiente arena embiarán al cielo espantosos bramidos. El día en su mitad se tornará oscuro, el cielo tenderá triste velo sobre su alegre rostro, correrá el mar sobre las estrellas, vsurparase el sol el reino de la luna, caerán los astros y, predominando en todo ruido, desorden y temor, se verá sin espíritu el fuego, el aire, el agua y la tierra, puesta aparte la estéril naturaleza, como en su decrepita edad. El Tiempo, encogido y temblando, sentado, por aver llegado a su término, sobre un seco tronco, por lo que engañados los que escriben en sus efemérides el año, mes y día, hallarán cerrada la puerta de Saturno a días, meses y años.

La cercana oscuridad de la noche hizo que Clarisio buscasse su casería, entrándose Menandro en su violento albergue.

Sólo a tales horas dexava el suyo Sileno por gozar del fresco de la noche, y como por su Flori casi siempre le combatiessen apesaradas imaginaciones, acometiéndole aora sin pensar celosas sospechas, se passeava diziendo:

Sileno

Huye, rabia celosa, y más no viertas  
veneno en mí. ¡Ay!, baste el que derrama  
Amor en quien aborrecido ama,  
mártir d'inciertos gustos y ansias ciertas.

Pues llegáys, sinrazones, descubiertas,  
extinguid el ardor qu'el pecho inflama,

que no padece, no, tan viva llama  
Plutón, horrendo rey de esquadras muertas.

Antes qu'oprima, ¡ay, triste!, el vital curso  
el grave mal, el accidente intenso,  
vença olvido crüel tanta aspereza.

Mas, alma, ¿dónde está vuestro discurso?  
Sufrid por gran beldad dolor inmenso,  
falte la vida en vos, no la firmeza.

Por entre la oscuridad vio Sileno venir un bulto hazia donde estava, que, llegado cerca, conoció ser Cintio. Venía de rondar la casa de su Elisa, con quien avía hablado. Después de saludarse, preguntó Cintio el estado que tenían sus amores con Flori; mas desseando Sileno encubrirle por entonces, respondió con más escaseza que acostumbrava otras vezes. Sabía Cintio mucho de sus tristezas y bien a menudo le avía consolado en ellas; mas conformándose aora con la voluntad del amigo mostró no querer saber más de lo que gustasse dezirle. Él sí que fue más liberal en no negar la parte de donde venía y lo que en ella le avía sucedido, haciendo sabidor a Sileno de un soneto que lo ceñía todo, traçado muy poco antes por él en la memoria. Explicole, pues, deste modo:

Cintio

Tendió la noche el tenebroso engaño  
y difunta dexó l'alma del día;  
Morfeo en los mortales esparcía  
el qu'es de nuestra vida desengaño

quando yo, por hüir d'ausencia el daño,  
de Elisa el dulce albergue recorría.  
Su rostro vi, por quien la sombra fría  
de luz y ardor cubrió su negro paño.

"Mientras el cielo ódixeo tantos ojos  
abre quantos el suelo agora cierra,  
da fin, Elisa bella, a mis enojos."

"Cesse óme respondiód d'amor la guerra,  
y, pues te doy el alma por despojos,  
concede al cuerpo paz, qu'es poca tierra."

-Dichoso tú -dixo Sileno- que llegas a poseer la mejor parte de tu querida y la que trae consigo más estimación, no como yo, infelicíssimo amante, que siembro en arena y derramo inútilmente sudor y semilla. Menos favor alcanço quanto más obligo, esperando sólo tras tanto padecer un desesperado fin en mi amor y firmeza. Permitan los cielos se

vea este afligido espíritu desatado de tan penosos miembros, porque con la muerte ponga límite a tantas ansias.

En esto llegó Manilio, que, atravesando a su casería, sin pensar encontró con los dos. Entendió luego lo que trataban y, al fin, comenzó a dezir:

-No es maravilla que los amantes, teniendo los entendimientos ofuscados con oscura niebla de afectos, nieguen paso al conocimiento de verdad y razón. La primera y más principal vitoria es la que se alcanza de sí mismo, con que fácilmente se consigue después no sólo vitoria de amor, sino también de todos sus adherentes. Quien esto haze se muestra antes vencedor que combatiente y antes triunfante que vencedor. No sé qué pretendéis de esse orgulloso idolillo, de esse tirano de las almas, de essa ardiente inquietud que llamáis Amor, de ésse que con tanto cuidado solicita vuestros coraçones para que padezcan tormentos. ¿Qué consejo esperáis de su niñez, qué guía de su ceguedad, de su desnudez qué despojos? En todo procede como lisongero engañoso, corrompiendo los sentidos con vanos deleites y envileciendo los ánimos con destemplados apetitos. Al fin nació del ocio, criose en lascivia y siempre se sustentó de falsas caricias. Gran peligro ocultan sus assaltos, aunque parecen burlas. No es paz su risa ni su prisión es tan suave como publica. No es tan dulce aquella muerte donde se aprende a renovar la vida y a morir sin morir. Triste del que se hiziere blanco de la vista de dos bellos ojos. ¡Ay del que se deslumbrare con los resplandores de muger hermosa! Yo, como sabéys, aunque muchas vezes e intentado contarme entre cuidadosos amantes, no e passado tan adelante que no aya podido bolver atrás, que tan loable suele ser una prudente retirada como una gloriosa vitoria. Quiero comprobar esto con cierto caso que a poco me sucedió.

»Sabréys que ayer visité a Clórida con ocasión de tratar con ella cosa que me importava, que aviendo concluido me senté en medio de Nise y Anarda, sus sobrinas, zagalejas de mucho donaire y de no poca hermosura. Bolvime a Nise diziéndole si me quería acetar por su amante y respondiome con desenfadada risa que de muy buena gana. Mas, tirándome del pellico, Anarda dixo: «Manilio, yo soy a quien as de querer, que te merezco más.» «Agrádame -respondí yo-, tuyo seré.» «¿Por qué -replicó Nise- das muestras de grosero? ¿Por qué me desechas? ¿Qué me falta para no ser amada?» «Ninguna cosa, por cierto -dixe yo-, y assí tú serás la escogida.» «Estraño eres y en extremo inconstante -dixo Anarda-; ¿tan presto te arrepientes y te vuelves atrás? Agravio hazes a lo que entiendo valer.» Finalmente, dando palabra ya a ésta, ya a aquélla, me vine a quedar sin ninguna, con no poco gusto mío, porque, a la verdad, me hallava embaraçado y confuso, por no dezir arrepentido. Escriví, con todo, a este propósito un soneto que diré si no os causa molestia.

Y respondiando los dos gustarían con extremo de oírle, dixo desta manera:

Manilio

Ayer miré dos niñas y, al instante,  
ambas hazerlas quise de mis ojos,

mas temí su mudança y mis enojos  
en adquiriendo título d'amante.

Con todo, a cada qual amor gigante  
osa offercer el alma por despojos,  
loca imaginación, vanos antojos,  
pretender de dos cielos ser Atlante.

Ambas graciosas son, ambas son bellas.  
De verme Amor se ríe y, mientras, temo  
que aguda flecha en mis entrañas vibre.

Aunque tengo delante dos estrellas,  
sin norte voy y, en fin, en tal extremo,  
no sabiendo qué hazer, me quedo libre.

Agradoles el soneto, tras cuyo fin buscaron los tres sus casas.

En iguales entretenimientos se pasaron no pocos días, en cuyo ínter, el padre de Menandro (famoso mayoral, cuya valiente espada penetró con singular gloria los dos extremos del mundo) trató de que el supremo Sacerdote facilitase el estorvo de parentesco que impedía las felices bodas de Menandro y Amarilis. Y al cabo de grandes contradicciones hechas cerca del sacro Teniente, vino a conceder tan justa petición, pudiendo más la voluntad del cielo que la contradicción de la tierra. Conseguido, pues, lo que tan de veras se desseava, fue forçoso que lo temporal se rindiese a la espiritual disposición de quien es defensor y no iuez. Y assí, cessando la clausura y prisión de los dos amantes, se esperaba sin dilación el efeto de su desposorio.

Faltan acentos y estilo para encarecer el inmenso gozo que sintieron aquellas nobles almas, viendo llegado el fin de sus infortunios y el principio de sus dichas. Fue menester no darles de golpe tan buena nueva, sino hazerles sabidores della poco a poco, que muchas vezes un gran contento suele parar en pesar ahogando su demasía al corazón, supuesto puede ser tan grande el plazer que engendre dolor, procurado por la misma persona que le recibe. Llegaron luego los parabienes y visitas de infinitos deudos y dependientes del linage de Menandro; acudieron assimismo, al instante, todos los pastores y zagalas del distrito en que avía estado preso a publicar sus íntimos plazer con fiestas, con juegos, con bailes y canciones anunciadoras de alegre imeneo y venturoso epitalamio, como teniendo ya delante de los ojos tan felices bodas, pues sólo faltaban para celebrarse del todo no más que quatro días, tiempo escogido para la prevención de su pompa y aparato.

Admira las novedades amorosas que causó el dichoso casamiento, pues por su causa començaron a sentir amor y a vencer propias asperezas las almas que más professavan rigor. De las primeras fue Dinarda, despreciadora de todo afecto umano, haziéndose dueño de nuevos cuidados y pensamientos inclinados a no despreciar del todo la fe, ruegos y afición del forastero Damón, venturosísimo en ser favorecido de tan hermoso

sujeto. Antandra, agradecida al amor de Partenio, condecidió en ser su esposa. Arsindo, que antes por falta de riquezas dexava de ser admitido, halló piedad en la dureza de Silvia. No desdeñó Matilda la compañía fiel de Coriolano. Mostráronse Amaranta y Elpina menos duras con Olimpío y Meliseo y más humana Flori con Sileno. Elisa y Laura favorecieron al descubierto a Cintio y Aurelio, sus amantes, y Tarsia admitió blandamente las caricias de Felicio.

Jugaban por los aires de aquella comarca los ternecillos amores, los páxaros con músicas suaves desfogavan sus encendidos desseos, las plantas espiravan amor y todo se mirava colmado de gozo.

Corrió por cuenta de Clarisio la solenidad pastoril destas bodas y, assí, trató de alegrarlas con músicas y diferentes ejercicios corporales, señalando premios para los que se mostrasen más ágiles y desembueltos en ellos.

Llegado, pues, el día tan desseado de todos, salieron, después de aver gozado esplendidísimo banquete, Amarilis y Menandro, acompañados de gente infinita, a un puesto que avía señalado para semejantes fiestas donde, sentados los amantes y ya esposos en eminente lugar, se dieron principio a los entretenimientos. Lucharon diferentes pastores animosamente, derribándose unos a otros con risa de los que miravan. Al fin, por más fuerte luchador tocó el premio a Arsindo, con quien ninguno pudo durar sin quedar derribado. En la carrera ocupó el primer lugar el ligero Cintio, que parecía averle para tal efeto comunicado su velocidad el planeta que le comunicó su nombre, llegando al puesto donde se avía de parar muy antes que los demás; por pasarle delante, tropezó Coriolano casi en sí mismo, dando tan gran caída que del segundo lugar que llevaba apenas le vino a tocar el último, suceso que, haziéndole quedar corrido, alegró los circunstantes. Aventajose en tirar al blanco Olimpío, que a cincuenta pasos clavó su dardo casi en medio dél. Y dando estos y otros juegos lugar a la música, se subieron los pastores al teatro sobre que estava el assiento de los esposos, donde, acompañando Manilio su voz con las de varios instrumentos, puesta la vista en los amantes, cantó desta suerte:

Manilio

Nombrarte puedes por el más dichoso,  
¡o venturoso día!,  
de quantos quien el carro de oro guía  
miró con resplandor y rayo hermoso,  
pues a ti sólo, por honrarte, el hado  
tuvo tal imeneo reservado.

Oy estos bulliciosos arroyuelos,  
cuyos limpios cristales  
con risa a quien los mira dan señales  
que imitan la pureza de los cielos,

celebran tanto bien y gozo tanto  
con süave murmurio en vez de canto.

Del fresno más sobervio y elevado,  
del plátano frondoso,  
del álamo por Hércules gozoso  
y del pino a Cibeles consagrado,  
suenan las ojas con divino acento  
d'Amarili y Menandro el casamiento.

Más tiempo permanezca el imeneo  
que de Néstor los años  
y agenos de disgustos y de daños  
los sucessos respondan al desseo.  
Seáys de todos, como soys, amados  
y por vuestras virtudes estimados.

Veáis de vuestra stirpe generosa  
ínclita decendencia,  
a quien hagan las armas y la ciencia  
quanto ser puede única y gloriosa,  
y para eternizarla en todo el suelo  
vozes la fama dé, lenguas el cielo.

A vos, él mismo con la franca mano  
que reparte sus dones,  
dé tantos que se espanten las naciones  
y se tenga por pobre el rico indiano.  
Vierta Amaltea la dorada copia,  
pues es de la virtud la hazienda propia.

Y tú, viejo veloz, rey de los años,  
destrozo de la tierra,  
aunque a todo viviente hagas guerra,  
sólo con estos dos cessen tus daños.  
Estas dichosas vidas no consumas,  
pon torpe plomo a tus ligeras plumas.

A Manilio sucedió Coriolano, que al son de los mismos instrumentos dixo:

Coriolano

Calça el coturno por felice suerte  
deste divino tálamo, Imeneo;  
adorna el pie derecho con más galas,  
dichoso anuncio, pues en él se advierte

que ves el fin conforme a tu desseo.  
¡O tú, que amando al mismo amor igualas!  
Buela y buelve las alas  
a la parte derecha la paloma,  
de cuyo buelo toma  
seguridad propicia la ventura,  
qu'el móbil assegura  
con la fortuna, a quien sujeta y doma,  
porque con pecho fuerte  
rompa los estatutos de la muerte.

Damón cantó luego assí:

Escrive la Fortuna en mármol duro  
los dichosos agüeros que la Parca  
oy en mudas señales pronostica  
y por memoria eterna en lo futuro  
los lee la ninfa, cuya lengua abarca  
el orbe entero si a cantar se aplica,  
y oy al mundo publica  
como os ofrece la preñada tierra  
los varios frutos qu'en su seno encierra:  
el aire suavidad, l'agua frescura,  
el fuego su calor, y las estrellas  
influxo natural de luzes bellas,  
porque en esta concordia de elementos  
los etéreos assientos  
impriman calidades excelentes,  
para que eternos hagan los contentos  
esentos de mundanos accidentes,  
que causas naturales  
produzen oy efetos immortales.  
Ya os ofrece sus pámpanos otubre,  
qu'en sí contienen duplicado el fruto,  
ofrendas d'immortal merecimiento.  
La eterna lumbre nueva luz descubre,  
quiriendo que los tiempos den tributo  
por gloria suya a vuestro ayuntamiento.  
El natural assiento  
os forma el polo de sus astros bellos,  
porque siempre viváys do viven ellos;  
y con vuestros aspectos Amaltea  
derramará por el dorado cuerno  
copia que os formará verano eterno,  
para qu'en vuestra edad el Siglo de Oro  
buelva del blanco toro.

Ya nuevos Iosüés, el tiempo vario,  
sólo por ensalçar vuestro decoro,  
atrás buelve su curso extraordinario,  
y su naturaleza  
reforma en siglos que de nuevo empieza.

A Damón siguió Partenio deste modo:

Partenio

Amantes, veis que no son  
siempre males los que offenden,  
veis que se buelven süaves  
los ásperos accidentes.  
¡O bien padecidas ansias,  
cuyos males ya son bienes,  
cuyas espinas dan rosas,  
cuyo llanto risa ofrece!  
Esposos, pues os mostrastes  
en la esperança valientes,  
vuestra costumbre seguid  
y en la possessión sed fuertes.  
Vuestro dichoso imeneo  
con nuevo aplauso celebren  
aire, fuego, tierra y mar,  
y os cante todo viviente.  
Silgueros y ruseñores,  
músicos del campo alegres,  
vos, qu'en violines de ramas  
entonáis dulces motetes;  
ayres, que servís de manos  
a sus cuerdas d'ojas verdes  
y de frescos avanillos  
en los estíos ardientes;  
argentados arroyuelos,  
hijos de risueñas fuentes,  
que sin murmurar de nadie  
andáis murmurando siempre;  
vos, súbditos de Neptuno,  
veloces y mudos peces;  
y vos, de ocultas montañas  
habitadores silvestres,  
destos amantes conformes  
cantad la dichosa suerte,  
y por vos sus alabaças  
en todo elemento suenen.

El son de sus nombres suba  
a los celestiales exes  
y, en fin, su gloria immortal  
sea de la embidia muerte.

Cantó Cintio, después de Partenio, deste modo:

Cintio

Hijo de quien al suelo  
truxo en pámpanos verdes fruto hermoso,  
llueve gracia del cielo,  
acuda tu virtud y haga dichoso  
este nudo amoroso,  
con que Menandro y Amarilis quieren  
vivir amando, pues amando mueren.

Merezcan tu presencia  
la vez primera qu'en el blando assiento  
busquen correspondencia  
comunicando al fuego por el viento.  
Favorece su intento  
tú, qu'el alma al eterno amor dispones,  
anima los amantes coraçones.

No siembre la discordia  
espinas en su amor d'ásperos celos,  
y perpetua concordia  
-tan noble huésped les embien los cielos-  
les dé firmes consuelos,  
porque la tortolilla no se cante  
la gloria sola a sí de firme amante.

No se junten en vano,  
generación dichosa vean presente,  
y como suele el grano  
bolver la tierra agradecidamente  
con fruto más valiente,  
assí sus hijos multiplique el cielo  
y tales plantas den adorno al suelo.

Sus almas no divida  
por el tiempo d'un sol la dura ausencia,  
porque jamás su vida  
se halle en menesteres de paciencia.  
Igual correspondencia

ciña sus almas con amor estrecho,  
sin que se ausente la verdad del pecho.

Ofrezcan sus ganados  
siempre abundantes crías, y la tierra  
los árboles preñados,  
a quien ni ardor ni yelo hagan guerra.  
En el valle, en la sierra,  
se ocupen en agrestes alegrías  
los días claros y las noches frías.

Las cumbres intratables  
de montes y de sierras más altivas  
ofrezcan agradables  
en sus recreos aguas fugitivas  
y con bueltas lascivas  
fecunden estos prados, que por ellas  
produzgan bellas flores, plantas bellas.

Haz, ¡o santo Imeneo!,  
-justo es el don que de tus manos pido-,  
que mi pronto desseo  
a las obras se mire reduzido.  
Si versos han podido  
darte alegría, con piedad procede  
y eternos gustos a los dos concede.

A Meliseo tocó ser el último en cantar, comenzando deste modo:

Meliseo

Merció de Menandro el firme intento  
vencer de la Fortuna los desdenes,  
que tras males ay bienes  
que premian la constancia y sufrimiento.  
Goze su prenda el perseguido esposo,  
y la qu'es de firmeza exemplo raro  
reciva al dueño caro  
con recíproco amor entre sus brazos.  
Tú, ioven bello, Imeneo glorioso,  
ven y assiste al enredo de sus lazos,  
al uno y otro haz tan venturoso  
que tenga qu'embidiar el más dichoso,  
y tras el desseado ayuntamiento  
caros hijos posean

qu'en altos puestos vean  
y larga edad abunden de contento.

Dexaron tras esto los dichosos amantes los asientos que ocupavan, y en tanto que con pompa y concierto, acompañados de luzido esquadron de gente, se retiravan a su habitación, buelto Menandro a su amada Amarilis, con ternísimos acentos le comenzó a dezir:

-Iamás, ¡o prenda mía!, pura y rosada aurora causó día tan claro y alegre como éste, iamás el sol se mostró tan luziente ni el cielo tan rico de transparente serenidad, iamás de manto tan verde y precioso vistió apazible primavera desnudos prados, iamás las flores presumieron tener colores tan vivos como aora, iamás hasta este punto los árboles se descubrieron tan fértiles y loçanos. Vos sola, con mirarlos solamente, los colmáis de infinitos frutos sabrosos y a la vista agradables. Notad cómo brotan a porfía las rosas que mostraron sus senos quando el alva su luz, juzgándose por vos este día más bellas y olorosas, aunque corridas de aver recibido de vos quanto esperavan ofrecer de olor y deleite, doblando su púrpura la vergüença de conocerse vencidas de la encendida de vuestros labios. Mirad quán enamorado se muestra el cielo de vuestra perfeta hermosura y con quánto gozo siente la tierra la poderosa virtud de vuestras plantas, considerad la atención con que se buelve a vos como a su luminoso planeta y cómo, mudando vestido, se adorna de hábito celestial. Estos inmortales acantos y estas plateadas açucenas, que se hallavan antes sepultadas, favorecidas de vuestro pie renacen alegres, cobrando ser más calificado con la fuerça de tan nuevo abril. ¿No veis con quanta presteza florece aquel narciso, no como loco para enamorarse otra vez de su semblante, sino con cuerda elección para abrasarse por el vuestro divino? Advertid con quánta alegría en forma de blanquíssima nieve se dexan caer los jazmines de sus verdes ramas, a efeto de quedar enteramente gozosos con ser pisados de vos. Contemplad el regozijo y fiesta que publica la variedad de páxaros con sus regalados acentos y con quánta mansedumbre buelan alrededor de nosotros. Por vos este día se despojan los brutos de su fiereza, oy por vos pierden las vívoras su veneno, por vos se buelven animosos los más tímidos animales. ¡O resplandeciente Sol, luz del universo, padre del mundo y de sus vivientes!, dime si por ventura en quanto miras descubres semejante belleza o si la tuya es digna de igualarse con ella. Tú sabes que te escondieras quando te fuera forçoso venir al punto de tan gran prueba. Dilo tú, reina de Chipre, amorosa Venus, vida de lo que nace, madre de las Gracias y del Amor, di si por quanto camina tu immortal luz hallas igual hermosura. Cielo, que con tantos ojos eternamente despiertos te admiras de tu admirable fábrica, di si entre tantas maravillas como tienes delante posees acaso otra como ésta. Selvas y fuentes, dezid si en alguna de vosotras alberga ninfa tan bella. Assistid, pues, ¡o variedad de criaturas!, a nuestros gozos prósperamente. Hazed siempre felices nuestros amores, a quien la primera causa conceda sucesión dichosa.

A esto la hermosa Amarilis con modestas razones y rostro agradecido mostrava bien con quánta voluntad y gusto entregava la possession de sus partes a quien por fe tan constante y tan largo sufrimiento las tenía tan merecidas.

Qué elocuencia, qué facundia, qué Apolo y Musas, qué caudal de ingenio y aviso sabría decir lo que sintieron y cómo quedaron los dos firmísimos amantes la primera vez que se hallaron solos, viendo acabadas sus persecuciones y tormentos, gozando el premio que merecía su cándida fe y considerando servir en aquel punto las penas y disgustos passados de mayores contentos, cuya gran dulçura fue bien menester para recompensar amargura tan grave como tenían sufrida en el estado penoso, quedando el bien con más estimación por averse seguido tras tanto mal. Quieran los cielos, pues, que jamás por espacio de tiempo ni muerte padezcan olvido los calificados accidentes destes amores; antes, para gloria y perpetuo renombre de los amantes, viva siempre en las almas de todas gentes tan agradable istoria. Y, en fin, imitando el estilo de la ciega gentilidad, esta vez sea lícito decir: Iúpiter, si alguna vez te fueron caros Pólux y Cástor, cuya memoria conservaste en el cielo, concede a nuestros esposos honrra tan alta que iguale a la de los dos; si te compadeciste de las fatigas de Hércules, no olvides estas que en calidad exceden a las de aquél. Neptuno, si aún oy mantienes en tus ondas el nombre de Ícaro, guarda eternamente en ellas los de esposos tan dignos. Tú, antigua madre, sella en lo más firme de tus espaldas tan insignes maravillas, mírense esculpidas tantas amorosas finezas en tus plantas y piedras, como de continuo se ve impreso el caso de Dafne y Iacinto. Mercurio, escribe con tu elegancia este venturoso suceso, para que los venideros amantes, aprendiendo de su discurso a ser modestos y firmes, levanten a los nuestros estatuas de eternos metales.